

## EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

### I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

- 1.01. Calendario programado para mayo-junio de 2016
- 1.02. Últimas actividades del Club, desde Internet
- 1.03. La XL Semana de la Montaña
- 1.04. Donaciones diversas para *Montañeros*
- 1.05. Camisetas y chalecos con nuestro anagrama

### II. NOTICIAS DEL CLUB

- 2.01. Notas socioculturales
- 2.02. Necrológica: Julio Ferrer Sequera
- 2.03. Anexo del BD50

### III. SECCIONES CULTURALES

- 3.01. Después de más de cincuenta años en el Monte Perdido
- 3.02. Nuestros autores y sus libros: *El esquí en Sallent: tras las huellas del centenario*
- 3.03. Un texto para el cierre: *Nuestro Aneto con tablas de 1954*

## I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

### 1.01. Calendario programado para mayo-junio de 2016

- 6, 7 y 8 de mayo: barranco de Mascún (barrancos).
- 8 de mayo: El Pueyo de Mondicieto, 2.384 m (montañismo).
- 9, 10 y 11 de mayo: XL Semana de la Montaña (actividades sociales).
- 13, 14 y 15 de mayo: curso de ferratas (escalada).
- 15 de mayo: río Ebrón, masía Ligros (senderismo).
- 19 de mayo: Asamblea General Ordinaria de Socios (actividades sociales).
- 20, 21 y 22 de mayo: curso de iniciación al montañismo estival (montañismo).
- 22 de mayo: XII marcha senderista Goya en el Camino (senderismo).
- 28 de mayo: vía ferrata (escalada).
- 29 de mayo: ruta de la Muela de Montalbán (senderismo).
- 29 de mayo: travesía de los Paseantes (espeleología).
  
- 4 de junio: vía ferrata (escalada).
- 5 de junio: pueblos abandonados, San Julián de Basa-Yebra de Basa (senderismo).
- 11 de junio: ascensión al Midi d'Ossau, 2.884 m (alta montaña).
- 11 de junio: GR-262, Cuencas Mineras gastronómica (senderismo).
- 12 de junio: pico Petrechema, 2.371 m (media montaña).

17, 18 y 19 de junio: curso de perfeccionamiento al descenso de barrancos (barrancos).

19 de junio: Castiello-Aragüés del Puerto (senderismo).

26 de junio: Azud-Gállego-Movera (mañanas del domingo con mochila).

26 de junio: Sansanet-ibón de Estanés-Espelunguère-Sansa (senderismo).

Salidas BTT: los sábados por la mañana se realizarán, previa comunicación en la web, salidas con bicicletas de montaña.

## 1.02. Últimas actividades del Club, desde Internet

### **SENDERISMO**

#### **ENTRE DOS RÍOS "ULLDEMÓ-ALGARS"**

6 de marzo de 2016.

Hora de salida: 7:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Desnivel de subida: 815 m.

Distancia: 16 km.

Duración del recorrido: 6 horas.

Precio socios: 14 euros.

Precio no socios: 19 euros.

Precio socios no federados: 15 euros.

Precio no socios no federados: 20 euros.

### **MAÑANAS DEL DOMINGO CON MOCHILA**

#### **VALMADRID-PUEBLA DE ALBORTÓN**

13 de marzo de 2016.

Hora y lugar de salida: 9:00 h (Paseo María Agustín, 33, Zaragoza).

Desnivel acumulado: + 120 metros, - 210 metros.

Dificultad: fácil.

Horario neto: 3 horas.

Precio socios y federados: 6 euros.

Precio socios y no federados: 7 euros.

Precio no socios y federados: 9 euros.

Precio no socios y no federados: 10 euros.

### **RAQUETAS DE NIEVE**

#### **PICO TORONZUÉ**

13 de marzo de 2016.

Hora de salida: 7:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33. Zaragoza.

Dificultad: Media.

Duración del recorrido: 6 horas y 30 minutos.

Material: Botas, polainas, bastones, gafas de sol y guantes.

Precio socios y federados: 14 euros.

Precio socios y no federados: 15 euros.  
Precio no socios y federados: 19 euros.  
Precio no socios y no federados: 20 euros.

### **PROYECCIÓN "CORDILLERA BLANCA DEL PERÚ 2015"**

A cargo de Jesús Vallés.

Presentó el acto Alberto Martínez Embid, miembro de la Junta Directiva.

A las 19:30 h en la sede social (Gran Vía, 11, bajos. Zaragoza).

Ascensión a los nevados Urus, Ishinca, Vallunaraju, Jatunmontepunco, Tocllaraju, Copa y Paqcharuri.

### **EXPOSICIÓN DE FOTOGRAFÍAS**

#### **"FOTOS DE MOCHILA", por ROBERTO MARTÍN**

En Montañeros de Aragón.

Gran Vía 11, bajos, Zaragoza.

Del 8 de febrero al 31 de marzo de 2016, de lunes a viernes, de 18:00 a 21:30 h.

El socio Roberto Martín Arranz, realiza una muestra de fotografías de las actividades de senderismo de *Montañeros de Aragón*.

### **LA SENDA DE CAMILLE**

Del 8 al 14 de agosto de 2016.

Reunión informativa.

Jueves, 17 de marzo de 2016, a las 19:30 h en la sede social (Gran Vía, 11, bajos. Zaragoza).

### **ESPELEOLOGÍA**

#### **CURSO DE INICIACIÓN A LA ESPELEOLOGÍA**

10, 12 y 13 de marzo de 2016.

Programa:

Jueves, 10 de marzo a las 19:30 h en la Sede del Club, charla de introducción a la espeleología, a sus materiales y a la técnica básica de progresión en cuevas.

Sábado, 12 de marzo: prácticas.

Domingo, 13 de marzo: prácticas.

Precio socios: 40 euros.

Precio no socios: 83 euros.

### **SENDERISMO**

#### **SENEGÜÉ-PUNTA GÜE (1.579 m)-SORRIPAS.**

20 de marzo de 2016.

Hora de salida: 8:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Duración de la actividad: 5 horas.

Distancia lineal: 13 km.

Desnivel de subida: 750 m.

Dificultad: moderada.

Precio socios y federados: 14 euros.

Precio socios y no federados: 15 euros.

Precio no socios y federados: 19 euros.

Precio no socios y no federados: 20 euros.

## **TREKKING EN MONTAÑAS DEL MUNDO ALPES JULIANOS EN ESLOVENIA**

Del 23 al 30 de julio de 2016.

Considerado uno de los *trekking* más bellos de Europa, que atraviesa los paisajes naturales más diversos y maravillosos de Eslovenia.

Basados en la hermosa ciudad alpina de Bled y Lubiana, cada etapa del *trekking* atraviesa por sus tesoros naturales: preciosos senderos en la naturaleza más espectacular, alucinantes lagos, como los de Bled y Bohinj, cascadas de ensueño, los rincones más hermosos del Parque Nacional de Triglav y los fantásticos bosques de Pokljuka. Además de la gastronomía más auténtica, rica y variada.

Precio para grupo de más de 15 personas: 1.525 euros.

Obligatorio estar federado en la categoría correspondiente.

Para formalizar la inscripción se realizará del 4 al 15 de abril de 2016, el primer pago de 325 euros.

## **LA SENDA DE CAMILLE**

Del 8 al 14 de agosto de 2016.

Precio socios: 410 euros.

Precio no socios: 490 euros.

El precio incluye: media pensión en los refugios, traslados en autobús desde Zaragoza, actividad con dos guías, el mapa y la guía oficiales, un portamapas, un saco sábana y la tarjeta de control de etapas, y cuando termines la actividad, una camiseta exclusiva que solo tienen aquéllos que terminan la Senda de Camille.

Para realizar la inscripción es necesario pagar una señal de 110 euros.

Plazas limitadas.

Obligatorio estar federado en la categoría correspondiente.

## **BTT**

### **GR-99: ZARAGOZA-QUINTO DE EBRO**

Sábado, 16 de abril de 2016.

Hora y lugar de salida: 8:30 h, Azud del Ebro, margen derecha.

Hora estimada de llegada: 12:00 h, Quinto de Ebro.

Duración: 3 horas y 30 min.

Distancia: 45 km.

Dificultad: media.

Material obligatorio: casco, bidón de agua, comida, bomba y repuestos.

A las 13:20 h regresaremos Zaragoza con el tren regional Express (billete no incluido en el precio de la actividad).

Es obligatorio estar federado.  
Precio de la actividad para socios: 1 euros.  
Precio de la actividad para no socios: 2 euros.

## **SENDERISMO**

### **XIII TROFEO JERÓNIMO LERÍN**

#### **MARCHA DE REGULARIDAD**

17 de abril de 2016.

Hora de salida: 7:30 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Programa:

7:30 h.- Salida de Zaragoza.

8:45 h.- Llegada a Riglos.

9:15 h.- Salida del primer equipo.

17:30 h.- Entrega de trofeos.

18:30 h.- Regreso del autobús a Zaragoza.

Precio socios y federados: 14 euros.

Precio socios y no federados: 15 euros.

Precio no socios y federados: 19 euros.

Precio no socios y no federados: 20 euros.

## **PRESENTACIÓN DEL LIBRO "EL TRIUNFO DE LA VOLUNTAD"**

### **DEL SOCIO CARLOS SANZ**

Lunes, 18 de abril de 2016, a las 19:30 h en el *Ámbito Cultural* de *El Corte Inglés* (Paseo Independencia, 11, 2ª planta, Zaragoza).

Intervendrán:

Luis Larrodera.

Ramón Tejedor.

## **SENDERISMO**

### **"ARAGÓN A PIE POR GR" SANTUARIO DE LA VIRGEN DE HERRERA**

24 de abril de 2016.

Hora de salida: 8:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Desnivel: 480 m.

Distancia: 16 km.

Dificultad: fácil.

Duración del recorrido: 4 horas.

Precio socios: 14 euros.

Precio no socios: 19 euros.

Precio socios no federados: 15 euros.

Precio no socios no federados: 20 euros.

## **CHARLA PROYECCIÓN DEL VIAJE**

### **"DE ALASKA A LA PATAGONIA EN ELEFANTE": 2 AÑOS, 16 PAÍSES Y 45.000 KM**

A cargo de Noelia Somalo y Rafa Ocón.

Miércoles, 27 de abril de 2016.

A las 19:30 h en *Montañeros de Aragón* (Gran Vía, 11, bajos. Zaragoza).

Noelia Somalo y Rafa Ocón dejaron todo lo que tenían en España para cumplir su sueño de recorrer el continente americano, desde Alaska hasta Ushuaia.

Un viaje que tras dos años les llevó a recorrer el continente americano, desde las faldas del Mackinley, en Alaska, hasta las Agujas del Fitz Roy en plena Patagonia.

Un viaje en busca de la naturaleza más salvaje de América, recorriendo selvas y montañas, conviviendo con sus gentes y descubriendo la cultura de los dieciséis países que atravesaron en su recorrido.

Una experiencia de vida resumida en una charla-proyección que no solo trata de viajes, montañas o retos, sino que habla de los sueños y la capacidad de superación para lograrlos.

## **MONTAÑISMO**

### **EL PUEYO DE MONDICIETO (2.384 metros)**

8 de mayo de 2016.

Hora de salida: 7:00 h.

Lugar de salida: Paseo María Agustín 33, Zaragoza.

Dificultad: media-alta.

Desnivel: 1.000 m.

Duración de la actividad: 3 horas y 30 minutos de subida; 3 horas de bajada.

Precio socios y federados: 14 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 19 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

*Nuria Moya*

### **1.03. La XL Semana de la Montaña**

En breve tendrá lugar el Ciclo 40 de la Semana de la Montaña, en el Patio de la Infanta de IberCaja, en la calle de San Ignacio de Loyola, número 16, de Zaragoza. De entrada libre, mientras no se supere el aforo de la sala.

La Obra Social de Ibercaja colabora con *Montañeros de Aragón* en la celebración de este ciclo de proyecciones, cuyo objetivo es transmitir y fomentar la afición por la montaña y sus deportes.

Proyecciones:

#### ***Primera travesía en solitario a las Torres del Paine***

Documental. Director: Pedro Cifuentes. Chile, 2013.

Presenta: Gonzalo Albasini. Miembro de la Junta Consultiva de *Montañeros de Aragón*.

La Patagonia es una de las zonas montañosas más bellas y a la vez con la climatología más adversa del planeta. Pedro Cifuentes viajó hasta allí en 2013

y realizó la travesía integral de las tres torres del Paine en solitario y en un mismo intento sin descender al valle.

9 de mayo, 19:30 h.

### **Shiva, una aventura en el Rowaling**

Documental. Director: Manuel Córdova. Nepal, 2014.

Presenta: Ramón Tejedor. Presidente de *Montañeros de Aragón*.

Vídeo del intenso viaje de Manu Córdova, Jonathan Larrañaga y Jordi Corominas a Nepal durante el otoño de 2014. Allí realizaron la primera repetición de una vía de reciente apertura al Chuquima Go Pequeño y la apertura de "Shiva, Straight to the top" al pico Chekigo, una ruta difícil y comprometida que los tres alpinistas escalaron en el día.

10 de mayo, 19:30 h.

### **Reconstruyendo sonrisas**

Documental. Director: José Olmos. Nepal, 2015.

Presenta: Gonzalo Albasini. Miembro de la Junta Consultiva de *Montañeros de Aragón*.

Cimas imponentes, densas selvas, valles insondables, ríos indómitos, sabanas... Nepal es un país de belleza sobrecogedora y acentuados contrastes. Diversidad escénica que satisface todos los sentidos. La misma poderosa fuerza que esculpe tan soberbias montañas, vulneró recientemente el bienestar de sus gentes y tambaleó los cimientos seculares de ese preciado legado. Obviar la imperiosa necesidad de reconstruir su futuro e ilusiones supondría un insulto a la dignidad humana y a la preservación de un patrimonio único.

11 de mayo, 19:30 h.

## **1.04. Donaciones diversas para Montañeros**

Recientemente unos socios que desean permanecer en el anonimato han realizado varias donaciones a esta Casa. Por un lado, la Biblioteca se ha visto enriquecida con una quincena de números que faltaban de la revista *Desnivel*, correspondientes a los tres últimos años. Por otro, nos han regalado dos antiguos banderines del Club que, al parecer, se habían extraviado desde hacía algún tiempo de nuestra Sede.

Además, Luis Aliaga ha obsequiado otros dos libros a la Biblioteca: *Escalada en nieve y hielo*, de Máximo Murcia (Manuales Desnivel), así como *Roca, nieve y hielo en Pirineos*, de Rainier Munsch, Christian Ravier y Rémi Thivel (Ediciones Desnivel).

Desde aquí animamos para que estos ejemplos sean contagiosos, tanto en libros o revistas de montaña, como en fotos, documentos, carnets o insignias antiguas de *Montañeros de Aragón*. Muchos objetos que en los domicilios particulares no hacen sino criar polvo o atestar un sitio más bien escaso, que apenas consultamos o que ya no nos interesan, pueden resultar de utilidad para los demás socios y lucir en nuestras vitrinas.

### 1.05. Camisetas y chalecos con nuestro anagrama

Aprovechando que llega ya el buen tiempo, os recordamos que todavía quedan por vender camisetas y chalecos con el anagrama del Club. Cada vez son más los socios que se animan a adquirir estos productos con los que lucen nuestros colores tanto en la ciudad como en el monte.

Se pueden comprar en Secretaría:

Camisetas grises: 5´50 euros.

Camisetas verdes: 6´50 euros.

Chalecos: 25´00 euros.

Tallas disponibles: 10/12 años, S, M, L, XL y XXL.

## II. NOTICIAS DEL CLUB

### 2.01. Notas socioculturales

El lunes, 18 de abril, tuvo lugar a las 19:30 h en el *Ámbito Cultural* de *El Corte Inglés* la presentación del libro de un consocio nuestro. Se trataba de *El triunfo de la voluntad* (2016), de Carlos Sanz. En el acto intervinieron, como presentador, Luis Larrodera, así como nuestro presidente, Ramón Tejedor. En la página promocional se realizaba un rápido extracto del tema allí abordado:

“Ex árbitro de fútbol de primera división, en la actualidad habiendo recibido cuatro trasplantes de hígado, dos prótesis de cadera y en lista de espera para recibir dos prótesis de rodilla, dedica todo su tiempo a dirigir la *Fundación Carlos Sanz* ([www.fundacioncarlossanz.org](http://www.fundacioncarlossanz.org)) y a realizar gestas deportivas que ninguna persona en sus condiciones la conseguido hacer”.

Tal y como se indicaba en la tarjeta de promoción de esta obra: “Lo hicieron porque nadie les dijo que era imposible”.

### 2.02. Necrológica: Julio Ferrer Sequera

Blanca Latorre nos ha pasado una reseña sobre el fallecimiento, el 1 de marzo de 2016, de nuestro apreciado Julio Ferrer Sequera. Firmada por Mario Sasot, llevaba el título de “Un militar humanista: Julio Ferrer Sequera (1928-2016). Coronel de Infantería”. Merece la pena su reproducción íntegra en esta, su Casa, a la par que enviamos desde aquí nuestro pésame sincero tanto a los familiares como a los amigos del desaparecido:

“Julio Ferrer, a lo largo de su carrera profesional, fue el prototipo de persona vinculada a las armas y a las letras. En el ámbito militar, llegó a ser jefe especialista de carros de combate, diplomado en el mando de unidades de montaña (esquiadores-escaladores) y de operaciones especiales, los conocidos como *guerrilleros* o *boinas verdes*. Asimismo fue preparador de tiro deportivo, maestro tirador con arma corta de guerra y campeón militar de España en dicha modalidad.

"Paralelamente a sus actividades castrenses, desarrolladas en su mayor parte en Zaragoza, se licenció en Filología Hispánica por esta Universidad. En los últimos años de su vida activa fue profesor en la *Academia General Militar* de Zaragoza, donde además llegó a dirigir el *Museo de Historia del Ejército*, que contribuyó a organizar y modernizar.

"Desde esta misma institución contribuyó a fundar la cátedra *Miguel de Cervantes* patrocinada por la *Academia General Militar* y la *Universidad de Zaragoza*, que organiza para los cadetes y oficiales charlas y cursos en los que participan cada año diferentes personalidades del mundo de la cultura, el arte, la ciencia, la política y la historia.

"En 2013 representó a la *Academia General Militar* en el *I Congreso Internacional de Historia Militar* organizado por la *Universidad Complutense* de Madrid con una ponencia sobre la Academia zaragozana.

"Aficionado al coleccionismo militar, fue miembro fundador de la agrupación *El Cid*, de coleccionismo de armas y recuerdos históricos, patrocinada por el *Museo del Ejército*.

"Como investigador sobre historia militar, tiene publicados diversos estudios monográficos sobre temas como el armamento militar español del siglo XIX, la guerra de la Independencia, los Sitios de Zaragoza o sobre aspectos militares presentes en la obra de Orwell.

"En cuanto a libros, tiene publicados, entre otros, dos volúmenes sobre la *Academia General Militar* (Plaza y Janés, 1975), *La historia de la enseñanza militar*, o *El ganado, guía del oficial y suboficial de tropas de montaña*.

"En los años setenta y ochenta publicó numerosos artículos en periódicos aragoneses, la revista *Andalán* y en revistas especializadas como *Armas y Cuerpos*, *Defensa* o *Ejército*. Asimismo colaboró en la *Gran Enciclopedia Aragonesa*.

"Una de las facetas tal vez más desconocidas de este militar inquieto e incansable fue su trabajo como asesor en temas militares o históricos para algunas películas rodadas en Aragón como *La Vaquilla*, de Luis G. Verlanga, *Tierra y Libertad*, de Ken Loach, y *¡Ay, Carmela!*, de Carlos Saura".

Mario Sasot

### 2.03. Anexo del BD50

Llega la tercera parte de este grupo de Anexos dedicados al inicio del esquí de montaña en ciertas regiones del máximo interés pirineísta. Tras el valle de Tena y el Principado de Andorra, le ha tocado el turno al valle de Benasque. Quienes deseen conocer cómo se originó el *deporte blanco* en las montañas del Alto Ésera, tienen una cita con este Anexo del BD50...

## III. SECCIONES CULTURALES

### 3.01. Después de más de cincuenta años en el Monte Perdido

En el número 11 de la revista *Erata* (diciembre de 2015) aparecía este artículo de Pedro Estaún, el sacerdote socio de *Montañeros de Aragón de Barbastro* que tantas veces ha acogido a los nuestros en celebraciones religiosas en el refugio Wallon, la Gran Facha o el Aneto. Dado el interés y las alusiones a socios de nuestra Sociedad, la reproducimos con su permiso entre estas páginas:

"Han pasado cincuenta y un años desde la primera vez que subí al Monte Perdido en agosto de 1964. Tenía entonces dieciséis años y estaba pasando, como todos los años, el verano en Biescas. El Monte Perdido era una montaña mítica con sus 3.355 metros de altitud, la más elevada de esa zona de nuestro Pirineo en el impresionante valle de Ordesa, y la meta deseada por todo aspirante a montañero. La ascensión la realicé con Carlos Albasini, Rafael Oliver y los Miret del modo habitual en aquella época. Salimos de la Pradera de Ordesa para pernoctar en el refugio de Góriz, inaugurado un año antes. Ascendimos a la cumbre al día siguiente, pernoctando a la bajada nuevamente en el refugio. Descendimos a la Pradera de Ordesa por la Faja Pelay o Senda de los Cazadores. Con la ilusión que aquella ascensión me producía fui tomando nota del horario de la marcha y guardo también las fotografías que Albasini nos hizo.

"Han transcurrido más de cincuenta años y el pasado verano pude volver a ascender tan impresionante pico. En estos años había tenido también oportunidad de subir en otras ocasiones, pero esta última ha tenido una especial importancia por el tiempo transcurrido desde aquella primera subida.

"En esta ocasión la marcha la hice con un grupo de amigos en el día partiendo de Biescas muy temprano para tomar el autobús que parte de Nerín a las 7:00 h y que nos dejó a 2.200 metros de altitud sobre el valle de Ordesa. Desde allí caminamos hasta el refugio de Góriz manteniendo altura, donde llegamos poco después de las 9:15 h. Allí iniciamos la ascensión siguiendo la misma ruta que había realizado en 1964. Comparando los tiempos, compruebo que en esta ocasión mi ascenso ha sido notablemente más rápido que cuando tenía dieciséis años. Entonces, desde el refugio hasta el Lago Helado, tardamos tres horas y ahora menos de dos. Desde allí hasta la cima, utilizamos en 1964 más de una hora; ahora solo cincuenta minutos. Y el descenso también ha sido notablemente más rápido, regresando a dormir a Biescas tras ser recogidos a las 20:00 h por el autobús que nos dejó en Nerín.

"En aquella primera ascensión fuimos muy pocos los que llegamos ese día a la cumbre; tan solo nuestro grupo y dos vascos que hicieron la ascensión en el día desde Ordesa. Ahora pienso que debimos ser más de cien lo que hicimos cumbre el 12 de agosto de 2015.

"En 1964 había un libro en la cima en el que cada uno escribió sus impresiones. Lo que uno de mis compañeros allí escribió marcó mi vida montañera. Era un día muy despejado y la vista en todas sus direcciones era extraordinaria. Con letra clara y descifrable, Carlos Albasini escribió: *Admira lo creado y alaba al Creador*. Ahora no hay libro en la cima; se llenaría casi a diario, y la vista en el día de nuestra ascensión no era tan clara como la de entonces. No obstante, en los momentos en los que la niebla se despejaba,

pude admirar esa maravilla de los valles a nuestros pies y las montañas todas ellas por debajo de nosotros y eso llevó a elevar mi mente a Dios alabando tanta belleza.

“Pero sobre todo el sentimiento que me embargó durante toda esta última jornada fue el de agradecimiento. Han pasado muchos años desde aquella primera ascensión y, sobre todo han ocurrido muchas cosas en mi vida. No podía pensar en aquel entonces que un día, después de finalizar la carrera de Ciencias Físicas y trabajar en este campo, sería ordenado sacerdote, que me detectarían un cáncer y que después de más de cincuenta años y viviendo ahora en otro país, volvería a ascender a esa mítica cumbre realizando la ascensión, ya con sesenta y siete años, en un tiempo menor que cuando tenía dieciséis. Verdaderamente puedo decir de manera muy fuerte: *¡Gratias tibi Deus, gratias tibi!*”.

*Pedro Estaún*

### **3.02. Nuestros autores y sus libros: *El esquí en Sallent: tras las huellas del centenario***

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, *El esquí en Sallent: tras las huellas del centenario I, 1905-1919*, Instituto de Estudios Altoaragoneses y Ayuntamiento de Sallent, Zaragoza, 2007. 19 x 24 cm, 300 páginas.

MARTÍNEZ EMBID, Alberto, *El esquí en Sallent: tras las huellas del centenario II, 1920-1950*, Instituto de Estudios Altoaragoneses y Ayuntamiento de Sallent, Zaragoza, 2007. 19 x 24 cm, 300 páginas.

40 euros, los dos tomos.

Pues no. Aunque parezca mentira, nunca habíamos reseñado en nuestras publicaciones esta obra doble e indisoluble. Supongo que debido a que su autor, un distinguido socio nuestro, no quería sobrecargarnos con esa avalancha de libros que le editaron durante la temporada que nos ocupa. Las cosas de ser tan prolífico. Y era una injusticia tremenda, pues estamos ante una auténtica obra de referencia. En su sentido más estricto, dado que la citan en no pocos estudios sobre la historia del *deporte blanco*. Pues ahora, con los *Anexos* de los últimos números de nuestros *BD* dedicados al esquí de otros tiempos, a “este cerdito le ha llegado su San Martín”. Aunque sea con nueve añitos de retraso.

¿Cómo se le ocurrió a Alberto esta historia del esquí tensino en seiscientas páginas de texto y con una porrada de imágenes de época? Pues muy sencillo: se trata del trabajo que presentó al *VIII Premio de Investigación Histórica Villa de Sallent*, fallado en 2006. Nuestra reconocida “hormiguita de biblioteca” llevaba años coleccionando notas y artículos de todo tipo sobre el esquí más arcaico de Tena, un valle que frecuenta desde 1969. Durante otra añada más, reunió lo más interesante y lo pulió noche tras noche de ordenador con la paciencia de un cartujo. No solo eso: se atrevió a salir de los límites tensinos para hablar de la introducción del esquí en Francia desde tierras

escandinavas, a finales del siglo XIX. Más aún: también quiso que otras regiones limítrofes, como Ossau, o Canfranc, o Torla, o Benasque, o las sierras de Teruel, tuvieran su pequeño apartado dentro del estudio enciclopédico. Y, tras agitarlo bien, lo metió todo ello en concurso.

Para entonces, nuestro hiperactivo amigo ya había ganado el *Villa de Sallent de Investigación Histórica* en dos ocasiones anteriores, en unas apasionantes justas amistosas con otro ilustre de esta Casa, Manuel Gómez de Valenzuela. Hasta la extinción de dicho concurso, Alberto lo ganaría en un total de seis ediciones. Pero en la convocatoria de 2006 sacó nota. El alcalde sallentino de entonces, José Luis Sánchez, le llamó emocionado para felicitarle, instándole para que comenzara a buscar imágenes antiguas, pues deseaba su publicación fulgurante. Al completo, la parrafada entera. Al autor le sorprendió esta propuesta, dado que contaba que, en el mejor de los casos, se editarían tan solo los apartados referentes al valle de Tena, quedando el resto en las bibliotecas del *Instituto de Estudios Altoaragoneses* y de Sallent, a disposición de los estudiosos del tema. No solo eso: también se decidió en el Consistorio que se añadieran unos anexos, justo al término de una historia que finalizaba teóricamente en 1950, para que se incluyeran los años que iban hasta los inicios de la puesta en marcha de la estación de Formigal y de sus primeras competiciones. En fin: para el señor Martínez Embid, 2006 fue un año tan agradable como denso. Muy rico en excursiones por las casas de Sallent para recolectar tanto entrevistas con vivencias de otros tiempos, como imágenes irrepetibles de los años heroicos del esquí. Lo dicho: una enciclopedia que resulta imprescindible en la alacena de los pirineístas interesados por el nacimiento y desarrollo de los deportes de invierno.

Sus seiscientas valiosas páginas darían para una reseña de un tamaño notable. No caeré en la tentación. Únicamente añadiré dos apuntes: la historia del esquí tensino y la de nuestro Club se hallan intensamente unidas aquí, dado que la primera provocó el nacimiento de nuestra sección más madrugadora, los *Montañeros de Aragón de Sallent*, allá por 1933. No en vano, aparecen, como entrevistados, personajes tan queridos en esta Casa como Fernando Almarza, Ricardo Arantegui, Eduardo Blanchard, Pepe Díaz, Mariano Fanlo, Agustín Faus, Manolo Español, Federico Laguna, Fernando Lizalde, Carlos Mur, Carmelo Royo, José Sierra, Julián Vicente, Miguel Vidal... Y otra curiosidad más: durante la casi decena de añadas transcurridas, nuestro rastreador ha encontrado nuevos datos de estos tiempos en los que los deportes de invierno arrancaban su andadura. Esta suerte de actualización de notas se puede descubrir en el *Anexo del BD48*, editado hace pocos meses...

Quienes deseen deleitarse con las fabulosas imágenes, los preliminares del esquí primitivo o las andanzas en Tena hasta los años setenta, no tendrán más remedio que buscar estos dos libros, que se venden unidos en un solo pack retractilado. No resulta del todo fácil: puede que aún quede algún ejemplar en la sede del *Instituto de Estudios Altoaragoneses* o en la tienda de la Diputación de Huesca... En los comercios o el estanco de Sallent... Prácticamente el millar de ejemplares se agotó hace tres años, cuando se celebró el centenario de las primeras esquizadas de Antonio Fanlo, primer

presidente de los *Montañeros de Aragón de Sallent*. Así es que, si os topáis con los tomos de *esquí en Sallent: tras las huellas del centenario*, no os lo penséis dos veces, que igual os los *levantan* allí mismo, delante de vuestras narices. Deben de quedar muy pocos ya.

Son dos libros esenciales en la historia de *Montañeros*, de Tena y del esquí pirenaico. Palabra.

*Marta Iturralde*

### 3.03. Un texto para el cierre: **Nuestro Aneto con tablas de 1954**

En el tema de las visitas con esquís al Rey Aneto, han circulado no pocas inexactitudes por nuestro propio *solar*. Una de ellas sostuvo, hasta hace no demasiado tiempo, que la ascensión más precoz a la cota 3.404 metros fue llevada a cabo durante el invierno de 1954. Un desliz histórico de medio siglo exacto, pues el *Monarca del Pirineo* fue ganado por los esquiadores en 1904.

Así y todo, la aventura de mediados del siglo XX tuvo gran repercusión en *Montañeros*. Fue publicada dentro de ese cuadernillo que celebraba las Bodas de Plata del Club: cierta pluma anónima pasaría al papel con detalle su "Ascensión invernal al Aneto", dentro del número 24-25 del *Boletín de Montañeros de Aragón* (1954). Un artículo más que interesante que merece una transcripción en extenso, a modo de epílogo del trabajo que sigue a estas líneas sobre el esquí heroico en Benasque:

"El día 20 de febrero [de 1954], en el *ligero* de Lérida, salieron José Tricas, Antonio González Sicilia, Ángel Serón, Eduardo Vicente y Francisco Ramón con dirección a Barbastro y Benasque. Su meta estaba bastante más alta, a 3.404 metros sobre el nivel del mar, en la cima del pico más alto del Pirineo, el Aneto.

"Armados de todos los cachivaches conocidos y de alguno recién inventado para esta ocasión –como unos sacos de papel de los que se utilizan para proteger la ropa de la polilla, y que pensaban emplear como suplemento sobre los sacos de dormir–, con una gran dosis de optimismo y otra mayor de buen humor, llegan al día siguiente a Benasque, al mediodía, bajo un cielo plomizo y pisando nieve nada más dejar el autobús, pues había estado nevando los tres días anteriores en el mismo pueblo, y el tiempo parecía seguir igual. Lo peor era que las nubes estaban muy bajas, a ras de los tejados, por lo que desistieron de salir *arreando*, según habían pensado, y se quedaron a dormir en la Fonda Sayó.

"Al día siguiente, 22, estaba previsto salir a las 7:00 h con una caballería que llevara la impedimenta hasta donde fuera posible. Después que entre todos pudieron conseguir que Ramón estuviera preparado a la hora fijada, el mulero no apareció hasta una hora después con su caballería, y a las 8:30 h salió la caravana carretera adelante, la caballería con las cinco mochilas y cada uno con sus esquís –pues no fue posible cargarlos por exceso de peso–, con un tiempo que, si no estaba muy bien, tenía tendencia a mejorar. Y mejoró. En cambio, el camino estaba bastante cargado de nieve, obligando a la caballería

y a su dueño a dar algunos rodeos para evitar zanjas, hubo que descargar dos veces al pobre animal y era más de las 13:00 h cuando todos llegaron a los llanos de los Baños de Benasque, dejando el camino que sube entre el bosque por tener medio metro de nieve y a veces más, para seguir por el centro del llano, junto al río. Todo fue inútil: la caballería quedó con el vientre pegado a la nieve, y las cuatro patas totalmente hundidas.

“Los expedicionarios, que ya llevaban puestos los esquís, cargaron con sus respectivas mochilas y, convenientemente lastrados, emprendieron la marcha cuesta arriba. Eran las 14:00 h, bajo un sol de justicia (no había ni una nube), sin comer, y con unas mochilas que debían contener plomo o alguna cosa más pesada todavía. Allí había que ver a Vicente que no podía subir por llevar los esquís demasiado encerados [en vez de usar focas u otro *antiderrapante*]; Serón tampoco podía porque los llevaba sin encerar y se le pegaba la nieve. Éste protestaba de que su mochila pesaba más que las otras; el otro también decía no sé qué... Pero, como nadie se quedaba quieto, poco a poco fueron subiendo y marchando, con alguna detención, porque cualquiera de los tres *fotógrafos* decía: *Aquí hay una foto de miedo...* Luego le tocaba el turno al tomavistas... Y había que mirar también el maravilloso paisaje, tan distinto del acostumbrado en verano. A las 18:00 h llegaron a las ruinas del Hospital de Benasque, donde todos de completo acuerdo decidieron quedarse a dormir.

“El día 23 resultó más estupendo que el anterior. Sol brillante y nieve dura, ya que durante la noche ha hecho un frío *de hombres*, y con toda tranquilidad siguen la marcha, pues solo hay que salvar trescientos noventa metros de desnivel entre el Hospital y La Renclusa. El camino discurre por varios llanos, soberbiamente tapizados de una brillante capa de nieve, sin una mancha ni una huella, con verdes bosques en primer término, y las crestas rocosas en el fondo que obligan a trabajar intensamente a las dos máquinas fotográficas y al tomavistas. Después de comer en el Plan de Están, al pie del fuerte tubo que lleva a La Renclusa, llegaron a las 17:00 h al refugio de invierno, completamente lleno de la nieve que se había colado por la chimenea. Una limpieza a fondo, fuerte cena, y a dormir.

“El día siguiente no estaba completamente raso. A las 7:00 h, cuando salieron nuestros cinco aventureros, había unas nubecillas en el Salvaguardia, y fue ampliamente comentado un refrán local que predice mal tiempo cuando ocurre tal cosa. Pero mientras no lo hiciera... Eran cerca de las 12:00 h cuando llegaban al Portillón Inferior, dando vista al glaciar de Aneto y a una buena colección de nubes que pasaban hacia el norte, rasgándose en el pico de Aneto y en el macizo del Medio. Hasta alcanzar el glaciar, la expedición cruzó por una pala de nieve excesivamente inclinada, muy dura, que impone un poquito. Y mientras el grupo sube, las nubes bajan. En el centro del glaciar ya no ven nada, pero siguen hacia arriba con las esperanza de que aclare, pero sí, sí... A las 15:00 h el grupo se da de narices con un paredón inmenso, del cual no se veía más que lo que se podía tocar, perdiéndose en la niebla a derecha e izquierda. Es el pico de Coronas y, un poco más arriba, encuentran el cuello de Coronas..., con un viento que se lleva a la gente. Como allí no pueden estarse

quietos porque hace un frío que pela, caen bolisas se nieve y la niebla se va espesando, deciden bajar. Se quitan las lonas [*antiderrapante* en lugar de pieles de foca] de los esquís, y hacia abajo con los ojos cerrados, pues la visibilidad era completamente nula, con esa sensación característica de horizontalidad que obliga a bajar en *media-ladera* suave al mejor esquiador por su pista preferida. De vez en cuando, un golpe de aire parecía querer levantar el telón de niebla, sin conseguirlo.

"Cerca ya del Portillón Inferior, Vicente se *encontró* con una piedra así de grande, y salió del encuentro con el esquí roto por la espátula. Mientras los demás tomaban un bocado allí mismo, el accidentado volvió a colocarse las lonas y, en compañía de Ramón, emprendió la marcha hacia el refugio [de La Renclusa], siguiendo exactamente la huella de subida porque la niebla persistía en no dejar ver a tres metros, llegando de noche. Los otros tres aún llegaron más tarde, por haber perdido la huella que era la única referencia visible. Los cinco estaban bastante *rotos*.

"El día 25 amaneció estupendo, y los cinco supervivientes amanecieron tarde. El pobre Ramón preparó la mochila porque había ido con el tiempo justo para el viaje de ida, subir..., o no subir y regresar. Con una cara así de larga emprendió solo el descenso al pueblo de Benasque, y además perdió el coche y tuvo que esperar al del día siguiente. Nuestros héroes, reducidos a cuatro, hicieron una excursioncilla al Plan de Aigualluts y al Trou del Toro [¿de Aigualluts?], para no *oxidarse*.

"El día 26 fue igualmente *de película*, y a las 7:40 h estaban preparados Serón, Tricas y González. Eduardo Vicente, más conocido por *Jaimito*, no se resignó a quedarse solo en el refugio [de La Renclusa] con su esquí roto y se marchó con ellos para hacerles compañía un rato..., hasta la misma cumbre del Aneto, como luego resultó. Pero no adelantemos acontecimientos.

"Siguiendo escrupulosamente la huella trazada dos días antes, los cuatro amigos (uno con un esquí roto) cruzaron el Portillón Inferior a las 10:15 h. Siempre por la huella, que facilitaba muchísimo la marcha, pasaron al glaciar y llegaron al cuello de Coronas, máxima altura del día 24. Las nubes brillaban por su ausencia, afortunadamente, y siempre con los esquís puestos, emprendieron la dura subida final, hasta el *Dôme* [la Cúpula], donde cambiaron esquís por crampones y piolets, y se encordaron con Serón a la cabeza, atacando seguidamente la esbelta cresta del Paso [Puente] de Mahoma, cubierta de nieve durísima, casi hielo, para pisar, ¡¡al fin!!!, la tan anhelada cima del Aneto.

"Unas cuantas fotos, con el fondo de la grandiosa cruz de aluminio colocada por el *Centre Excursionista de Catalunya* en el año 1951, y a firmar en el Libro [de Cima]. Solo había dos hojas en blanco, y para eso eran de las que agregó el señor Abadías en el mes de agosto, porque el Libro ya se había completado. La última anotación efectuada en estas hojas supletorias era del 16 de septiembre por tres suizos. Un poco más adelante firmaban tres alemanes. Eran más de cuatrocientas páginas con frases en todos los idiomas, y decidieron bajar con el Libro para remitirlo al *CEC*.

“Pero volvamos a nuestros amigos, que siguen en el pico de Aneto. Tienen un poco de frío, el termómetro que uno de ellos lleva marca  $-16^{\circ}$  C, a pesar de que está al sol. Con toda rapidez inician el descenso después de la última mirada circular, en medio del grandioso silencio que solo conoce quien ha pisado una de estas cimas del Pirineo... Sin novedad cruzan el Paso [Puente] de Mahoma, pliegan la cuerda, recogen crampones y piolets, y calzan los esquís. La nieve del glaciar está durísima, y permite al esquí sin espátula deslizarse hacia abajo sin demasiadas caídas de su pasajero. A las 19:00 h llegan al refugio [de La Renclusa], cansados pero felices. Los cuatro han hecho su primera ascensión invernal, y por cierto que no han estado modestos al elegir su objetivo: el más alto.

“Poco habría que decir del último día. Las mochilas parecen pesar aún más que a la subida, para desesperación de los porteadores, y menos mal que al pasar por la casilla de la Guardia Civil de Fronteras –que está a más de hora y media del pueblo–, les advierten que el coche no sale a las 15:00 h, como ellos creían, sino a las 14:00 h. Gracias a esta oportuna indicación (eran las 12:45 h) y gracias también a una verdadera carrera contra reloj pueden llegar al autobús con solo unos minutos de tiempo, totalmente rotos pero encantados y contentos [...]”.

Esta historia merecía una segunda versión, desde luego. Así, en el número 53 del *Boletín de Montañeros de Aragón* (abril-junio de 1998), Ángel Serón nos la volvía a contar dentro de “Una invernal al Aneto en los años cincuenta”. Por hoy nos quedaremos aquí, no sin recomendar la lectura del trabajo de *El Flecha* en los fondos de nuestras publicaciones recientemente digitalizadas...

*Alberto Martínez Embid*

## EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

### I. EL ESQUÍ EN EL VALLE DE BENASQUE (1904-1939)

1.01. A modo de introducción

### II. TREINTA Y CINCO AÑOS DE *DEPORTE BLANCO* RIBAGORZANO

- 2.01. Inicio de los deslizamientos pirenaicos
- 2.02. Los preámbulos bearneses
- 2.03. El más temprano Aneto con *skis*
- 2.04. Las consecuencias de una victoria
- 2.05. Arlaud y su frustrado tanteo de 1914
- 2.06. Una travesía Arán-Benás en 1919
- 2.07. Con tablas hacia Posets
- 2.08. Teorías sobre el esquí primitivo en el Alto Ésera
- 2.09. Una *primera* al *Monarca* barcelonesa y benasquesa
- 2.10. El peligroso *gatillazo* rumbo a La Renclusa
- 2.11. Las Navidades en la Maladeta
- 2.12. Los resucitados
- 2.13. Ascenso hispano al Perdiguero
- 2.14. El Aneto del *CEC* en 1928
- 2.15. Esquiadas por los *Techos* de Benás
- 2.16. Del Cotiella al pico de las Tempestades
- 2.17. En el arranque de los años treinta
- 2.18. Los picos de Alba y de Aragüells con esquís
- 2.19. La punta del iceberg
- 2.20. El multitudinario Aneto de 1934
- 2.21. Madrileños sobre los dos *Gigantes*
- 2.22. Incursiones por la muga
- 2.23. Foqueos nacionales en el sector de Castanesa
- 2.24. Viaje al País del Invierno
- 2.25. Esquí galo en una España en guerra
- 2.26. La muerte de Odile Castet
- 2.27. Los *skis* verdes

### III. BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL

- 3.01. Libros
- 3.02. Artículos
- 3.03. Blogspots

## I. EL ESQUÍ EN EL VALLE DE BENASQUE (1904-1939)

### 1.01. A modo de introducción

Hasta la fecha, los historiadores no se han interesado en exceso por esbozar una crónica del esquí en la Ribagorza. De las cuatro semblanzas *reconstructivas* que existen sobre los *deportes de invierno* en nuestra Comunidad, uno de los volúmenes se dedica a las estaciones turolenses, otro a las del valle de Canfranc y los dos restantes al esquí en Tena. Sin embargo, los deslizamientos más tempranos por las montañas de Aragón tuvieron lugar, hace ciento diecisiete añadas, a la sombra del Aneto.

Es una verdadera lástima la escasez de páginas de la que ha sido acreedor el *ski* benasqués. Este trabajo llega, pues, con la modesta intención de mostrar algunos de los eventos deportivos y sociales más resonantes de sus treinta y cinco primeros años de andadura. No en vano, *Montañeros de Aragón* tuvo su pequeño papel dentro de la epopeya de las dos tablas en estas elevaciones del Alto Ésera. De la mano de un Socio de Honor como Raymond d'Espouy, o de la familia Almarza Laguna de Rins, o del grupo de Mariano Ripoll. Por lo demás, el presente *Anexo* parece un modo apropiado de celebrar, siguiendo nuestras mejores tradiciones culturales, que el *Boletín Digital* del Club ha alcanzado ya la cincuentena de números.

Quienes acudan hoy hasta las palas nevadas que se despliegan en torno a las cumbres de los Montes Malditos, de Posets/Llardana, del Perdiguero, de Eriste/Grist, del Cotiella y largo etcétera, o quienes evolucionen sobre las pistas alpinas de Cerler o las nórdicas de los Llanos del Hospital, pueden conocer, a través de las hojas que aquí arrancan, las peripecias de sus lejanos predecesores. Guardan más de una sorpresa para los modernos esquiadores.

Sin duda alguna, los comienzos del *deporte blanco* en Benás merecen ser conocidos mucho mejor...

*Alberto Martínez Embid*

## II. TREINTA Y CINCO AÑOS DE DEPORTE BLANCO RIBAGORZANO

### 2.01. Inicio de los deslizamientos pirenaicos

En medios especializados todavía se discute si quedaban o no *islotas* donde se practicaba el esquí en la Europa Occidental de finales del siglo XIX. Que es justamente cuando las dos tablas comenzaron a ser introducidas en los Alpes, desde Escandinavia, con fines lúdicos. De un modo muy especial a partir de 1888, debido a la promoción de este deporte realizada tras la travesía de Groenlandia por el grupo del noruego Fridtjof Nansen. A comienzos del siglo XX el *ski* -un término que designaba estos deslizamientos por la nieve- era un divertimento popular que fomentaban los hosteleros de Chamonix o Saint-Moritz, deseosos de ampliar su temporada turística. Una moda de las clases más acomodadas que no tardaría en trasladarse hasta el Pirineo.

En España el novedoso *sport* no cuajó con rapidez. Llama la atención el tono de una de las noticias más madrugadoras que se sirvió en nuestro país desde el número 778 de *Blanco y Negro Revista Ilustrada* (31 de marzo de 1906), donde se abordaba el fenómeno de este modo:

“Los pasados días celebróse en Holsenkollen un concurso de *skis*; los Reyes de Suecia realzaron con su asistencia el acto, al cual acudió una inmensa multitud. Como es sabido, los *skis* son unos patines de madera de más de un metro de longitud de que se sirven los suecos con verdadera maestría”.

En la difusión de este deporte de invierno en la cordillera francoespañola mucho tuvieron que ver ciertos montañeros del costado norte con ansias de no interrumpir sus andanzas deportivas con las primeras nevadas. Sin embargo, dicho proceso no se iba a realizar sin detractores. El propio Henry Russell declaraba el respecto en 1908:

“Aunque la verdadera función y el único objetivo del esquí sean el de facilitar la marcha y los deslizamientos sobre la nieve blanda de las montañas secundarias en invierno, y no la escalada de grandes cimas, los esquiadores han superado varias veces los 3.000 metros [...]. Haciendo homenaje a los esquís y a su gran utilidad durante el invierno en las altitudes modestas, está claro que, en general, sobre las grandes cimas y los glaciares, inada valdrá tanto como un buen par de piernas!”.

Errores de juicio como este se difundirían un poco por todas partes. Los más tempranos cronistas del *deporte blanco* en la vertiente meridional añadirían sus propias versiones sobre la difusión del nuevo deporte. Así, Eduardo Schmid, dentro de su análisis de 1933 sobre el “Alpinismo sobre esquís” para la revista *Peñalara*, proclamaba:

“La afición al esquí, como seguro medio de locomoción en invierno, se extendió rápida y simultáneamente entre los montañeros de todos los países de Europa. No así entre los naturales de las comarcas cubiertas en invierno de nieve, que, por su apego a las tradiciones y a las costumbres heredadas, tardaron en dejarse convencer de la utilidad de los esquís”.

Sea como fuere, el valle de Benasque aportó al esquí uno de los decorados inaugurales para su ingreso en el flanco sur de los Pirineos. Un papel pionero que hay que atribuir a la presencia en este municipio oscense del *Monarca Aneto*. El *Techo* de la cordillera ejercería como el más poderoso de los imanes para los precursores del *ski*.

## 2.02. Los preámbulos bearnese

La más temprana travesía con tablonos por Aragón tuvo como patrocinadores a unos montañeros que procedían del Béarn. Aunque desde 1900 ya existía un núcleo esquiador en torno a Perpignan, para el debut de esta actividad sobre tierras ribagorzanas fue básico el papel de ciertos moradores de la ciudad de Pau. Su interés por los deportes de invierno se pudo originar a resultas de cierto cruce de misivas entre pirineístas de relumbre...

Así, los amistosos debates entre Ludovic Gaurier, Maurice Heïd y Henri Sallenave, referidos a los extravagantes *patines nórdicos* que por entonces se trasplantaban con éxito en los Alpes, servirían como detonante. Para resolver las discusiones de un modo rotundo, Sallenave hizo que le enviaran un juego desde la *Manufacture d'Armes* de Saint-Étienne, allá por el mes de noviembre de 1903. Pero se produjo un *desvío*: antes de que llegaran hasta sus manos, un cuarto amigo llamado Louis Falisse los estrenó sobre la meseta del Benou, el 7 de diciembre... Al punto, se encargaron a la factoría alpina tres equipos más, gracias a los cuales se podía dar la vuelta al Midi d'Ossau a finales de aquella misma añada. A falta de conocimientos teóricos, nuestros pirineístas tuvieron la ocurrencia de cartearse con uno de los precursores del *ski* en Chamonix, el doctor Payot, quien les remitió un manual para que mejoraran su técnica de un modo menos autodidacta.

El ascenso con tablones al Mont-Blanc del 22 de enero de 1904 sirvió también para espolear en el Pirineo las actividades invernales. En cuando llegó a Pau la noticia, los *skimen* locales pensaron en dar la réplica correspondiente. Tras unos tanteos exitosos en el pic de Ger, comenzaron a mirar hacia la pieza más codiciada de toda la cadena: apenas un año después de que los tablones alpinos arribaran al Béarn, el grupo de Falisse ya se planteaba la posibilidad de ganar con ellos la *Cúspide* pirenaica.

### 2.03. El más temprano Aneto con *skis*

Las páginas entre las que se iba a presentar, de un modo rotundo, el *deporte blanco* en Benasque aparecieron bajo el título de "Néthou et skis", dentro del número 45 del *Bulletin Pyrénéen* (mayo-junio de 1904). Para abrir boca, desde este órgano bimensual de la *Fédération des Sociétés Pyrénéistes*, se brindaría una celeberrima introducción firmada por el autor del referido artículo, Maurice Heïd:

"Se había dicho de todo sobre el Aneto. Se había escalado, analizado y descrito en todos los sentidos. Se había dormido dos veces sobre su cima, y una sobre el glaciar, para escribir hojas gloriosas de la literatura pirineísta. Finalmente se le cantó en verso, y no dudo que, mientras exista la música, si no lo es bajo la forma de un vals lento, al menos lo será a través de un coro de montañeses... Quedaba por vencerlo con esquís. Es decir: durante la primavera. Pero, esta vez, sin chapotear hasta las ancas en nieves desesperadamente blandas y agotadoras. Vencerlo..., rozándolo".

La aventura se iba a concretar durante las densas jornadas del 4 y 5 de abril de 1904. El primer día, nuestros candidatos salieron de Luchon sobre las 2:30 h. El grupo lo formaba el doctor Honoré Basset, de Toulouse, quien marchaba con raquetas, así como el cuarteto de esquiadores afincados en Pau constituido por Pierre Aubry, Louis Falisse, Louis Robach y Maurice Heïd. Además, contaron con el guía luchonés Jean-Marie Castex *Pechic* para que les subiera los equipajes con un mulo hasta el Hospice de France.

Alcanzaban dicha hostelería sobre las 5:00 h, para iniciar ascenso del puerto a partir de las 6:30 h, en mitad de la niebla. Durante este avance hacia

la frontera entre Aragón y el Luchonnais, hubo problemas con las raquetas de Basset debido al estado poco consistente del nevazo, que reclamaba grandes esfuerzos para levantarlas con la sobrecarga. Los esquiadores ascenderían un poco cada cual a su aire: mientras que unos trazaban grandes zetas, otros preferían una ruta directa. Entre los ruidos inquietantes de las avalanchas por el flanco del Sajust y del pico de la Mina, el quinteto ganaba la meseta de los Boums hacia las 11:30 h. A partir de aquí tendrían que afrontar serios obstáculos para cobrarse el puerto, debido a su gran pendiente. Ante las dificultades, optaron por seguir las huellas viejas de unos pastores españoles, realizando agujeros muy profundos con sus bastones. Fue una subida silenciosa en la que más de uno agradecería que la niebla envolvente les evitara las sensaciones vertiginosas... Tras quitarse durante unos diez minutos las tablas, llegaban al Portillón de Benasque sobre las 14:00 h. Un buen momento para cederle la palabra a Maurice Heïd:

“En ese preciso instante, las últimas brumas se volatilizaron, descubriendo con una brusquedad teatral el macizo de los Montes Malditos al completo, blanco desde sus bases hasta las cimas, de una blancura resplandeciente de sol, casi risueña, tras la lúgubre subida del puerto de Benasque. Allá, muy alejada, brillaba la cúpula del Aneto. Más lejos aún, el pico de la Forcanada nos sacaba los cuernos: nuestro entusiasmo fue grande. Este se tradujo inmediatamente en un hermoso deslizamiento hacia la cabaña de Francisco Cabellud, donde dejamos las mochilas. Hicimos cabriolas sobre la nieve. Impresionamos numerosos clichés. Inspeccionamos el local húmedo y frío. Encendimos una llamita modesta y, a la luz de una lámpara de alcohol, realizamos una cena copiosa y variada para que nos distrajera”.

De este modo sencillo se describía el primer ingreso certificado de unas tablas en tierras aragonesas; quien sabe si también en el resto de España. La jornada decisiva se iniciaría el martes, 5 de abril de 1904, a las 0:30 h. No todos pensaban insistir en su objetivo: Basset anunció que, ante los problemas de la aproximación, no les acompañaría con sus raquetas, regresando al Hospice de France... Mientras el cuarteto de *skimen* se organizaba para la prueba, el doctor les ayudó con el equipo y les preparó un té. Heïd redactaría a partir de aquí la porción más intensa del ascenso al Aneto:

“Nos despertamos de forma brusca: transidos y desmañados, realizamos nuestros preparativos antes de salir [...]. Nos dimos la mano con decisión y, después, nos alzamos por la ventana, franqueamos el talud de nieve que la obstruía y, con nuestros esquís en bandolera y algunas provisiones en nuestros bolsillos, cálidamente protegidos mediante guantes y pasamontañas, nos deslizamos bajo la luna en silencio, hacia el Plan de Están. Era un espectáculo polar en el que hacíamos el papel de esquiadores.”

“Pronto la pendiente se acentuó y su dureza exigió algunas precauciones. Marcando el paso, nos colamos lentamente, todo rectos, hacia un barranco que había enfrente de La Renclusa y, después, sin descender hasta ese llano de los Estanques [Plan de Están] que dejamos a la derecha, nos dirigimos en línea casi recta hacia el Forau de Aigualluts (2:30 h). Sobre la muralla de nieve que lo rodeaba, alzamos los ojos sin ver nada y cruzamos a la izquierda.”

"En el Plan de Aigualluts, a las 3:00 h. Lo atravesamos en toda su longitud. Hicimos un alto de diez minutos para un bocadillo a la luz de la luna. Entonces comenzó realmente la ascensión del Aneto por Barrancs, llevando una pendiente constante, uniformemente lisa y monótona. Antes de que estuviéramos en el límite inferior del glaciar (cuando quedaba al descubierto), llegó el alba sin que hubiera un cambio apreciable, pues la luna estaba muy brillante. Ya con el sol, comenzó a hacer calor y la nieve se reblandeció, imponiéndose el esquí. De nuevo nos vimos deslizándonos, no ya en zigzags cerrados y simétricos como ayer, sino en zetas inmensas, de varios centenares de metros de longitud, desposándonos con todas las ondulaciones del glaciar, tan pronto bajo el pico del Medio como bajo el Hombro [o Épaule; hoy, Espalda] mismo del Aneto. Aquí, sobre esta región impracticable en los días de otoño, peligrosa siempre, pasamos confiados, con una sonrisa. El panorama se fue volviendo más amplio, los picos nuevos surgieron a cada lado y, como nada nos apremiaba, disfrutamos sin cesar.

"En el collado de Coronas, a las 10:00 h. ¿Era ese amontonamiento de nieve? Sin duda alguna, pero los torbellinos del invierno se habían desatado para trastocar la topografía. Un viento glaciar soplaba del norte, por lo que permanecer aquí no nos resultaba tentador. Era el momento de soltarnos las correas de los esquís y de plantar sólidamente estos preciosos auxiliares que no queríamos ir a buscar a Ballibierna, antes de saltar hacia la *Cúpula* del Aneto, ansiosos de movimientos y de calor. La nieve era excelente, dura, por lo que la última fase del ascenso no fue sino un juego. En cuanto al célebre Paso [Puente] de Mahoma, ni siquiera tuvo la gloria de resultar inabordable en temporada de nieve, pues el viento se había encargado de barrerla.

"Sobre la cima del Aneto (3.404 metros), a las 11:00 h. ¡Ni una nube! ¿Podría intentar, aunque fuese de un modo esquemático, la descripción del espectáculo? Renuncio: con solo su recuerdo, el entumecimiento me puede y mi tinta se hiela... Era todo lo perfectamente bello que uno podía imaginar y... Nos helamos, sin lirismo, por decirlo en prosa vulgar. El Aneto se vengaba de la afrenta sufrida, aunque fuese ya demasiado tarde.

"El regreso debía de efectuarse por el mismo camino. ¡Qué alegría la de dejarse deslizar sobre las huellas de subida! Mas la alegría fue corta. A unos doscientos metros del collado de Coronas, Robach, quien bajaba a buena velocidad, resbaló ante una banda de nieve dura y cayó. No pudo soltar lo bastante rápido el pie del esquí, demasiado ajustado, y se produjo un esguince en el tobillo derecho. Sin embargo, al precio de padecer un dolor indecible, fue preciso que siguiera andando y, mal que bien, descendiese el glaciar y, después, superara las pendientes, tan tórridas como reblandecidas, del puerto de Benasque en su largo calvario. En un caso semejante, detenerse, aunque fuese una hora, hubiera sido abocarse de inmediato a la inmovilidad, y estábamos bastante alejados de cualquier socorro.

"En la cabaña de Cabellud, que alcanzamos a las 20:00 h, preparamos rápidamente un caldo sin siquiera sentarnos. Después, a la luz de la linterna, siguiendo las huellas de las raquetas dejadas durante la mañana por Basset, pasamos el Puerto [de Benasque] y bajamos".

Les costó cinco horas más llegar al Hospice de France. Allí pudieron comer ante un gran fuego, para continuar su retirada hacia Luchon con el alba. En cuanto a Robach, fue necesario que bajara sobre un mulo, dado su estado. Era un precio no demasiado caro por esta *primera* con esquís al *Monarca*. Extraña poco que Heïd concluyese de este modo su magnífico artículo:

“Las fatigas y las dificultades a vencer no habían sido nada si se comparaban con las ascensiones invernales tentadas en los años anteriores, ascensiones en las que raramente se regresaba como ganador, aunque siempre extenuado. Este honor ha de otorgarse al esquí, un deporte que triunfa por fin en los Pirineos, lo mismo que pasó en los Alpes, y que promete en un futuro emociones dulces a los amantes de las soledades nivales”.

#### **2.04. Las consecuencias de una victoria**

De regreso a su ciudad, la animosa cuadrilla no se conformó con haberse deslizado por los neveros del *Rey del Pirineo*: esa misma primavera se fijaban en el Vignemale. En este caso, sería necesario realizar dos complicados ensayos, lo que provocó que se establecieran ciertas comparaciones: “Menos amable que el Aneto, el otro se defendió”, dijeron sus artífices.

Estas iniciativas avanzadas tardaron poco en llamar la atención a nivel nacional. Desde *La Montagne*, los éxitos de los bearneses se incluirían entre las “exploraciones nuevas con esquís” más punteras de 1904:

“El esquí está muy de moda en Francia, tanto en los Alpes como en los Pirineos. En los Pirineos, creemos que la *Sección de Pau* ha sido la primera [*sic*] en emplear los esquís. Algunos alpinistas han realizado ascensiones notables con esquís, como al Vignemale, en mayo de 1904, y al Aneto, en abril de 1904”.

A modo de complemento, una nota en el órgano del *Club Alpin Français* resumiría de este modo la proeza:

“El 4 y 5 de abril de 1904: puerto de Bénasque, primer ascenso con esquís, por Pierre Aubry, Louis Falisse, Maurice Heïd y Louis Robach. Ida y vuelta desde Luchon por el puerto de Benasque al Aneto. El doctor Honoré Basset subió hasta dicho collado con raquetas, pero abandonó al día siguiente y no intentó el Aneto”.

Retornando al *Techo* pirenaico, añadir que se tomaron fotos de su *primera con esquís* para darles amplia difusión por las diversas revistas. En *La Montagne*, más en concreto, el texto llegaría ilustrado con tres fotos que, en su día, dieron mucho que hablar entre los montañeros galos: “En skis” (Heïd), “Los Montes Malditos y la cabaña de Cabellud” (Falisse), “El collado de Coronas” (Heïd). El historiador Henri Beraldi quiso felicitar a sus artífices: “¡Maravilloso! ¡Noruega, Groenlandia y el Polo desde casa...! ¡Unos paisajes de nieve incomparables!”. Por su parte, Maurice Heïd se apresuró a declarar que, gracias a estos artilugios que arribaban desde Escandinavia, se lograría “volver a dar lustre al pirineísmo”.

Nuestro montañismo nacional no andaba demasiado operativo en la práctica de los *deportes de invierno* cuando se produjo el ascenso al *Monarca*.

Pero, al menos, tomó nota de esta primicia benasquesa sobre tablas. En 1933 Eduardo Schmid la valoraba desde el número 230 de *Peñalara Revista Ilustrada de Alpinismo*:

“5 de abril de 1904; primera ascensión en esquís al Aneto (3.404 metros), por cuatro franceses [*sic*]... Estas primeras ascensiones en esquís en los Pirineos han sido verdaderas proezas, ya que los esquiadores que las ejecutaron eran principiantes en el manejo de los esquís y las ataduras, como la técnica del esquí, dejaron mucho de desear. Tampoco existía el refugio de La Renclusa (Aneto)”.

Los tablones bearneses viajaron con cierta frecuencia hasta el *Rey del Pirineo*. A despecho de hacer gala de una discreción extrema en el terreno de sus logros montañeros, se sabe que, entre 1904 y 1913, el belga Louis Falisse se deslizaría por el Aneto al menos en cinco ocasiones.

## 2.05. Arlaud y su frustrado tanteo de 1914

Durante las primeras añadas del *deporte blanco* benasqués, su crónica presumió de claro acento francés. Algo perfectamente lógico, a la vista de esa ventaja tan notable que por entonces nos llevaba el montañismo de la vertiente norteña.

A la sombra de la sección de Toulouse del *Club Alpin Français*, funcionaba desde 1907 cierta *Sports d’Hiver Association*. El 22 de diciembre de 1913 se quiso relanzar la entidad bajo el nombre de *Ski-Club Toulousain*. Al punto, sesenta jóvenes se adhirieron a la misma, un número que pronto engrosó gracias a la difusión realizada en ambientes universitarios. Fernand Rives centraría sus esfuerzos iniciales en adiestrar a estos neófitos sobre la meseta de Superbagnères..., con las nieves de los Montes Malditos centelleando por el sur, tan terriblemente cautivadoras. No sorprende que sus cimas ingresaran pronto en el listado de objetivos.

A mediados de marzo de 1914 la asociación gala se decidió a tentar por fin una montaña de renombre: el mismísimo Aneto. El grupo estaba liderado por el veterano Louis Falisse, quien conduciría hacia ese *Monarca* que tan bien conocía en invierno a unos jovencísimos Jean Arlaud, Édouard Lacq y Roger Martin. Resulta interesante reconstruir esta aventura a partir de los textos del primero de estos novatos, ya desde su resumen para el *CAF-Toulouse* (1914), ya desde sus póstumos *Carnets* (1965).

Las originalidades de nuestro grupo se iniciaban durante su traslado hasta Luchon en bicicleta con las tablas adosadas en el lateral del cuadro. Sin embargo, en la ciudad termal hubo que alquilar unos mulos para que transportasen sus pesados esquís hasta los primeros manchones de nieve. En cuanto al descenso desde el Portillón de Benasque hasta La Renclusa, resultó más que penoso para Arlaud, quien “apenas podía darse cuenta de nada si no era por los movimientos de los esquís y por su inclinación, si es que descendía; durante las paradas, se veían caer copos de nieve a toda velocidad por los lados”. La dura aproximación finalizó con un acto vandálico: como el refugio de La Renclusa, aún sin terminar, estaba cerrado, los *skimen* forzaron la puerta a

golpe de piolets... Con la albada siguiente, el clima mejoró muy poco, lo cual no impediría una intentona:

“Viento violento durante toda la noche [en La Renclusa]. A las 7:00 h se calma y podemos salir. Portillón Inferior a las 10:00 h; descansamos tres cuartos de hora y seguimos la larga subida en zetas por el glaciar, bajo un sol tórrido, hasta el collado de Coronas, que alcanzamos a las 14:00 h. En dos ocasiones, los esquís se nos escaparon de los pies y entonces fue preciso realizar descensos alocados para atraparlos. A las 14:45 h estábamos al comienzo del Puente de Mahoma y tuvimos la alegría de fotografiar por primera vez unos esquís plantados en mitad del paso. Por desgracia, el Puente no era sino una larga arista de hielo absolutamente infranqueable: a la vista del poco tiempo que teníamos, no pudimos alcanzar el extremo de la cumbre por unos pocos metros. A las 17:00 h estábamos de regreso en La Renclusa”.

Durante aquella memorable ascensión, frustrada por unos metros escasos, se revelarían ciertas discrepancias operativas entre los tres jóvenes *cafistas* y su veterano líder, tal y como Arlaud cuenta:

“Una cosa nos exaspera un poco: Falisse sigue una técnica consistente en no subir sino por pendientes débiles, lo que nos obliga a trazar inmensas zetas, muy apretadas. Bajo las tablas no lleva cuerdas [enrolladas], sino un simple trozo de cuero *antiderrapante*, colocado por debajo de su fijación”.

Estaba claro: una nueva generación pedía paso a sus mayores... En el curso de la retirada, se produjo un nuevo percance: cuando trataban de escapar de la tormenta, a Falisse se le rompió la punta de una espátula. Por suerte llevaban encima una de esas piezas de cinc que se atornillaban por delante para que hiciese el papel de la espátula perdida. Aun con todo, el belga bajó hasta La Renclusa muy entorpecido por dicho artilugio.

Es posible rematar el tanteo de 1914 al Aneto gracias a Jean Escudier. En una revista *Altitude* de 1948, este camarada de Jean Arlaud describía sus inicios con las tablas, de un modo bastante colorista, dentro del artículo sobre “L’exploration acrobatique des Monts Maudits par Arlaud et le Groupe des Jeunes”:

“Dieciocho años. Dos ojos de miope parpadeando bajo una boina alpina, larga guerrera de paño y bandas de tela por las pantorrillas: este esquiador de la prehistoria que acaba de vencer [*sic*] al Aneto no era sino Arlaud en sus comienzos. Primera gran ascensión, primer *tresmil* pirenaico. A su regreso dijo: *Bajo el puerto de Benasque, por la noche, las brumas y la borrasca nos tragaron... Durante horas, buscamos a ciegas la cabaña de Cabellud... Y la encontramos. Fue una noche atrozmente glacial.* Cuando, algún tiempo después, comenzó a llevarnos cada dos inviernos a los Montes Malditos, más que la conquista de las cimas vírgenes, Arlaud venía a buscar el recuerdo de su primera gran jornada en la montaña. Y se sentía encantado, inflamado por la costumbre, por ver a la naturaleza prestándose a dicha evocación [...]. En 1914 Arlaud hizo el Aneto con esquís [*sic*] junto a Falisse, veterano del primer ascenso. Volvió allí en febrero de 1923. Desde 1922 quiso establecer la tradición de las *Navidades benasquesas*: Arlaud venía para pasar las vacaciones de fin de año en esta acogedora Villa española un año de cada dos,

pues el otro se consagraba a la familia. Aunque sus objetivos variaban, el cuadro era idéntico: en 1922 fue el Gallinero; en 1930, el macizo de Posets; en 1928 y 1932, los Montes Malditos [...]. Prudentemente, Arlaud tenía por principio no aventurarse nunca en invierno sino por regiones conocidas”.

Escudier desglosaba así unas peripecias con tablas que se irán repasando al detalle, más adelante...

## 2.06. Una travesía Arán-Benás en 1919

Generalmente se considera que el acta de nacimiento del *deporte blanco* catalán se firmó en Ribes de Fresser hacia 1908. Sin embargo, parece seguro que, mucho antes, algún acomodado viajero de, por ejemplo, una gran urbe como Barcelona, calzó unos *skis* en los Alpes o en Escandinavia... Sea como fuere, una de las iniciativas más sonadas se concretaría once añadas después, cuando la *Mancomunitat de Catalunya* decidió patrocinar una campaña de fomento del esquí por las zonas más recónditas del Pirineo Central. Un encargo que partiría del presidente Josep Puig i Cadafalch, quien quedó encantado con las evoluciones sobre dos tablas de las que fue testigo en el curso de unas pruebas celebradas en Ribes durante el invierno de 1919.

Los responsables de esta empresa tuvieron muy buen ojo para designar a su principal ejecutor: el barcelonés Lluís Estasen, secundado por sus amigos Josep Maria Soler Coll y Pau Badia. Nuestro trío de profesores se situaba en Espot un 1 de marzo de 1919, arrancando su avance sobre tablones rumbo al lago de Sant Maurici. Después de varias pruebas y de no pocos tanteos por los alrededores de la Mare de Déu de les Ares y de la Bonaigua, ingresaron por fin en una nevadísima Val d’Aran. Allí les esperaba el resto de esquís enviados desde Barcelona por Puig i Cadafalch con objeto de enseñárselos a los montañeses... Nuestros divulgadores del *deporte blanco* buscaron prados para sus clases por las inmediaciones de Salardú, fijándose en los de Aiguamòg. Las demostraciones se iniciaban el 11 de marzo. Así las relató Estasen desde su artículo sobre “El ski a la Vall d’Aran”, publicado en los números 298-299 del *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*:

“A las 8:00 h salimos con dos vecinos de Salardú, llevando seis pares de esquís además de los nuestros, y fuimos al Plan de Beret, donde encontramos a cuatro vecinos del pueblo de Bagerge. En el nacimiento del Garona, situado cerca del inicio de este llano, realizamos los primeros ejercicios, en los que todos mostraron verdadero interés y una especial aptitud. El llano se encontraba espléndidamente nevado y la nieve se hallaba en buen estado, así como las montañas de los alrededores, completamente blancas, entre las que se admiraban, por encima de la Val d’Aran, las Maladetas, de las que se distinguían sus más pequeños detalles. A media mañana llegaron unos doce individuos más de Montgarri, algunos de unos cincuenta años, que comprendieron de inmediato la importancia que para ellos representaba el uso de los esquís [...]. Todos juntos nos dirigimos hacia esa cabaña de los Gavatxos que se encuentra en medio del llano, donde continuamos los ejercicios hasta la hora de comer. Finalizado el almuerzo, acompañamos a los de Montgarri hasta

la cabaña de Laun, que está a un cuarto de hora del pueblo, y hacia las 16:00 h iniciamos el retorno, cruzando rápidamente el llano, llegando con luz todavía al nacimiento del Garona, donde dejamos clavados los esquís para las prácticas del día siguiente. Todos los que habían probado los esquís estaban entusiasmados por la facilidad con que podían andar sobre la nieve sin hundirse. Acordamos que al día siguiente regresaríamos acompañados por otros que también querían hacer pruebas”.

A pesar de la gran nevada del 12 de marzo, los barceloneses repetirían sus exhibiciones en Salardú, Arties y Vielha. Un total de once jornadas por la Val d’Aran en las que impartieron clase a más de cien montañeses. Pero faltaba la guinda: el cierre del *tour* con una demostración práctica de las posibilidades del esquí como medio de transporte a través de los montes. Dado que las grandes cúspides de la cordillera quedaban relativamente cerca, no se lo pensaron dos veces... El trío catalán preparó sus equipos para la prueba: la irrupción en el Alto Ésera a través de sus montañas norteñas. Para la *crónica blanca* benasquesa resultan de especial interés las actividades emprendidas durante el 22 de marzo de 1919. Lluís Estasen dejó un interesante relato de su cruce desde la Val d’Aran, traducido aquí solo a partir de la muga oscense:

“Eran las 15:45 h cuando ganamos el puerto de La Picada (2.475 metros). Sentimos verdadera satisfacción tras haber podido lograr nuestro objetivo. En primer lugar, por la pequeña vanidad de haber subido hasta aquí a pesar de ser una excursión dura en este mes [...] y, en segundo lugar, porque todos aquéllos que en Vielha nos aseguraban que no pasaríamos el puerto con los esquís tendrían que rendirse a la evidencia. Sobre dicho collado, uno de los más duros del valle por su proximidad a las Maladetas, se cruzaba la divisoria de la frontera aranesa con la provincia de Huesca, para comunicar Aran con la Ribagorza [...].

“Tan pronto como comparecimos por el puerto, surgió la niebla, y un viento fuerte la arremolinó, acompañándolo todo de un frío extremadamente vivo. Las nieblas cubrían las cimas y solo pudimos ver los valles, que estaban abundantemente nevados. Por el lado de la canal de Pomero que acabábamos de subir, con el valle de la Artiga y, al fondo, hacia el oeste, algunas cimas del cordal fronterizo y del valle del Ésera, ascendían negros nubarrones, así como por el gran macizo de las Maladetas, completamente blanco de arriba abajo, cuyos hielos aparecían con las grietas tapadas. Por delante, hacia la vaguada de La Renclusa, aparecía el refugio a medio enterrar por la nieve, del que solo se apreciaba una de sus cubiertas. Las cimas seguían ocultas por las nieblas, dejando ver en ocasiones breves el Aneto y la Maladeta.

“Emprendimos la bajada hacia la vertiente aragonesa, de un modo espléndido durante el primer tramo. Después, vino una porción vertical en la que el camino discurría en brascas zetas, y allí tuvimos que bajar con los esquís al costado. A la par, pudimos contemplar una espléndida puesta de sol entre las nubes espesas que rodeaban la cima del Perdiguero. Una vez en el Plan de Están, la ruta fue fácil, siguiendo el curso del valle hasta llegar al Hospital de Benasque a las 15:40 h, cuando la luz era escasa”.

Tras una noche heladora, los tres esquiadores abandonaban dicho hospicio a las 9:00 h del día siguiente: el termómetro rondó los  $-4^{\circ}$  C dentro del edificio. Bajo una nevada aderezada con los inevitables remolinos, perderían cota hacia el valle medio del Ésera. Sobre las 13:15 h entraban en Benasque, constatando cómo "algún vecino mostraba su cara de extrañeza desde alguna puerta o ventana". Es posible que, salvo los arrieros que cruzaban hasta el Luchonnais, nadie hubiese visto antes unos *skis* en esta Villa. Estasen y sus camaradas tardaron poco en buscar alojamiento en el albergue preferido por el gremio montaraz:

"Nos hospedamos en casa de la viuda de Sayó, donde no dejaron de mostrarse sorprendidos al vernos llegar, y más todavía tras saber que habíamos atravesado el puerto [de La Picada]. Después de comer, nos rogaron que hiciésemos alguna demostración del modo en que se empleaban los esquís, que gustosos realizamos en presencia de todo el pueblo alborotado, que nos miraba con curiosidad".

Posiblemente fue el empleo más temprano de tablones en la población de Benasque por parte de unos nacionales. Que no el absoluto, como se ha podido constatar a través de las peripecias previas de los deportistas de Pau y de Toulouse... En cuanto al inicio del viaje de vuelta a Barcelona, brindaría pintorescas escenas de esquí sobre las nieves ribagorzanas:

"A las 7:00 h [del día 24 de marzo de 1919] salimos en la tartana que llevaba el correo, y aprovechando la circunstancia de que la carretera estaba nevada, bajamos patinando [con los esquís] agarrados a la parte trasera del carruaje, haciendo de ese modo los doce kilómetros que separan Benasque de El Run, donde se acabó la nieve".

De esta forma terminaba la expedición didáctica en favor del *deporte blanco*. A la hora de justificar sus frutos, Estasen explicó que, junto a Badia y Soler, logró adiestrar en los rudimentos del esquí a unas ciento veinticinco personas. Enseñándoles, además, a construir y reparar las tablas con medios locales. Es de suponer que incluiría en su balance a algunos aragoneses... Durante largas añadas se recordó aquella demostración pionera sobre tierras benasquesas. Hacia 1991 Agustín Faus valoraba las, acaso, más precoces lecciones impartidas en el Alto Ésera:

"Aquellos primeros profesores de esquí de 1919 se fueron al valle de Arán por Les Bordes y la Artiga de Lin, para pasar el puerto de La Picada y bajar al valle del Ésera, y llegar esquiando a Benasque, donde siguieron con sus enseñanzas, abriendo así el futuro de otra población destinada a ganar tantísimo con el turismo invernal".

## 2.07. Con tablas hacia Posets

Tras el parón que supuso la Gran Guerra, el deporte galo se puso en marcha con brío. La *temporada blanca* de 1920-1921 significaría también la señal de partida para una sección de elite del *Club Alpin Français* a la que se denominó el *Groupe des Jeunes*. En el curso de la primera quincena de febrero, estos *skimen* de Toulouse ya habían ascendido a la tuca de

Mulleres/Molieres, y realizado un par de ensayos en torno a Posets. Nos centraremos en esta última montaña, una de las metas de Jean Arlaud tras ser desmovilizado del Ejército francés al término de la contienda.

La primera con tablas al *Virrey del Pirineo* fue planeada inicialmente para el invierno de 1920, mas hubo retrasos en su ejecución. Entre otros motivos, por cuenta de la mala salud del franco respecto a la peseta. El proyecto del *Ski-Club Toulousain* se reactivó en diciembre de aquella misma añada, cuando Ludovic Gaurier informó a Jean Arlaud de que Louis Falisse y Louis Robach tenían en mente la idea de ganar la cota 3.375 metros con sus tablones. Por entonces, en la vecina República se creía que era un objetivo poco propicio para los *artilugios nórdicos*: “inesquiable”, se llegó a decir. Arlaud iniciaría su cerco en el mes de enero de 1921, siendo rechazado en dos ocasiones, ya por la lluvia, ya por las nevadas. Una de ellas, junto al pionero Robach. La tercera, la que se desarrolló entre el 16 y el 23 de febrero de 1921, sería la buena...

Arlaud conformó el equipo a partir de sus amigos Raymond d’Espouy, Léonce Mandeville, Henri y Jean Sabadie. En *Montañeros de Aragón* puede interesar la inclusión del primer nombre de esta lista, dado que se trataba de un futuro Socio de Honor de la entidad zaragozana... Situaremos a nuestro quinteto del *GDJ* en Luchon, hasta donde se accedía con rapidez en ferrocarril. Los jóvenes candidatos al *Virrey* arribaban con no pocas dudas debido a la novedad de este ascenso con tablas y al enorme peso de sus mochilas. Sin olvidarse de su sano temor por las avalanchas. Máxime, cuando descubrieron que las manchas de nieve empezaban en el mismo Hospice de France.

El 17 de febrero los galos afrontaron muy temprano el ascenso de La Picada: a las 4:45 h. Lograrían vencer dicho collado sobre las 14:15 h, con los estómagos bien alimentados tras un picnic a base de salmón y pollo que fue regado con tinto procedente de la bodega del futuro *Montañero*, Espouy. No sin dificultades, descendieron al Plan de Están medio esquiando, medio destreando por neveros de pésima calidad. Como estrategia logística, escondieron parte de sus vituallas en las cercanías de La Renclusa. A las 17:30 h accedían al Hospital de Benás, donde ocultaron un segundo depósito. Con los esquís a la espalda, la bajada hasta Benasque se les hizo “larga como un día sin pan”. Nos detendremos con su anecdotario en el Alto Ésera, buceando un poco entre las notas de Arlaud para los *Carnets* (1965):

“Acogida entusiasta en la Fonda Sayó. Espouy fue presentado [en broma] como *diputado en Cortes*, por lo que le hicieron toda suerte de reverencias. La cena nos retuvo, debido a sus múltiples platos, hasta las 23:00 h, cuando apagaron los fuegos. La media de las horas a las que nos fuimos despertando fue las 7:45 h (en realidad, entre las 4:30 y las 8:00 h, según cada caso). A las 8:15 h nuestro grupo estaba reunido ante un delicioso chocolate: considerando que iría bien con otras bebidas, nuestro camarada Espouy hizo traer una botella de champán, con lo que terminamos declarando por unanimidad que el champán era el complemento obligatorio del chocolate español. Turrone y pastas variadas cerraron nuestro menú. Luego, dimos una vuelta por la Villa. Hubo nuevos repartos de víveres y material y, a las 11:45 h, dejábamos Benasque con los esquís a la espalda, acompañados por los

*buenos días* de toda la población. Se produjo un encuentro con el entierro del hijo de un carabinero al que habían abierto treinta veces el vientre y, cada vez, le extraían de cinco a seis litros de líquido. Los carabineros permanecieron indiferentes a nuestro paso”.

El periplo de los franceses continuó hacia Eriste, donde se internaron por las montañas. Hacía bastante calor y la ruta de aproximación estaba tomada por los bojes. Aun con todo, juzgaron que era “un valle soberbio”. Por lo demás, el cartógrafo Espouy aprovecharía para rectificar algunos datos en el mapa de Schrader... Solo cuando las cumbres de Posets se mostraron por las alturas, pudieron calzar las tablas: de un modo repentino, las nieves se habían adueñado del valle. El descubrimiento fortuito de una cabaña les decidiría al vivaqueo. Los cinco huéspedes tuvieron que apretarse un poco en su interior, y llorar por la humareda que se formó cuando encendieron el fuego.

Arlaud y los suyos se despertaron sobre las 0:30 h del día 19 de febrero de 1921. Lo primero de todo fue preparar una chocolatada “que les diera alas para saltar hasta Posets”. Pero la marmita se cayó al suelo, por lo que fue preciso contentarse con un desayuno de *agua chocolateada*. A las 2:00 h los de Toulouse estaban en marcha, sufriendo un despiste de ruta que les haría perder bastante tiempo. Pronto descubrieron que habían pernoctado en la cabaña inferior de la Aigüeta, que no en la superior como creían. Fue el inicio de su lucha contra toda suerte de dificultades, bien reflejadas en los *Carnets*:

“4:30 h. La base de un gran corredor nivoso, avistado la víspera cuando nos elevábamos desde el fondo del valle, en dirección sur-oeste-noreste. La nieve estaba mejor. Comenzamos a subir con rapidez. Había placas de nieve y rocas. Seguimos hacia un collado al norte de la base del pico de Perramó. Las estrellas tintineaban. Fue preciso abrirse paso tallando con el piolet a la luz de la linterna eléctrica, necesaria para calmar las emociones de quienes no llevaban piolet o no tenían clavos en la suela de las botas.

“5:45-6:00 h. Bocado con los primeros resplandores del día. Frío de lobos. Hubo un cambio de dirección hacia el norte para ganar, a las 6:30 h, una brecha que bautizamos como brecha de la Estrella, sesgando la segunda línea de crestas que separaba el valle de Eriste del de Posets. Continuamos la marcha en dirección oeste, algo por debajo del cordal de la cresta.

“7:00 h. Paso por debajo de la brecha que tendríamos que haber tomado. Se contorneó con esquís el alto del valle y pasamos por encima de un laguito. Después tuvo lugar una escalada penosa con los primeros calores del sol que nos llevó, a las 8:00 h, a una brecha que descendía al sur de Posets. Las Espadas aparecieron, ligeramente separadas de nosotros por una segunda cresta. Bocado sobre un roquedo.

“8:45 h. Bajamos un poco sobre la otra vertiente, en torno a una cubeta. Después, subimos hacia una segunda..., ¿brecha sin nombre que comunicaría el valle con el que subía al collado de Las Espadas? La caravana se mostró llena de confianza a la vista de Posets, que aparecería llamativamente cerca. El *señor diputado* [Espouy] dijo que resultaba duro un bautizo así, pero declaró, mientras succionaba una naranja con los esquís a la espalda, imitando el grito de un cerdo para facilitar su deglución, que jamás se había sentido tan bien.

Mandeville le recriminó al sol sus ardores. Decidimos dejar aquí los esquís y llevar solo uno para sacarlo en las fotos.

"9:40 h. Ataque a las pendientes *verglaseadas* de Posets, utilizando al máximo los tramos de guijarros y rocas. En dirección noreste y luego norte, hasta la cresta. Desde aquí, por toda la cresta, hubo que tallar numerosos peldaños. Pasamos una parte de la cresta nevada con un pie en una vertiente y el otro en la otra. Las naranjas (últimas municiones) fueron tragadas de forma integral. No hubo dificultades serias.

"10:50 h. La cumbre [de Posets]: ¡hip, hip, hurra! Hubo griteríos variados. También apretones de manos mientras se procedía a bautizar como miembro activo [del *Groupe des Jeunes*] al *señor diputado* [Espouy]. Tomamos sidra espumosa. Almorzamos sobre la cumbre. Posets debía de estar furioso por esta invasión invernal, pues nos prodigó sus caricias glaciales. A pesar del viento, permanecemos sesenta y un minutos sobre la cima".

El descenso hasta donde habían dejado la mayor parte de las tablas se llevó a cabo sin problemas. A partir de esa brecha, el viento gélido cesó. Comenzaba la fase más divertida de estas *esquiadas primigenias* sobre la segunda cota pirenaica, según refiere Arlaud:

"Retomamos los esquís. Tras abandonar la ruta de subida, bajamos directamente, en amplios deslizamientos por el valle, al sur de la cresta rocosa que seguimos a la ida. La nieve estaba mejor a pesar de algunas placas de textura jabonosa que se hundían cuando pasábamos o que hacían el oficio de frenos. El *señor diputado* [Espouy] evitó pasar por los lugares donde había alguna marca de caída [...]. A las 15:30 h estábamos de regreso en la cabaña donde habíamos pasado la noche. Recuperamos el equipo de vivaqueo y, siempre sobre esquís, iniciamos el descenso del valle. Nos pareció muy corto".

Los cinco franceses tardarían poco en estar de vuelta en la vega del Ésera. Parece interesante repasar el trato desenfadado que mantendrían con los habitantes de sus principales núcleos:

"17:15 h. Eriste. Atravesamos el pueblo. Todas sus gentes se reunieron para seguirnos [...]. Después, el camino entre Eriste y Benasque nos pareció más largo que a la ida. Sin embargo, Mandeville y Arlaud disputaron una carrera con un coche y la ganaron por varios cuerpos de ventaja, llegando a Benasque a las 17:45 h. Reagrupamiento de la caravana. Desfile por la Villa, con la habitual escolta de *muchachos* hasta la Fonda Sayó, donde nos aguardaba la tradicional copita de anís, el baño de pies y una suntuosa cena, seguida de una sesión de fonógrafo afónico, cítara y coros.

"22:00 h. Se realizó una consulta a nuestros hombres de ley: ¿una mujer frívola podía tener derecho a heredar una casa en Benasque? Y otras dos al aspirante a médico, por parte de un hemipléjico y de un T. P. [¿enfermedad deshonorosa?]. El asistente aceptó las consultas con la secreta esperanza de que tuvieran lugar mañana. La mayor parte del grupo se durmió sobre sus sillas cuando apagaron los fuegos.

"La caravana decidió convertir esa jornada [del 20 de febrero de 1921] en día de descanso. La misa de las 8:00 h comenzó a las 9:45 h. Visitamos la iglesia y las demás curiosidades de Benasque. Toda su población, informada de

la presencia de los cinco *gabachos* que habían regresado de Posets, espiaba nuestros menores movimientos y trataba de determinar quién de nosotros era el *señor diputado*. El almuerzo en Casa Sayó no resultó inferior en nada a la cena, sino todo lo contrario: arroz, salchichas con habichuelas, jamón, huevos, costillas de cordero, crema, sidra. Reapareció el porrón”.

No nos demoraremos demasiado con el resto de vagabundeos de la *Troupe Arlaud* por Benasque, Eriste, Guayente y Sahún. Solo apuntar que, en uno de estos núcleos, le explicaron en broma a un octogenario que se ganaban la vida “cantando por los pueblos y los albergues”... Tras el crepúsculo hubo concierto en la Capital del Alto Ésera y, seguido, otra comilona. Al día siguiente cargaban sus aperos sobre el mulo que guiaría un tal Miguel, a cambio de diecisiete pesetas, y regresaron a las regiones nevadas. Las últimas anécdotas en Benasque no dejan de mostrar su puntillo de originalidad:

“Salida con música. La caravana, reunida en el patio de la Fonda [Sayó], interpretó las más bellas tonadillas de su repertorio: la *Canción del Viejo Sarrio*, la *Madelón de la Victoria*, la *Tirolesa de los Pirineos*, etcétera. Los nativos se detenían con tales acordes de guitarra y movían la cabeza. Partimos después de tomar una copita de anís junto a las fijaciones *Huitfeldt*. Amarramos las mochilas [en el mulo] y desfilamos. Adiós emocionado del personal de la Fonda. Promesas de regreso: ¡adiós, adiós!”.

Por la tarde, los franceses alcanzaban el refugio invernal de La Renclusa. Su objetivo era el Aneto. Sin embargo, en la mañana del 22 se vio claro que el riesgo de temporal era fuerte, por lo que se cambió por el pico de Paderna. Mas no pasarían del ibón del mismo nombre debido a una nevada poco oportuna... Solo restaba el retorno a su patria antes de que los puertos fronterizos quedaran cerrados. Lo consiguieron por muy poco.

Nuestros protagonistas volvían a Luchon el día 23 de febrero de 1921, captando las miradas de los viandantes debido al tizne de sus rostros: “Unos, negros por el sebo; otros, blancos por la vaselina mezclada con talco”. Eran los precarios sistemas de antaño para protegerse del sol invernal...

## 2.08. Teorías sobre el esquí primitivo en el Alto Ésera

En este punto realizaremos un rápido inciso en busca de pistas sobre el *deporte blanco* nativo. Hasta tiempos recientes, cualquier intento por fechar, aunque fuese aproximadamente, las evoluciones benasquesas sobre las dos tablas tenía que apoyarse en rastros sutiles. Como, por ejemplo, el aportado por el zaragozano Fernando Almarza Laguna de Rins, uno de los fundadores de *Montañeros de Aragón*. En una entrevista de hace una docena de añadas nos trasladaba sus experiencias infantiles con el esquí, allá por 1922:

“A comienzos de los años veinte, debido a una ligera dolencia sin importancia de mi madre, mi padre decidió pasar al balneario de Luchon para seguir una cura. Allí contactamos con un guía de Benasque, [¿Francisco?] Español, que trabajaba para el *Club Alpin Français*. Éste me regaló mi primer equipo de esquí, todo en madera y con correas, que todavía guardo en Zaragoza. Posiblemente era el primero que cruzaba por la zona de Benasque

[sic]. Luego, enseguida, empezaron a venir los de Barcelona con sus tablas, para subir al Aneto”.

Con objeto de acreditar estas afirmaciones Fernando enseñaba las referidas tablas, colgadas en la pared de su biblioteca: de tamaño pequeño, carentes de cantos metálicos, provistas de unas tiras de cuero, sin ningún tipo de estribo... Se consideraban los *esquíes benasqueses* más antiguos que se conocían. Aunque seguramente se deslizaron junto a otros. Porque, durante esos arranques de los años veinte, su padre, Lorenzo Almarza Mallaina, también tentó el *deporte blanco* gracias al hermano de su guía de siempre, Pepe Cereza *Fades*: un montañés asimismo ubicado en Luchon. Pero de estas experiencias no trascendería sino su constatación de que “los esquís eran más prácticos para desplazarse en invierno por la nieve; más aún que las raquetas que se empleaban en Benasque”. Queda como un misterio la existencia de más benasqueses que se manejaran con los tablones en torno a 1920...

Con anterioridad al desembarco turístico del *ski* en el Luchonnais, durante los comienzos del siglo XX, pudo haber otros esquiadores locales. Quizás estas actividades invernales sean más antiguas de lo que hasta ahora se pensaba. Así, en el curso de unas pesquisas recientes sobre las raquetas de nieve, Xavi Gros localizó en casa de un anticuario ciertas tablas procedentes de Liri. Sus explicaciones en 2015 abrirían una nueva línea de investigación:

“Según José María Siso son de mediados del siglo XVIII. Estaban en una casa que se vendió y se lo sacaron todo. Sus propietarios le dijeron que los esquís estaban antes que la casa. Por otro lado, los lugareños de edad le dijeron que en el valle [de Benasque] había habido esquís toda la vida. Entonces, ¿por qué no se han conservado? José María dice que las raquetas se rompían en un invierno y que a final de temporada las tiraban al fuego. Y que lo mismo ocurría con los esquís. Por cierto, no tiene más tablas primitivas del valle de Benasque”.

## 2.09. Una primera al Monarca barcelonesa y benasquesa

Existen varios relatos sobre la *primera invernal* al Aneto por parte de un benasqués. Ya fuese con tablas o sin ellas, que no se especifica en ningún lugar: de esta forma *discreta* actuaban los *señores* de la época cuando requerían los servicios de algún guía... Sin embargo, es muy probable que el nativo de nuestra historia, José Delmás *Jotas*, no hubiese podido avanzar sin sus correspondientes tablones al ritmo de los cuatro barceloneses para quienes trabajaba. Y, menos aún, descender a su misma velocidad. Este montañés sufriría una discriminación severa en cierto texto anónimo que apareció dentro del número 101 de la revista *Peñalara* (mayo de 1922). Porque quienes lean la nota sobre “Una ascensión interesante al Aneto” pensarán que no hubo oscense alguno de por medio:

“El día 12 del pasado abril [de 1922], cuatro días antes que los *peñalaros* culminasen el Veleta por primera vez en época invernal, un grupo de alpinistas del *Centro Excursionista de Cataluña* compuesto de los señores Soler i Coll (a quien tuvimos el gusto de conocer en Pirineos), Estasen, Feliu y Codina [aquí,

se le dio el *cambiaz* a Ribera], todos ellos valiosos elementos de la activa agrupación catalana, alcanzaron la cumbre del Aneto. Es la primera ascensión española realizada en esta época de que tenemos noticia. Los excursionistas partieron del chalet de La Renclusa, favorecidos por un tiempo espléndido y aprovechando la finísima nieve caída la noche anterior. La subida hasta el Portillón y la travesía del glaciar se verificó sin dificultad alguna, estando rellenas las profundas grietas por la nieve. Primero intentaron los expedicionarios escalar la Maladeta, pero el viento y, sobre todo, el frío, no les permitieron seguir la difícil cresta que conduce hasta el pico, teniendo que abandonar la empresa, que por cierto no se ha llevado nunca a cabo en invierno. De la cresta de la Maladeta, después de visitar el célebre collado de Coronas, atravesando todo el glaciar de Aneto por su parte superior, camino que, para recorrerlo en verano, es necesario un tiempo mucho más largo. Abandonados los esquís en el collado de Coronas, el Paso [Puente] de Mahoma constituía la parte verdaderamente difícil y expuesta de la expedición. Las rocas, que tan buenas presas ofrecen en verano, estaban recubiertas de hielo, y el viento helado reinante, insensibilizando los pies y manos, dificultaba en gran manera, comprometiendo la seguridad personal. Fue necesario emplear la cuerda, y después de un asiduo y delicado trabajo con el piolet, se logró atravesarlo. El pico de Aneto estaba vencido. Inscritos los nombres en el libro-registro y vuelto a franquear el célebre paso, el descenso se verificó rápidamente sobre los *skis*. A la bajada, en vez de seguir el camino clásico por el Portillón, llegaron los intrépidos *skieurs* hasta la región de Barrancs, para dirigirse después desde allí a La Renclusa”.

Por suerte, los protagonistas barceloneses de esta aventura fueron más precisos. Así, desde la “Crónica Alpina” del *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya* número 329 (julio de 1922) se explicaba mejor la esqujada en torno al *Monarca*. Nada como traducir esta “Ascensió d’hivern al pic d’Aneto (3.404 m)”, redactada por mano anónima:

“El pasado 12 de abril [de 1922], los señores Lluís Estasen, Josep Maria Soler i Coll, Enric Ribera y Carles Feliu, de la *Sección de Deportes de Montaña* [del *CEC*], efectuaron la ascensión, una de las pocas en invierno, que constituía la *primera nacional*. Dejaron la villa de Benasque el día de antes, para trasladarse hasta La Renclusa y, a pesar de la gran cantidad de nieve que encontraron a partir de Aigüespases, no les costó más tiempo que el que suele costar en el verano.

“Al día siguiente, con un clima magnífico, salieron todos del chalet-refugio, para encontrarse con una nieve fuertemente helada. Llegaron con facilidad al Portillón Inferior y pasaron al glaciar, donde dividieron el grupo: mientras que Ribera y el guía José Delmás se dirigían directamente al Aneto, el resto tentó la ascensión a la Maladeta. Estos últimos vencieron unos ventisqueros de fuerte inclinación y arribaron al poco al pie de la muralla, donde abandonaron los esquís: una breve escalada les condujo a la cresta, difícil en esta ocasión debido al hielo que recubría las presas. El viento y, sobre todo, el frío intensísimo, insensibilizaba las manos, haciendo imposible cualquier trabajo con el piolet: a doscientos metros de la cima [de la Maladeta]

se vieron obligados a abandonar esta difícil ascensión que todavía no había sido lograda en invierno. De bajada visitaron el collado Maldito y atravesaron el glaciar en veinte minutos bajo la cresta del Medio, para alcanzar el collado de Coronas, donde abandonaron nuevamente los esquís. Atacaron directamente la pala [del Aneto], que estaba fuertemente helada, lo que les condujo a la primera antecima, donde les esperaban Ribera y su guía [Delmás]. El Paso [Puente] de Mahoma, lo mismo que la cresta de la Maladeta, estaba recubierto de un hielo que hacía que dicha travesía, tan inocente en verano, resultara extremadamente difícil y peligrosa. Salieron del paso después de un largo y penoso trabajo con el piolet gracias al cual los veintitrés metros de cresta fueron salvados, y nuestros expedicionarios se encontraron en la bella cima del Aneto, donde gozaron de unas vistas incomparables.

"El descenso se realizó rápidamente con los esquís debido a que la nieve de Barrancs se hallaba en magníficas condiciones, permitiendo que se describieran magníficas curvas con las que se evitaron, con precaución, esas grietas muy abiertas de la parte inferior del glaciar, que eran las únicas que no había tapado la nieve. En poco tiempo pudieron bajar mil quinientos metros, para llegar hasta Aigualluts y volver a La Renclusa. Una vez vencido el Aneto, al día siguiente se dividió la caravana de nuevo: Ribera y Soler se fueron a Luchon, mientras que los demás continuaron por La Artiga de Lin hasta el valle de Aran y Barcelona".

Esta *invernal* daría para mucho más. Un año después, Enric Ribera i Llorens servía su propio trabajo sobre la "Primera ascensión nacional del pic d'Aneto a l'hivern" desde el *Butlletí* del CEC número 340 (mayo de 1923). Resumiremos sus precedentes. Así, desde 1920 rondaba por Barcelona la idea de subir en invierno hasta la *Cúspide* pirenaica para compensar el hecho de que ya lo hubiesen realizado "dos o tres expediciones de extranjeros" [*sic*]. Se referían a los galos de los que hemos hablado en las entradas anteriores, claro está. En cualquier caso, se formó un grupo de cuatro o cinco esquiadores que terminarían uniéndose con el guarda de La Renclusa, Antonio Abadías, alias el *León del Aneto*. Al final, el asalto lo afrontarían solo Ribera y Abadías. Como reconoció el primero, "circunstancias diversas nos hicieron fracasar nuestro intento, en el que solo pudimos alcanzar el Portillón Inferior el día 25 de diciembre [de 1920], después de cinco horas de lucha desde La Renclusa". No se sabe si emplearon las tablas o marcharon a pie, pero cabe pensar que se valieron del primer sistema.

Esta ascensión frustrada de 1920 resultó de lo más reveladora por la entente barcelonesa-benasquesa formada para la ocasión. La siguiente cita con el *Aneto Blanco* que refiere Enric Ribera fue la planificó junto a Lluís Estasen, Carles Feliu y Josep Maria Soler i Coll. Vale la pena volver a ella por tercera vez, para revisarla con más calma:

"Llegamos [el 9 de abril de 1922] a la hora de la cena a Graus, para seguir al día siguiente hasta Benasque. El viaje de Graus a Benasque fue delicioso en extremo, pues lo hicimos en un ómnibus *Hispano* que en pocas horas nos dejó en la villa montañera. Desde que salimos de la *Ciudad [Condal]*, el tema de las conversaciones era si los principales aludes que se

desprendían por el valle del Ésera en esta época del año, ya habían bajado, así como también nuestra preocupación por cómo hallaríamos el Paso [Puente] de Mahoma. Arribamos a Benasque a media mañana, por lo que tendríamos el tiempo suficiente para hacer los preparativos del día siguiente. Hay que destacar de un modo especial las muchas atenciones recibidas por la viuda del malogrado José Sayó, quien nos dio todas las facilidades para que nuestra estancia en La Renclusa fuera lo más agradable posible, entregándonos la llave del Chalet e indicándonos los lugares del edificio donde podríamos encontrar algunos víveres. Cuando supo que me hallaba en Benasque, vino a verme mi antiguo guía y amigo, José Delmás, quien tras saludarme me preguntó qué venía a hacer aquí en temporada de nieve. Le expuse nuestro proyecto de excursión y, como buen montañero que es, me dijo que le agradecería mucho acompañarnos para conocer también esos lugares en los que tantas veces había estado en verano. No tuvo que rogarme demasiado para que lo contratáramos como porteador, pues, he de confesar, el deporte del esquí es cien veces más agradable sin nada que pese o estorbe. Aprovechando la tarde del mismo día de nuestra llegada, hicimos esquí en la vertiente norte del Gallinero”.

Muy significativo, igualmente, el detalle de estos deslizamientos por las landas que constituyen el entorno de la actual estación de esquí de Cerler... Pero centrémonos ya en sus andanzas principales. Nuestros pioneros salieron de Benasque el día 11 a las 5:30 h, para llegar a La Renclusa sobre las 13:00 h. Al día siguiente se ponían en movimiento hacia los Portillones a las 5:00 h. Acompañemos al quinteto catalano-aragonés:

“Con una marcha cadenciosa y sin cansarnos comenzamos a hacer zetas, emprendiendo la subida hacia el Portillón. La nieve estaba helada. Mis compañeros adaptaron las cuchillas a las tablas para subir con toda seguridad. Como yo no las llevaba y la nieve estaba dura preferí no calzarme los esquís hasta llegar al glaciar del Aneto. Con la albada estábamos ya en el Portillón: a las 7:00 h. Habíamos invertido dos horas desde el Chalet [...]. Allí todo era vida, todo brillaba. ¡Qué diferencia, cuando vi aquel lugar por vez primera en las Navidades de 1920! Después de unos minutos para hacer fotografías, decidimos atacar el gran glaciar. El sol ya le había dado un poco a la nieve, lo que hacía que marcháramos con comodidad mediante los esquís [...].”

Los protagonistas de estas esquiadas heroicas no se centraban demasiado en los tablones a la hora de redactar sus artículos. Habrá que esperar al descenso propiamente dicho desde el pico de Aneto para poder seguir sus evoluciones sobre el *blanco elemento*. Aunque la pista de Delmás se difumine por completo tras la recuperación de los equipos que dejaron en el collado de Coronas y no lo citen en adelante:

“Recogimos las mochilas y los esquís para iniciar los grandes deslizamientos por el glaciar del Aneto. Inútil decir que estas nos produjeron un gran placer. Máxime, tras haber resuelto el principal objetivo de nuestra excursión. Aquí he de recalcar de un modo especial lo que esto representa para un amante del esquí: mil quinientos metros de desnivel sobre una nieve en polvo, sin rocas ni paredes. Nuestro campeón de esquí de fondo, Estasen, y

nuestro estilista, Soler i Coll, pudieron realizar durante esta jornada toda suerte de filigranas con sus tablas [...]. Llegamos a La Renclusa cuando caía la noche, tan satisfechos como contentos tras la jornada, pero cansados, pues estuvimos más de trece horas con los esquís bajo las botas”.

Estiraremos un poco más este jalón del *deporte blanco* en Benasque. La jornada del 13 de marzo nuestros esquiadores la dedicaban a descansar y a pulir su estilo por los alrededores del refugio, pues “mientras que unos practicaban giros de *telemark* y de *christiania* con sus tablas, otros preparaban una succulenta comida”. Buena falta les hacía reponer fuerzas. Al día siguiente les esperaba una dura retirada a través del puerto de La Picada:

“A las 7:00 h dejamos aquel lugar tan confortable y emprendimos el descenso hacia el Plan de Están, lugar al que llegamos en unos minutos gracias a nuestros esquís. La subida al puerto de La Picada no fue fácil, pues entre el viento, los torbellinos y la nieve blanda nuestra marcha quedó muy obstaculizada, haciéndola pesada y lenta. A medida que íbamos subiendo, la nieve mostró tendencia a endurecerse. Tal es así que cuando llegamos a la cabaña de Cabellud estaba completamente helada debido al viento entubado que subía por el puerto. Este aire era tan fuerte que muchas veces nos empujaba y hacía correr nuestros esquís sin hacer el menor esfuerzo, aunque casi siempre acababa haciendo que nuestros cuerpos dieran contra la nieve, lo que motivó que algunos nos quitáramos los esquís”.

De este modo pudo discurrir la primera visita hispana (barcelonesa-benasquesa), al Aneto en invierno. Posiblemente, calzando todos ellos unas tablas hasta Coronas. Es preciso añadir que a José Delmás, según su paisano Vicente Juste Moles, “estuvieron a punto de congelársele las manos por tener que limpiar la nieve de las rocas en los pasos difíciles”.

Por lo demás, la gesta aparecería en trabajos recopilatorios como el de Agustí Jolis sobre *La conquista de la montaña* (1954), donde se resumían los primeros balbuceos sobre las montañas ribagorzanas:

“En diciembre de 1920 se lleva a cabo la primera tentativa [española] con esquís al Aneto, pero fracasó por el mal tiempo. El 12 de abril de 1922 Luis Estasen, José María Soler Coll, Carlos Feliu y Enrique Ribera [de nuevo olvidan al oscense José Delmás] consiguen felizmente la primera ascensión nacional con esquís a la cumbre máxima del Pirineo”.

## 2.10. El peligroso *gatillazo* rumbo a La Renclusa

El empuje de los esquiadores del *Centre Excursionista de Catalunya* llamó la atención de los historiadores del montañismo desde antiguo. Para disfrutar con sus evoluciones sobre estos decorados invernales, nada como recurrir a Josep Maria Guilera, autor de un texto imprescindible: *Excursions pels Pirineus* (1959). Junto a este barcelonés se puede revivir, por ejemplo, cómo discurrieron las Navidades esquiadoras de 1922, cuyo protagonismo recayó sobre una noche sumamente agitada de camino a La Renclusa...

Un empeoramiento del clima actuó en este caso como detonante. Frente a la escasez del *blanco elemento* en los Pirineos orientales, la *Sección de*

*Deportes de Montaña* del CEC supo que las nevadas habían cubierto los Montes Malditos en la víspera de la Navidad. Con presteza, se organizó el entonces desplazamiento más lógico desde la *Ciudad Condal*, dadas las limitaciones de las carreteras del Alto Aragón: en tren hasta Luchon, para pasar la muga desde el Hospice de France e instalarse en La Renclusa. Esta última etapa, se suponía que calzando ya los esquís. Según dichos planes, deberían acuartelarse en el refugio benasqués el 24 de diciembre con el fin de atacar el Aneto al día siguiente. Definitivamente el grupo quedaría formado por Lluís y Josep Estasen, Carles Feliu, Joan Navarro, Josep Puntas y el cronista de la aventura. Sus expectativas parecían inmejorables, pues dos miembros de la cuadrilla iban a repetir esta cumbre con tablas.

Situaremos a nuestro sexteto en el Luchonnais, donde los contratiempos asomaron la oreja desde el principio: el nevazo se materializaba a un kilómetro al sur de su villa termal, perfilando por el horizonte una caminata memorable... Como resultado de la tremenda cantidad de nieve acumulada, no alcanzarían La Montjoia sino hasta las 20:00 h y a la luz de la luna. Pero como la noche se mostraba muy tranquila, sin viento y no demasiado fría, decidieron proseguir hacia La Picada. Hasta dicho collado tuvieron que afrontar no pocas dificultades por un terreno que la nieve no recubría plenamente, donde fueron frecuentes los choques de las espátulas de los esquís con las rocas a medio enterrar. Arribaban a La Picada sobre las 23:00 h. Era el inicio de unas experiencias de pesadilla, tal y como reconoció Guilera:

“Un exceso de confianza, o la poca reflexión, por poco nos producen el más serio contratiempo que jamás hemos encontrado. Hicimos durante la noche un trayecto largo y de milagro no hubo una verdadera catástrofe”.

Llegados a este punto, cambiaremos de narrador para que nos cuenten lo sucedido desde otra perspectiva. Eduardo Schmid resumía aquella *nochecita toledana* de 1922 en su recopilatorio sobre el “Alpinismo sobre esquís” que publicaba en el número 231 de la revista *Peñalara* (febrero de 1933):

“Por no encontrar en Luchon medios de transporte que facilitasen la subida al Hospice de France, salieron a las 11:00 h con mucha carga a las espaldas y con la intención de hacer de un tirón, y de noche, la subida hasta el refugio de La Renclusa. Se debe tener en cuenta que el trayecto Luchon-La Renclusa se hace en verano en unas ocho horas, y sabido es que en esquís se tarda más por los innumerables zigzags a que nos obligan en subida. Por consiguiente, si todo iba bien, mucho antes de medianoche no podían llegar a La Renclusa. A las 15:30 h salieron del Hospice de France, donde dejaron unas cuantas cosas para aligerar los morrales [mochilas]. El puerto de La Montjoia, en la frontera francoaranesa, lo pasaron a las 20:00 h con dirección al puerto de La Picada, que alcanzaron a medianoche. Hasta ahora les había acompañado la luna y no hacía viento; la temperatura era de -4º C. En el primer trayecto de la bajada al Plan de Están les sorprendió la oscuridad más completa, perdiendo la ventaja de un rapidísimo descenso en esquís. Ensayaron alumbrarse con faroles, pero la débil luz que proyectaban no bastaba y las caídas y los encontronazos con rocas y paredes de nieve se multiplicaban, perdiendo los excursionistas la noción de la dirección exacta

[...]. A uno de los esquiadores se le rompió la atadura de un esquí. Era imposible arreglarla en aquellas circunstancias porque se había levantado un fuerte viento y la temperatura era tan baja que tenían las manos insensibles dentro de los guantes de tanto frío como hacía. Las correas de los esquís estaban hechas unos témpanos de hielo. Como no había manera de arreglar la atadura, abandonó los esquís y el pesado morral, hundiéndose en la marcha hasta la cintura de nieve. Al cabo de poco tiempo, y desorientados por la oscuridad, no podían tampoco seguir los demás compañeros en esquís. Este contratiempo levantó el espíritu de aquél que *nadaba* a pie detrás de los otros en aquel inmenso mar de nieve. Los víveres estaban helados y hasta el vino de las cantimploras se había solidificado en el interior del morral. Por fin, a las 5:00 h, topó el primero con el refugio de La Renclusa en la negrura de la noche invernal. Poco a poco llegaron los demás, después de una serie de calamidades. El espíritu de camaradería, que aguijoneaba al instinto de conservación cuando este desfallecía en uno u otro, los ha salvado de una muerte muy probable”.

Tanto el agotamiento como los desperfectos en su equipo y la pérdida de parte de las provisiones provocaron que, una vez instalados en La Renclusa, los barceloneses decidieran anular su programa de ascensiones y volver a Francia por donde habían venido. Ni que decir tiene, con luz diurna. Cambiemos para este trámite de testigo, recurriendo de nuevo a Guilera:

“Con las primeras claridades del día de San Esteban, nacidas por detrás de las cimas de los puertos de Benasque y de La Picada, arribaron para brindar sus suaves tonalidades a aquellos paisajes glaciales, nuestra caravana dejaba La Renclusa y afrontaba de nuevo los riesgos y emociones de la alta montaña invernal. Con la luz del alba y bien descansados, el camino nos parecería muy fácil y hasta nos extrañaba que de noche nos resultara tan pesado y que nos hubiese reclamado tanto tiempo. Seguimos las huellas de subida, recogimos un piolet y una linterna que allí quedaron como cargas inútiles debido a nuestro peso excesivo que, ¡oh, ironía!, en el largo ascenso a La Picada cargó la mochila de un compañero. Atravesamos el Plan de Están y emprendimos la subida al puerto, siguiendo las trazas de los esquís de una cuadrilla de franceses del *Ski Club de Toulouse* [¿el grupo de Arlaud?] que acudían a Benasque para pasar allí las Navidades [...]. Durante el ascenso pudimos disfrutar ampliamente de los soberbios panoramas invernales que presentaban aquellos macizos, y comenzamos a olvidar las desdichas que en esos mismos lugares acabábamos de pasar. Toda la caravana, incluido el camarada sin esquís, alcanzó con facilidad el lugar donde éste los había abandonado junto a su mochila, un lugar que constituía un excelente mirador frente a todo el macizo de la Maladeta, desde el Mulleres y Salenques hasta el Diente de Alba, y también hacia las cumbres del Perdiguero y de Posets [...]. Probamos a arreglar la fijación estropeada, cosa que logramos con relativa facilidad, y después aprovechamos la parada para abrir alguna de las latas de conservas que portábamos en dicha mochila, las cuales pasaron dos noches seguidas a la intemperie. ¡Qué heladas estaban!”.

Por suerte para Guilera y sus amigos, en su trayecto desde La Picada hasta Luchon ya no les acechaban los infortunios. Aun con todo, para cuando llegaron a Barcelona, el 27 de diciembre de 1922, las manos y los pies todavía les dolían por el frío que habían padecido.

### 2.11. Las Navidades en la Maladeta

La Alta Ribagorza invernal comenzó a asentarse como uno de los mayores destinos esquiadores desde los años veinte del siglo pasado. Con los tablones como los grandes protagonistas y las cotas superiores como objetivo codiciado. Unos decorados donde los acentos catalán y francés fueron predominantes durante largas añadas. En ambos casos, las vacaciones de fin de año eran el acontecimiento de la temporada.

Uno de los incondicionales del *Benasque Blanco* fue Jean Arlaud. Invitado por sus amigos del *Centre Excursionista de Catalunya* a plasmar estas vivencias en el *Butlletí* del mes de marzo de 1933, les envió un artículo retrospectivo sobre su "Noël à la Maladetta". A modo de anticipo de lo que más tarde se ampliará, atendamos ahora a su resumen:

"Desde que, en 1922, aprecié por primera vez lo pintorescas que eran las fiestas navideñas en Benasque y la acogida cordial que recibían los esquiadores franceses, tanto en la Fonda Sayó como por parte de todos sus habitantes, inicié la tradición de renovar esta visita cada dos inviernos [...]. Esta excursión a Benasque no solo ha consistido en atravesar la frontera por el puerto de La Picada, bajar por el valle del Ésera y volver. En cada ocasión fijábamos como objetivo algunas de sus bellas ascensiones invernales, de las que conseguimos, sucesivamente: Posets, Gallinero, Cotiella, la vuelta de los Montes Malditos junto con el pico de las Tempestades y el de Russell, otra vez Posets y el pico Sur de Eriste [...]. Este año [de 1933], el pico y el Diente de Alba eran nuestros principales objetivos. Cada una de las veces, terminamos fracasando en el Aneto cuando retornábamos, pues si bien el buen tiempo nos favoreció regularmente en la ida, siempre se ponía mal cuando queríamos atacar al *Gigante* de los Pirineos".

Si se rebusca ahora entre las anotaciones recogidas en sus *Carnets* (1965), el cuadro se completa con ciertas actividades *estrella*. Aunque no con todas. Por ejemplo, Arlaud no se extendió en exceso en su campaña de 1922, salvo para indicar que significarían "un preludio a lo que terminó por ser la tradición de las Navidades con esquís en Benasque". En cuanto al relato de las esquiadas durante esta ocasión inicial, no pudo ser más escueto:

"Pico de Gallinero con esquís (26 de diciembre de 1922): ascensión efectuada en compañía de H. Bousquet, J. Cantegril y H. Marceillac. Partida de Benasque por el monte Labert y el collado de Gallinero".

Una salida que fue llevada a cabo partiendo desde Luchon y que en total duró cinco jornadas. Sobre su siguiente experiencia con tablas en el Aneto, apenas existe en los *Carnets* sino la constancia de que se concretó entre los días 6 y 8 de febrero de 1923.

Acudiremos a otras incursiones mejor documentadas... Las segundas *Navidades benasquesas* se desarrollaron del 22 al 27 de diciembre de 1924, a modo de clausura del año deportivo del *Groupe des Jeunes*. Esta vez participarían H. Bousquet, H. Marceillac y R. Martin. De nuevo, la salida se realizó desde Luchon, con una primera jornada de viaje en ferrocarril y pernocta en el Hospice de France. Traspasaban la muga el 24 de diciembre desde La Picada. La atmósfera propició que se pudieran tomar buenas fotos del panorama por el costado de Aragón. En cuanto a la bajada con tablas hacia la vega del Ésera, iniciado sobre las 11:20 h, iba a discurrir de este modo:

“Excelente descenso en la parte alta hasta el comienzo de las zetas del sendero. Pero, al llegar allí, fue menos agradable. No importa: realicé toda la bajada sin emplear los bastones, con uno en cada mano. Cantegril añadiría: descenso en *christiania* sobre nieves blandas. Hicimos una parada en un colladito antes de la última detención sobre el Plan de Están, de camino a Benasque [...]. Ligeros como mariposas [tras dejar parte del peso en una cabaña]. Excelente descenso hasta el Plan del Hospital, tomando el vallecillo de la derecha en lugar del otro por donde pasa el camino”.

Sin embargo, a partir de Aigüespases la nieve escasearía: para evitarse el acarreo las tablas, nuestros galos decidirían ocultarlas cerca de la cascada y camuflarlas con ramas. Nos entretendremos con sus siempre divertidas peripecias en Benasque, adonde arribaban hacia las 18:00 h:

“Ingresamos en la Villa. Las siluetas de unos carabineros aparecieron: *Alto ahí*, nos gritaron. Y el sonido de un fusil que se armaba. ¡Caramba! Un carabinero con tres galones inclinados nos interrogó en español y le respondimos en francés. Como resultado, nos invitó a apresurar el paso: así escoltados, desfilamos por las calles de Benasque. Cuando pasamos ante la Fonda Sayó, vimos que la viuda de Sayó nos esperaba, pero no hubo forma de que dejaran que nos quedásemos allí. Nos acompañó entonces hasta la oficina de la Aduana. Allí, en presencia de un civil, un carabinero nos invitó a deshacer nuestras mochilas, de las que sacamos todo, todo, todo, desde las zapatillas hasta los pañuelos. Seguido, hicieron que sacásemos nuestra documentación y que les diéramos nuestros nombres, apellidos, ie incluso el nombre de nuestra madre! Pero, después de eso, nos pusieron en libertad. Por lo demás, uno de ellos nos ofreció cigarrillos nada más entrar en el puesto. Regresamos con él a la Fonda Sayó, donde vació una jarra de anís junto al fuego. Hubo intercambio de cigarrillos españoles y franceses [...]. Tras el lavado, llegó la cena succulenta. Después, pasamos a la cocina y la velada cayó en la somnolencia mientras esperábamos la Misa de Medianoche [del Gallo], acompañada de turrón, de una visita al señor Río y de una copita de anís.

“La Misa del Gallo: la iglesia estaba llena, con todas las mujeres delante y los carabineros detrás. Nos adormecimos un poco de pie, si bien el estruendo de las zambombas nos despertó. Hacía una noche soberbia cuando regresamos a la Fonda Sayó, donde esperamos la *recena* en un rincón, junto al fuego de la cocina. Gambas con salsa mayonesa, salchichón, castañas, turrón, etcétera. Teníamos prisa por acostarnos y, apenas tragamos el último bocado, sobre las 2:00 h, nos fuimos a nuestros plumíferos [colchas rellenas de plumón de oca].

“Nos despertamos a partir de las 10:00 h, con la cabeza vagamente pesada. Un chocolate español bien generoso lo remediaría. Y toda la banda se reunió para acudir de visita a casa del señor Río. Nos abrieron sus puertas de par en par. Hubo una invitación para degustar una copita de anís y media de vino rancio con dos pastelitos. Seguida de otra invitación para almorzar mientras se nos aseguraba que aquí estábamos en nuestra casa [...]. Todo ello, acompañado por el sonido de un viejo gramófono [...]. Almorzamos al aire libre, como hacía dos años. Hicimos fotos similares a las de hacía dos años. Disfrutamos de un tiempo muy bueno, con un sol ligeramente velado: la nieve quedaba muy arriba y, esta vez, el suelo no estaba helado. Fue un almuerzo succulento que finalizó con unos turronec variados, según este menú: arroz a la española, pescado frito, berzas, huevos al plato, crema de vainilla y turrón, junto con unos cuantos porrones de tinto y rancio. Hacia las 15:00 h dejamos la mesa para dar una vuelta [...]. Realizamos compras en el estanco: pañuelos de seda españoles a cinco pesetas, tabaco, cigarrillos y postales. A la hora en que la iluminación eléctrica se encendió, acudimos para inaugurar un Nacimiento organizado por la señora del lugar. Había bellos cojines en el salón. Aprovechando nuestra salida, un enjambre de críos se precipitó dentro, ávido por contemplar el Pesebre.

“Nos invitaron al baile. Allí que fuimos todos. *iFranceses, franceses!*: esta vez, nos recibieron con entusiasmo y nos arrojaron entre los brazos de las bailarinas. Marceillac y Cantegril representaron bien a la danza francesa, en tanto que el resto nos vimos reducidos a dejarnos arrastrar por un joven español que mostraba señales de estar muy bebido, teniendo que tomar a la fuerza unas jarras de vino caliente junto al *buffet*. Y como había un *buffet*, nos ofrecieron pastelitos. Hubo consultorio médico [con Arlaud] para tres españoles que tenían los dedos más o menos cortados por unos hachazos. Constatamos una asistencia numerosa: jóvenes que partían para hacer el servicio militar, un taxista de Burdeos que había aprendido todas las *finezas* de la lengua francesa, algunos estudiantes que habían vuelto, así como el famoso Manuel, ahora casado en Benasque. Entre las que bailaban descubrimos a las dos pequeñas sirvientas de La Renclusa. Pero Pilar no había venido, pues soñaba con un galanteador que estaba en Burdeos. El baile terminó con una jota y una invitación para que regresáramos la noche siguiente.

“Visita de despedida al señor Río. Esta vez fuimos conducidos hasta la cocina. En los salones se bailó con los sonos del gramófono. La cena fue de absorción laboriosa: potaje, verdura, mortadela, tortilla, carnero asado con patatas fritas, mandarinas y turrón. El carnero pasaba con dificultad y, por vez primera, los platos no regresaron vacíos a la cocina. Sacaron dos botellas de sidra para hacer que todo aquello bajase [...].

“Visita de cortesía al hijo de Ríos, al término de la cena. Nos invitó a que le acompañásemos al cabaret, pero nosotros queríamos ir al baile. Llovía ligeramente en el exterior. Martin se desfondó, pero el resto acudimos al fuego junto a la viuda de Sayó. Había menos gente que por la tarde. Marceillac bailó con la pequeña criada de La Renclusa mientras yo le ofrecía cigarrillos a su padre. Decididamente, todo el mundo hablaba francés... Hacia las 23:30 h, el

baile finalizó con una jota, por lo que regresamos a la Fonda Sayó. Para entonces, la viuda de Sayó y Martín, cansados de esperarnos, ya estaban casi en sus lechos. Llovía”.

El extenuante *après-ski* del 25 de diciembre daría paso a la actividad estrella de esas Navidades esquiadoras: una ascensión al Aneto. Con tan malos augurios por el clima inestable que la viuda de Sayó recomendó a sus hospedados que se retiraran hacia Zaragoza en autobús. En los últimos actos de despedida se serviría chocolate y anís. Seguidamente se arregló el pago de la cuenta sin que surgieran dificultades por ninguna de las partes... Sobre las 9:00 h los cuatro galos partían hacia el norte entonando diversos cantos bajo la lluvia. Recuperaron sin problemas los esquís donde los habían ocultado. A partir del Hospital de Benasque, podrían hacer buen uso de ellos. Pero la mala calidad de la nieve hizo que las tablas no deslizaran demasiado bien... Sus peripecias posteriores fueron menos afortunadas aún: bajo una nevadita, alcanzaron el refugio de invierno de La Renclusa, donde les aguardaban sus camaradas Fazeuilles y Maignac. Al día siguiente decidieron que no tentarían al *Monarca del Pirineo* por cuenta de cierto *deshinche de pasividad*. Permanecieron tres jornadas allí, viendo caer la nieve hasta casi sepultar refugio, escuchando sonidos de avalanchas un poco por todo. La experiencia terminó en un memorable cruce del puerto de La Picada, medio congelados por las bajas temperaturas que imperaban.

## 2.12. Los resucitados

En el repaso del esquí añejo en Benasque es preciso reservar un apartado al artículo del doctor André Migot sobre sus “*Deux campagnes d’hiver dans les Pyrénées*”, publicado en *La Montagne* (serie III, volumen I) de 1929. Un texto que abordaba sus peripecias sobre tablas en los Pirineos Centrales, allá por 1927 y 1928. Hoy nos limitaremos a la primera de sus narraciones, dado que brinda algunos de los momentos más extravagantes del *deporte blanco* ribagorzano. Poco aptos para ser imitados, desde luego.

El relato arrancaba un 7 de febrero de 1927 en Luchon... Allí descendió del tren nuestro cronista, rumbo a una ciudad balnearia “desértica y siniestra”, debido tanto al mal tiempo como a la falta de veraneantes en invierno. André Migot marchaba más que cargado con sus esquís, bastones, piolet y una gigantesca mochila. Al día siguiente se uniría a la partida su amigo Paul Prégent con objeto de iniciar una serie de tanteos con tablas más o menos desafortunados... Sin entrar en su desarrollo, solo un comentario: para la semana de actividades esquiadoras previstas desde su base en el refugio de Espingo, habían planificado la alimentación “de un modo científico”, según las raciones establecidas por los *dietólogos* deportivos más reputados del momento. Pero, una vez alistada la pitanza en el último núcleo del Luchonnais, se percataron de que, para transportarla, hubiese sido preciso contratar al menos a un cuarteto de porteadores... Así, Migot comentaría que, “mandando al diablo a las raciones científicas, dejamos las tres cuartas partes de la comida en Oô, y salimos con unas mochilas terriblemente pesadas”. A pesar de los

problemas de Prégent con una de las fijaciones, nuestros *skimen* trataron de aproximarse con sus tablas al Quayrat, sin lograr gran cosa: a tenor de sus declaraciones, la nieve se mostraba tan blanda que, a veces, se hundían en ella hasta casi la cintura.

Vamos con el segundo de sus *gatillazos*. El día 14 de febrero intentaban pasar sin éxito el puerto de La Picada, perdiéndose por el fondo del circo de La Frèche mientras buscaban la ruta correcta... Tras las consultas al respecto en Luchon, volvían a la carga el 18 de febrero. Aquí dejaremos que el doctor Migot nos relate su campaña benasquesa al completo:

"Insistimos de nuevo en nuestra búsqueda del camino de La Picada, pero esta vez habíamos estudiado el itinerario. Tras el Hospice [de France], viramos a la izquierda sobre pendientes de hierba en las que las zetas del sendero eran todavía visibles, y ganamos con facilidad el paso de La Montjoia. El resto de la actividad no fue sino un agradable paseo con esquís y un descenso bellísimo hacia el Plan de Están mientras, como fondo grandioso, contábamos con el amplio despliegue de los Montes Malditos. Nuestra llegada a La Renclusa, sobre las 18:30 h, resultó un poco decepcionante: tanto la puerta como una ventana estaban medio destruidas, y la nieve había invadido una parte de la cabaña [¿el refugio de invierno?], así como el depósito de rododendros [para alimentar el fuego]. Afortunadamente hallamos otros maderos y, tras haber encendido el fuego, limpiamos nuestro lecho de la nieve que lo recubría y organizamos el cobijo para volverlo habitable.

"Al día siguiente, en cuanto despertamos, descubrimos que en el exterior reinaba la nieve, el viento y la niebla: imposible salir. Y en el interior fue preciso luchar contra el viento y la nieve, que entraban por todas partes. La jornada nos pareció horrorosamente larga, y pasamos el tiempo o bien cobijados bajo las mantas, o sentados ante la fogata. La referida hoguera, que humeaba con una energía desesperada, nos hacía pasar un verdadero suplicio: nuestros ojos ardían y las lágrimas caían sin cesar sobre unas mejillas ennegrecidas por el humo. A pesar de eso, el buen humor imperaba, y nos reíamos con gusto en medio de las lágrimas, aunque pensáramos que, si este tiempo duraba varios días, nos quedaríamos o congelados o ciegos.

"A las 7:00 h del 20 de febrero, hubo sorpresa: hacía un tiempo espléndido. Era demasiado tarde para ir al Aneto, por lo que decidimos visitar el pico de Mulleres (3.005 metros). Después de un rápido descenso al Plan de Están [¿La Besurta?], alcanzamos el Plan de Aigualluts y comenzamos a subir por el largo valle de Salenques. La nieve estaba muy blanda y profunda, pero las pendientes se mostraban agradables, por lo que a las 11:30 h nos hallábamos por encima del ibón de Barrancs, en ese cuenco superior de Salenques que domina, por la derecha, la salvaje cresta de las Tempestades. Una vez llegados allí, cometimos un error que nos hizo perder mucho tiempo: nuestra guía [¿Soubiron?] recomendaba subir directamente al sureste hacia el Mulleres, por un terreno fácil, pero no indicaba (y sobre su esquema, menos aún) una cresta bastante elevada que conectaba el pico de Salenques con el de Barrancs, ocultando por completo al Mulleres. Así, tomamos por este último al pico de Salenques y, como no hallamos el terreno fácil anunciado, terminamos

en una brecha entre el pico y el collado de Salenques. Allí, al no constatar sino una arista poco cómoda, nos imaginamos nuestro error y, mediante una larga travesía sobre nieves poco seguras, alcanzamos el amplio collado nivoso de la arista de Salenques-Barrancs, desde donde por fin vimos al Mulleres detrás de un nuevo valle. Bajamos rápidamente hacia allí, dejamos los esquís y subimos a pie, con facilidad, las pendientes bonachonas del pico.

"El descenso lo realizamos por el valle de la Forcanada [La Escaleta], si bien la noche no tardó en sorprendernos, cerca del collado de los Araneses. Seguido continuamos apaciblemente por una sucesión de valles y de cubetas irregulares donde la oscuridad nos hizo cometer curiosos errores de apreciación con la pendiente, lo que se tradujo en múltiples caídas. La noche era clara y serena: aunque el *viejo* Prégent se había olvidado de las provisiones y no pudimos comer nada desde la mañana, no nos apresuramos, realizando numerosas paradas para disfrutar, con sumo gusto, de este magnífico paseo nocturno.

"Al día siguiente también hizo bueno, pero no teníamos ya nada [para comer], por lo que fue urgente descender al pueblecillo [*sic*] español de Benasque para el avituallamiento. Sin apresurarnos, seguimos por el tan hermoso como interminable valle del Ésera, y arribamos para la cena a la más que acogedora fonda de la viuda de Sayó. El día 23, después de una jornada de reposo, subimos en nueve horas a La Renclusa con un saco de provisiones.

"El día 24 hubo una tormenta de nieve que duró toda la jornada. El 25 aprovechamos un claro para realizar una tentativa a la Maladeta, pero el mal tiempo nos obligó a descender, por lo que la jornada pasó de un modo interminable, ahumándonos mientras llorábamos en un rincón de la fogata. Comenzamos a temer la posibilidad de quedarnos bloqueados aquí por alguna tormenta.

"Sin embargo, el 26 amaneció con un cielo muy puro: en marcha, hacia el Aneto. Tomamos de nuevo la ruta de la víspera y, después, torcimos a la izquierda para atravesar el Portillón de Abajo. El Aneto surgió entonces, si bien su cima se encontraba dentro de una nube que indicaba que el mal tiempo reinaba por allí arriba: el glaciar del Aneto aparecía barrido por el viento y, al llegar al collado de Coronas, nos encontramos en plena tempestad.

"Dejamos allí nuestros esquís y las mochilas, para partir armados únicamente con nuestro piolet. La subida de la *Cúpula* [*Dôme*] fue penosa en extremo: los torbellinos de nieve nos cegaban y el viento era tan violento que no podíamos avanzar sino a saltos, deteniéndonos encorvados y aferrándonos al piolet con cada ráfaga. No veíamos allí absolutamente nada pero, como ya había hecho este ascenso en invierno, me concentré en conservar la buena dirección. De repente, un claro nos permitiría vislumbrar una cruz de hierro a corta distancia: esa visión siniestra con un tiempo así nos alegró, a pesar de todo, pues indicaba el inicio del Puente de Mahoma y la cercanía de la cumbre. Este célebre paso, que no es sino un divertimento cuando hace buen tiempo, dado que es ancho y fácil, hoy exigía toda nuestra atención. Los roquedos se hallaban recubiertos por el hielo y la nieve sin cohesionar. Debido a la acción del viento, sus extremos se veían decorados con unas elegantes puntillas de

hielo en finas láminas. Sin el menor respeto, limpiamos nuestro camino a golpe de piolet y alcanzamos por fin la cumbre, hacia las 13:15 h, con un frío polar y sin haber visto casi nada.

"Después de volver junto a nuestros esquís, en el collado de Coronas, quise realizar la ascensión al pico del Medio (3.345 metros). A pesar de las protestas indignadas de Prégent, conseguí arrastrarle hasta allí, y llegamos a su cumbre en mitad de una niebla impenetrable. Poco después, enfilamos el glaciar del Aneto, donde nos reencontramos con el buen tiempo. Dicho descenso resultó admirable, y nos condujo, con demasiada rapidez, al Plan de Agualluts.

"Al día siguiente regresamos a Luchon. En cuanto llegamos, nos enteramos que la pequeña villa estaba en alerta por nuestra desaparición. La hostelera había avisado a la policía de nuestra ausencia prolongada de nueve días, y el periódico local había publicado ya una reseña en la que se nos daba por muertos! En el hotel la patrona sufrió un desfallecimiento y estalló en sollozos nada más vernos aparecer: todo acabó en unas escenas tiernas y, para festejar nuestra resurrección, en una velada jolgoriosa".

### 2.13. Ascenso hispano al Perdiguero

Es innegable la eficacia de las conferencias en favor del esquí celebradas en la sede del *Centre Excursionista de Catalunya* de la calle Paradís durante los años veinte del siglo pasado... Por ejemplo, en el número 406 del *Butlletí* (marzo de 1929) aparecía esta reseña de un acto protagonizado por Albert Oliveras i Folch para divulgar su "Ascensió al Perdiguero a l'Hivern" del 22 de marzo de 1928:

"Ayudado por numerosas diapositivas, explicó al detalle diversos incidentes de la excursión realizada durante la Pascua por varios socios de la *Secció d'Esports de Muntanya*. Una vez llegados a Luchon, fueron en automóvil hasta las granjas de Astau, donde prosiguieron a pie por el valle de Astau hasta cerca del lago de Oô, donde mediante sus esquís y empleando técnicas de montaña, ganaron el refugio de Espingo (1.925 metros), junto al lago de igual nombre. Realizó una descripción del referido refugio. Al día siguiente, debido al mal tiempo, se vieron forzados a dar la vuelta después de haber subido buena parte del valle. El domingo de Pascua, tras una copiosa nevada caída durante la madrugada, pudieron subir al pico del Perdiguero (3.220 metros), siete horas después de haber salido de Espingo. El trayecto fue: desde el refugio hasta el lago Sausat por la ladera de la izquierda, la zona alta del llano que forma la coma de salida del lago del Portillon, que atravesaron por el medio, siguiendo las paredes del contrafuerte del Perdiguero al puerto del Portillon para llegar al collado de Literola. La cresta desde dicho collado hasta el pico se vio muy dificultada por un viento intenso, y fue recorrida con ayuda de los crampones. El retorno se realizó por la misma ruta, continuando el lunes hacia Luchon, una villa termal que hallaron con un aspecto diferente del normal, pues sus desiertos inmensos tanto en plazas como en calles no se

correspondían con sus edificaciones monumentales. La temporada invernal se había terminado, pero todavía no preparaban la de verano”.

De este modo, otra de las grandes cimas de Benasque era visitada por unos hispanos sobre tablas.

#### 2.14. El Aneto del CEC en 1928

Los Montes Malditos en invierno a veces daban la de cal y otra la de arena. Seis años después del duro viaje de sus mejores elementos hasta el refugio de La Renclusa, el *Centre* preparó un nuevo *raid* navideño con tablones. Nos detendremos en el texto que sirviera Guilera desde su capítulo sobre “La Navidad en la Maladeta”...

Para realizar este *stage* en La Renclusa, los catalanes se pusieron previamente en contacto con su arrendatario estival, Antonio Abadías. Así lograron que el *León del Aneto* subiera con el grupo para abrir el Chalet, que no el pequeño edificio anexo. Suponía un mayor confort y menor peso en las mochilas, al no portar tantas prendas de abrigo. Ante tales perspectivas, se reunirían a orillas del Mediterráneo los diecisiete esquiadores, que se pondrían en marcha el 22 de diciembre de 1928... Esta vez fueron en tren hasta Monzón, para tomar allí un autobús de línea hasta Benasque. Llegaban a su destino de madrugada, tras doce horas de viaje. Suponía el debut de las peripecias de su aproximación:

“Hicimos que transportaran todos los esquís y las mochilas hasta encontrar nieve, y así obtener un ahorro de fatiga considerable. A las 2:15 h empezamos la verdadera excursión. La gente de Benasque nos vio partir con notable curiosidad. No nos lo dijeron, pero estaban extrañados por nuestra llegada. Hubiésemos querido recolectar sus verdaderas opiniones sobre si creían en el fracaso o en el éxito de nuestra empresa. Estábamos seguros de que hubiera ganado la primera. Aún no comprendían cómo nosotros, la gente de la ciudad, nos situábamos tantas veces por encima de ellos para tratar de transitar por sus montañas. Continuaron andando con las manos en los bolsillos, como si nuestros esquís y nuestras técnicas no les dijeran nada”.

Los deportistas se encontraron con las primeras manchas de nieve a la altura del Plan del Campament, donde las caballerías comenzaron a hundirse un poco. No tardarían en tener que descargarlas para pasar sus equipos a las mochilas. Solo ante el Hospital de Benasque pudieron colocarse las tablas bajo los pies. Con la tarde agonizante lograban alcanzar el refugio de La Renclusa. Poco antes de acceder a este edificio les saludarían los gritos de dos franceses, Jean Arlaud y Jean Escudier, quienes acababan de cruzar desde Luchon a través de La Picada.

Nuestros barceloneses se instalaron en las camas del primer piso, para ofrecer el segundo a sus colegas del lado norte. Seguido, todos se reunirían en torno a los fogones de la cocina, donde se preparaba ya la cena. Tras el acostumbrado festival de sopa, la noche se reveló aceptablemente confortable. No obstante, para asegurarse de que no iban a pasar frío, Guilera y los suyos tuvieron la precaución de añadir a las camas cuanta manta o cortina hallaron

por el edificio. Como era habitual en este tipo de empresas, se tocaba diana a las 5:00 h del 24 de diciembre de 1928 para el inicio de las operaciones:

“Teníamos los esquís a punto, con las pieles de foca colocadas y la mochila aligerada, si bien todavía pesaba un poco con los crampones, las provisiones y la ropa de abrigo, pues seguramente por arriba la temperatura sería muy inclemente. Transportábamos también cuerdas y un par de piolets”.

Estos detalles ilustran bien los preparativos de un ascenso al *Monarca del Pirineo* con tablas. Calzándolas desde La Renclusa, los socios del CEC salieron junto a sus amigos galos. Eran un total de diecinueve esquiadores. En noventa minutos se hallaban en el Portillón Inferior, el más utilizado durante el invierno. Vencer dicho collado les requeriría una corta trepada donde fue preciso pasarse de unos a otros los esquís. De esta manera discurrió su consiguiente progresión entre los heleros perpetuos:

“El comienzo del glaciar era muy ingrato. Por todas partes surgían unas escamas de hielo verdoso que se resistían a los cantos de los esquís y que resultaban extremadamente resbaladizas. Seguimos haciendo giros hasta que nos pareció que ya estábamos elevados y que un avance a través de los ventisqueros, pasando por debajo de la zona de grietas, nos permitiría alcanzar el collado de Coronas. En el glaciar la nieve era más adecuada para los esquís, por lo que avanzamos con mayor rapidez. A ratos parecía que progresábamos por encima de alguna grieta que podía estar no muy cubierta, por lo que quien marchaba por delante no dejaba de sondear con el bastón para descubrirlas. Más arriba, las grietas surgían al descubierto y mostraban el fondo de sus pozos de hielo [...]. En el collado de Coronas dejamos los esquís y las mochilas. Más allá de la loma granítica del Puente de Mahoma afloraban, blanqueadas, las puntas y aristas que sustentaban al Aneto por el lado de Llosás. Sus abismos eran impresionantes, y otorgaban a esta montaña una fama de cima imponente de la que no disfrutaba desde su costado de La Renclusa [...]. Aligerados de cualquier peso, unos con crampones y otros no, subimos rápidos para acceder a la cresta y, a despecho de ese viento que seguía soplando con violencia, llegamos a la plataforma inferior, que se separaba de la verdadera cima por la corta arista o Paso [Puente] de Mahoma. Normalmente este paso era más impresionante que difícil, y tuvimos la suerte de hallarlo en buenas condiciones: totalmente limpio de nieve y sin nada de hielo. Hubiera sido factible pasar con la misma facilidad que en verano mas, obrando con prudencia, sacamos las cuerdas y, en pequeños grupos, lo cruzamos encordados. Y bien: ya estábamos en la cima del Aneto, dominando los demás picos de la cordillera [...]. En lo alto de la cumbre no hubo ni cánticos, ni gritos profanos, ni apoteosis de fuegos artificiales. Nos presidió una tácita intimidación entre la montaña y nosotros, un diálogo que retomábamos una y otra vez, un tuteo exquisito de viejos compañeros que hacía tiempo que no se veían. Eran más de las 14:00 h cuando los primeros llegaron a la cima. Poco a poco fueron viniendo los demás en grupos pequeños. El frío nos expulsó a todos de allí, aunque deseásemos descansar durante más tiempo. Pero con aquellas temperaturas era imposible, a pesar de ir todos abrigadísimos. Así,

volvimos a cruzar el Paso [Puente] de Mahoma con el fin de iniciar la bajada hacia el collado de Coronas en busca de nuestros esquís”.

En efecto: los tablones habían quedado en la sombra y el nevazo amenazaba con helarse, por lo que sería preciso darse prisa. Arrancaba lo mejor del viaje hasta aquel *Aneto Blanco*:

“Aunque la nieve no estaba bien para los esquís, nos apresuramos en cruzar el glaciar para llegar al Portillón, al que bajamos por un lugar más directo que el de la subida. Al otro lado ya no había peligro, por lo que nos distanciamos, pues teníamos grandes deseos de llegar a La Renclusa. Los primeros estaban allí a las 17:00 h, cuando caía la oscuridad. Una luna diáfana salía cuando arribaron los últimos camaradas. Poco después de las 18:00 h, todos se hallaban en el refugio”.

Coincidiendo con la víspera del día de Navidad, hubo un banquete para celebrar el éxito. Los franceses dejaron escrito en el *Libro de La Renclusa*: “Es una de las mejores Navidades que hemos pasado en la montaña”. Guilera afinó más, declarando que, para él, era “la mejor de su vida”. Pero había un segundo objetivo en ciernes, al que se apuntó solo la mitad de los presentes en el refugio. Acaso la hora de partida, las 6:00 h, tuviera mucho que ver. O los mil metros de desnivel por delante. Así, los más sosegados se quedaron realizando pequeñas esquiadas por los alrededores. Acompañaremos al grupo de nuestro activo informador:

“Comenzamos la jornada con un descenso hasta el Plan de Están, donde nos desviamos hacia la derecha hasta salir al Forau de Aigualluts. Cuando se impuso empezar a subir, hicimos la primera parada y fijamos las pieles de foca bajo los patines [...]. Después atravesamos el Plan de Aigualluts y sus meandros caprichosos de agua no helada, con un pequeño caudal de un metro de nieve de lado a lado, como el corte de una moldura. Penetramos en el valle más septentrional, camino del collado de Toro. El paso por el fondo del estrecho y empinado valle lo hicimos primeramente de mala manera, para luego alegrarnos en cuanto salimos al ensanche [...]. Subimos siempre por un tramo extenso de absoluta blancura. Aquí, la nieve mostraba unas cualidades tan insuperables que si en otros sitios se hubiese podido hallar igual, en ningún otro hubiera sido mejor. En lugar de conformar una pendiente lisa y uniforme, el terreno se combaba en una sucesión de abombamientos y llanuras, de subidas con repentinas ondulaciones de todo tipo. Yendo hacia arriba íbamos deleitándonos por adelantado con el selectísimo placer que unas horas más tarde íbamos a degustar [...]. El valle superior era amplio y largo. Mostraba una suavidad en la inclinación que no encajaba con las formas valientes y decididas que predominan en el Alto Pirineo. Para nosotros constituía una nueva y feliz perspectiva para cuando fuéramos hacia abajo. Continuamos con los esquís hasta el collado. Los dejamos aquí para terminar la subida a pie, saltando de piedra en piedra”.

Los deportistas podían disfrutar desde la tuca de Mulleres de unas vistas descritas como “memorables”, entre las 14:00 y las 15:00 h. No en vano, se hallaban sobre el puntal más elevado de la muga entre Huesca y Lleida. El frío

terminaría expulsándoles de la cima, animándoles a comenzar una fantástica bajada con tablas:

“Descender desde los 3.000 hasta los 2.000 metros que tiene el Plan de Aigualluts era un acontecimiento que fascinaba. Su excelente nieve se contaba entre las mejores que habíamos conocido, y el terreno no podía mostrarse más propicio para el esquí. Especialmente el tramo entre el collado de los Aranesos y el del Toro resultó memorable. Nos dejamos deslizar como si nos meciésemos, llevando las tablas a derecha e izquierda, haciendo que se levantaran dócilmente a nuestro capricho. En algunos lugares bajábamos directamente y degustábamos de un solo bocado esta *laminería* exquisita para nuestros paladares. Cada giro nos parecía que sumaba un rato más de placer, y cada curva que dejábamos marcada constituía toda una satisfacción para nuestra pequeña vanidad de esquiadores”.

La cuadrilla de Guilera regresó sin novedad a La Renclusa, ayudada por la luz de la luna. Con la cena, llegaría el turno de que cada uno de los grupos en que se habían fraccionado narrara a los otros sus experiencias: además de la tuca de Mulleres, se ascendió con tablas al pico de Salenques, al collado de Toro y al ibón de Paderna. El 26 de diciembre regresaban todos a Benasque. La nieve les acompañó lo suyo, pues no desaparecería hasta dos horas antes de alcanzar la Villa. Fue preciso que cargaran con sus esquís durante esta fase final de un repliegue tras el cual “se entró en la población, suscitando la admiración de sus gentes, que enseguida conocieron la noticia y quisieron vernos de cerca”.

Las valoraciones finales de Guilera fueron de una gran modestia, pues el hecho de que diecisiete miembros del CEC y dos franceses ganaran con tablas el Aneto más invernal lo achacó a cierta benevolencia por parte de una montaña que había tenido a bien “dejarles tocar el cielo con las manos”.

La experiencia serviría para las labores de promoción del *deporte blanco*. Así, estos episodios quedaron reflejados dentro de la “Crònica” anónima que publicó el *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya* número 407 (abril de 1929):

“El día 1 de marzo [de 1929] el señor Josep Maria Guilera i Albinyana dio su anunciada conferencia sobre dicho tema, para lo cual hizo una reseña de esa excursión que, durante las pasadas fiestas navideñas, realizó un grupo numeroso del *Centre [Excursionista de Catalunya]*. El conferenciante explicó la larga jornada inicial con el fin de trasladarse hasta el Chalet de La Renclusa, y la ascensión colectiva, de la víspera de la Navidad, al Aneto (3.404 metros), el pico culminante de los Pirineos, que ha constituido la segunda ascensión nacional que se ha realizado durante el invierno. La escalada al Portillón, la travesía del glaciar hasta el collado de Coronas y el cruce delicado del paso [Puente] de Mahoma hasta el momento de salir a la cima, todo eso fue revivido por el conferenciante para el numeroso auditorio. Después relató la ascensión a la cumbre de Mulleres, realizada en la jornada siguiente, día de Navidad, así como de la buena nieve y excelente panorama del que disfrutaron, para terminar recordando el retorno a Benasque y luego a

Barcelona, realizando todos los votos para que las próximas excursiones tengan una suerte parecida a la de esta conferencia”.

### 2.15. Del Cotiella al pico de las Tempestades

El *circo blanco* se halla repleto de páginas épicas con subidas a montañas terribles y descensos no menos vertiginosos entre abismos de hielo. Resulta menos habitual que sus narradores se entretengan con las, digamos, pequeñas historias que se desarrollan cuando descansan las tablas. En lo que hoy se conoce como el *après-ski*. Por suerte, el deporte galo frecuentó desde antiguo la Alta Ribagorza y, más importante aún, anotaron cuanto vivieron entre sus moradores.

Los *Carnets* (1965) de Jean Arlaud aportan páginas memorables a los deportes de invierno. La gran duda es si, de haber estado vivo su autor, se hubieran publicado tal cual las anotaba en sus cuadernillos de campo... Pero mejor nos centraremos en la siguiente estancia de los esquiadores tolosanos en Benasque. Discurrió del 23 de diciembre de 1928 al 2 de enero de 1929. En esta ocasión, el texto que lo relata es de autoría desconocida: muy posiblemente, dictado por el propio Arlaud, pues mostraba en el original varios tipos de letra. La nueva salida la protagonizaría nuestro médico junto a sus camaradas Cazenavette, Escudier, Leclère y Vacher.

La partida fue, como de costumbre, desde Luchon. De nuevo, con todos los *skimen* muy sobrecargados. Cuando pasaron por el Hospice de France nuestro quinteto descubriría que unos ladrones habían forzado su entrada, lo cual fue aprovechado para entonarse con alguna botella de licor de su bodega... Al día siguiente superaban las rampas de La Picada con las cuchillas bajo las tablas. En tierras aragonesas se toparon con un frío terrible y una primera división: mientras Arlaud y Leclère subían para depositar víveres en La Renclusa, los otros tres acudirían al Hospital de Benás, donde se reunió después todo el grupo. Pudieron utilizar las tablas hasta el Plan de Senarta en lo que fue descrito como “descenso rápido, fatigoso, largo, inflexible, poco deslizante, boscoso, incoloro y luminoso”. Nos quedaremos con las siempre coloristas impresiones en el Benasque del 24 de diciembre de 1928:

“Acogida perfecta por parte de la tan santa como digna viuda de Sayó. Tras quitarnos las mochilas, tomamos la tradicional copita de anís. La cena no se hizo esperar y, solos en la gran sala, absorbimos con buen apetito sopa, legumbres diversas, mortadela, pescado, buey, ave y postre. Antes de la medianoche nos caíamos de sueño en torno al fogón. Nuestro jefe se despertó a medianoche y gritó: *¡En pie! ¡En pie!* Nos despertamos y acudimos a misa. Cantos diversos, asistencia a la iglesia y salida generalizada de esta primera misa. Por desgracia, las zambombas habían sido suprimidas. Hacia las 2:00 h, todo el mundo estaba finalmente en la cama”.

El 26 un trío se organizó para ascender el Cotiella, ante las dudas de Leclère y Vacher. Saldrían de Benasque con cartas de recomendación: por un lado, de Río, quien solicitó a su amigo Ballarín, de El Run, que los subiera en su coche *Erskine* hasta Seira. Por otro, de los carabineros de Benasque,

explicando su periplo deportivo al comandante del puesto de esta última población... El ascenso propiamente dicho arrancaba de Seira sobre las 3:15 h de la madrugada siguiente, con una marcha a pie bajo la luna. Alcanzaron la cima del Cotiella a las 9:15 h. Aunque transportaron con ellos sus tablas, el texto no las mencionó ni a la subida ni a la bajada. El día 28 regresaban los cinco al sector de los Montes Malditos. La partida del grupo de Benasque, como de costumbre, no dejó de constituir todo un acontecimiento:

“Compramos numerosas provisiones. La Fonda Sayó resultaba valiosa, dado que era una fuente inagotable de víveres. Hacia las 8:00 h las mochilas estaban casi saturadas y nos sentamos a la mesa para un desayuno sustancial: jamón, turrón, mantequilla azucarada, chocolate o café con leche, tabletas de chocolate con avellanas, copitas de anís. Les dimos unas cartas para Francia que Antonio Abadías dejaría en la oficina postal de Les Forges d’Abel cuando se fuera a Burdeos. Largamos velas, para cargar los esquís a la espalda y los piolets en las mochilas, mientras nos saludaban los adioses de una población pasmada y un tanto endomingada”.

No nos entretendremos demasiado en su marcha hacia Senarta y, luego, hacia Ballibierna. Algunos tramos con neveros provocaron que calzaran las tablas de vez en cuando. A partir de la cabaña de la Plana, ya no habría interrupción en el *manto blanco*:

“La nieve cada vez resulta más abundante, por lo que nos pusimos los esquís definitivamente. Los descensos fueron escasos, y las subidas suaves. Por desgracia, de cuando en cuando, bajo nuestras tablas se hacían unos zuecos formidables que se marchaban rápido gracias a [la cera] *Jordell*, inapreciable para los descensos”.

Sobre las 15:15 h arribaban a la cabaña de la pleta de Llosás, de cuyo interior fue preciso retirar el nevazo. Con unas ramas de pino prepararon algo parecido a un lecho que los aislara del suelo helado. El 29 salían rumbo al pico de las Tempestades; inicialmente, con los esquís atados bajo las botas:

“Fijamos las cuchillas bajo las tablas y, hacia las 7:45 h, la caravana se desordenó y comenzó a desgranarse sobre las pendientes heladas donde las agujas empezaban a mostrarse una a una. ¡El ibón de Llosás! No pudimos resistirnos a pasear sobre su superficie helada, aguardando a Leclère, quien tuvo que correr tras un bastón díscolo. Abandonamos los esquís, dado que nos molestarían durante la escalada, y seguimos con los crampones, pues la nieve sustentaba de maravilla [...]. En las primeras rocas dejamos también los bastones. La escalada resultó corta y fácil, y las vistas desde la cumbre [del pico de las Tempestades] nos compensaron ampliamente por nuestros esfuerzos [...]. Con los pies helados pero con una moral excelente, iniciamos el descenso: primero andando; luego esquiando. Nos deslizamos en amplias serpenteos sobre la nieve en costra”.

A la mañana siguiente nuestros galos abandonaban la cabaña muy temprano para alcanzar el collado de Ballibierna sobre las 7:10 h, justo cuando amanecía. Dejando al pie del pico de Russell las tablas y mochilas, ganaron dicha cumbre. Seguidamente, con unas nubes amenazadoras sobre sus testas, se dirigirían al collado de Salenques. Ya en el otro lado, solo tuvieron que

perder unos doscientos metros con ayuda de sus crampones para escapar hacia abajo con rapidez. Ingresaban en el refugio invernal de La Renclusa a las 15:30 h. El último día del año lo pasaron bloqueados por el mal tiempo.

Arrancarían 1929 con un intento de regreso por La Picada, frustrado por la gran cantidad de nieve caída, la mala visibilidad y el riesgo de avalanchas. No quedaba más remedio que retirarse por Benasque. Fue un descenso no menos peligroso en el que hubo que detenerse con frecuencia para sacudir la nieve que sobrecargaba sus tablas. Más abajo se les presentaron otras dificultades como unas ráfagas de viento muy violentas y la formación de zuecos bajo los esquís. Entraban en la Capital del Alto Ésera sobre las 18:00 h. En la Fonda Sayó, Vacher bromeó con la dueña, diciendo que habían regresado expresamente con objeto de "presentarle sus mejores deseos para el Año Nuevo". Les esperaba un largo viaje por carretera hasta Huesca, donde tomarían el tren para cruzar la frontera por el túnel de Canfranc... Nos despediremos del grupo con su último *après-ski* benasqués:

"Esperamos con impaciencia que nos sirvieran la cena: era el menú ordinario de la casa a base de verdura y carne. Tras esto, se iniciaron las gestiones para nuestra repatriación. En la cocina, un hombre grueso, cubierto por un gorro y enfundado en un jersey voluminoso parecía interesarse por nuestra suerte y discutía con el encargado de las Aduanas sobre los horarios de trenes. Arlaud reconoció en este hombre apacible al terrible teniente [de Carabineros], despojado de su uniforme y de su aspecto altivo. Se enteró de que, para estar de vuelta en Francia mañana por la noche, habría que salir a las 6:00 h. El conductor aceptó esa hora y, tras fuertes regateos, accedió a llevarnos hasta Huesca por ciento cincuenta pesetas. Se fue a dormir. Llegaron unos guardias civiles, y después su jefe, quien debía prepararnos una carta para el Gobierno Civil de Huesca, pero que empezó a tocar una guitarra, por otra parte, con mucho talento, y la velada se prolongó hasta la medianoche, aunque las gestiones que tendríamos que realizar en Huesca lograron que se adelantase la hora de partida a las 5:30 h".

## 2.16. Esquiadas por los Techos de Benás

Tras el Aneto, la siguiente pieza en orden de importancia era, lógicamente, Posets. Los firmantes de la *primera* nacional al *Virrey del Pirineo* dejaron un interesante relato de la misma. Así, en el tardío *Butlletí* del CEC número 464 (enero de 1934) se podía leer "Una ascensió d'hivern al Posets. 1929", firmada por Josep Torent i Sostres. El texto, en su vertiente deportiva, posee un valor innegable. Comenzando por el momento en el que se iniciaba el proyecto:

"El día 27 de marzo de 1929, de regreso de una excursión al pico de Aneto, marchábamos a pie y con los esquís al hombro por los últimos ventisqueros, rumbo a Benasque. A tenor de la velocidad de nuestro paso, más vivo que el habitual, se podía deducir que teníamos que llegar a dicho lugar a una hora determinada. Habíamos salido tarde, entretenidos por las tareas de adecentamiento del Chalet de La Renclusa, y, a pesar de un sol terriblemente

ardoroso, muy desagradable para quien tenía que recurrir a paso forzado, y del largo valle del Ésera, queríamos estar al mediodía en Benasque para que la mayor parte de los compañeros pudieran emprender ese mismo día el regreso a Barcelona. Algunas veces, la tentación del agua espumando o la de una sombra cerca del camino podía más que nuestros propósitos, y, dejando rodar por tierra las mochilas y los esquís, disponíamos de unos momentos tregua en la acelerada marcha.

“En las primeras casas de Benasque pareció que desaparecía esa lasitud que nos había dominado. Todo el mundo sacó fuerzas de la flaqueza y entramos en la Villa con gesto férreo y altivo, a grandes pasos, bromeando y con tal decisión y empuje que parecía que no deseábamos sino que nos pusieran delante alguna otra montaña para escalarla enseguida. Pero, todo ello, el empuje y el ademán férreo y las bromitas duraron el tiempo justo y preciso para llegar hasta la primera silla que encontramos disponible en la Fonda Sayó”.

La mayor parte del grupo del CEC tenía que volver a Barcelona. Únicamente dos de ellos permanecerían en Benasque para cobrarse el otro coloso del programa. Nuestro dúo no pudo evitar cierto sentimiento de envidia cuando vio a sus camaradas Abadal, Bertrand, Carreras, Vilaró y Vives acomodándose en el coche que les llevaría hasta su casa. Nosotros seguiremos en la compañía de Torent y de su colega por un tiempo:

“Un objetivo de gran interés quedaba todavía por lograr: el pico de Posets. La segunda cumbre del Pirineo solo había sido visitada en invierno por una caravana francesa [la de Arlaud en 1921], que subió por el valle de Eriste, por lo que ahora se trataba de hacer la primera ascensión invernal nacional y la primera en invierno por el valle de Estós, que era el itinerario que habíamos escogido”.

Ante la falta de noticias de sus nuevos camaradas, nuestra pareja se decidiría a completar la aproximación por el valle de Estós y a esperarles en la cabaña del Turmo el día 29. La marcha ofreció tramos de gran interés:

“La carencia de nieve era absoluta, lo que nos permitió, a cambio, realizar cómodamente el camino, dado que una caballería transportaba las mochilas y los esquís, además de las mantas y los utensilios de cocina que amablemente nos habían dejado en la Fonda Sayó para que nos instalásemos en la cabaña con relativo confort [...]. Esta cabaña de Turmo se encontraba a dos horas de Benasque, a la derecha del valle de Estós, cerca del río y a 1.675 metros de altitud. Era muy grande –demasiado grande, nos pareció a nosotros–, estaba recubierta con losas y dividida en dos compartimentos, destinados, en verano, ya como habitación de los pastores, ya como cuadra. Durante el resto de la tarde hicimos viajes por los alrededores de la cabaña en busca de la leña que necesitábamos para calentarla, y de ramas de pino para engrosar el escuálido lecho que ocupaba un rincón. Enseguida nos dimos cuenta de la deficiencia del servicio de calefacción: el tiro de la rudimentaria chimenea (un agujero en mitad del techo) resultaba en extremo inconveniente y la cabaña se llenaba de humo, que salía hasta por las grietas de las paredes. Consideramos la poco agradable perspectiva de tener que prescindir del fuego,

pero afortunadamente el humo se fue elevando lentamente y se acumuló en una espesa capa que empezó a menos de un metro del suelo, lo cual hacía imposible la permanencia en pie, pero que no molestaba para dormir”.

Buena falta les hacía el descanso a Ernest Mullor y Josep Torent: con el amanecer siguiente les esperaba el *Virrey del Pirineo*, bien protegido por sus defensas invernales. Seguiremos con la narración del segundo citado:

“A las 3:00 h empezamos los preparativos de salida. Estaba todavía muy oscuro cuando dejamos la cabaña y, bajo un cielo sereno y estrellado, emprendimos la marcha hacia el pico de Posets. Un camino remontaba el valle de Estós por su vertiente derecha, pero la oscuridad y los ventisqueros pronto nos lo hicieron perder y, de buenas a primeras, tuvimos que avanzar dificultosamente por un terreno accidentado para abrírnos paso entre árboles y matorrales. No hacía mucho frío y el tiempo parecía augurarnos otro día espléndido. Cuando las primeras claridades del amanecer vinieron para facilitarnos la marcha y nos permitieron escoger mejor los puntos más practicables, los pinos fueron quedando abajo y la vegetación se redujo a las hierbas quemadas por la invernada. El valle de Estós perdió su aspecto acogedor y amistoso: el bosque de Batisielles y la pleta del Turmo se habían vuelto ariscos e indómitos. La nieve escaseaba por todas partes y los esquís, que ya nos habían estorbado bastante dentro del bosque, empezaron a molestar sobre nuestros hombros.

“Aún no habíamos dejado el fondo del valle y el piolet comenzó a tomar contacto con la nieve dura de una de las innumerables palas que tan larga y penosa tenían que hacernos la jornada. Por debajo, y a pocos metros, corría el arroyo de Estós, por lo que la perspectiva de tomar un baño era lo bastante desagradable como para hacer que aseguráramos cuidadosamente nuestros pasos. Con todo ello resultó que, antes de haber ganado demasiada altura, y a una distancia nada considerable, ya habíamos invertido mucho tiempo y energías en una entretenida lucha contra obstáculos desprovistos de cualquier atractivo e interés”.

El día de ascenso a Posets pintaba mal... Cuando el sol alcanzó las cumbres del grupo de Oô, los esquiadores tenían la impresión de que las dificultades no iban a disminuir en adelante. Así fue. A Mullor y Torent les esperaban los terrenos más complicados que precedían a la coma de La Paúl, compuestos por rocas y palas de hielo con fuerte inclinación:

“Los esquís, que tantas veces habíamos declarado indispensables en las excursiones de invierno y que en tantas ocasiones nos habían llevado fácil y cómodamente hasta las cumbres, hoy nos resultaban del todo inútiles: eran un gran estorbo tanto por su peso como por su forma. A menudo, un pequeño tramo más blanco que el resto de la vertiente nos hacía pensar que pronto podríamos ponérselos y avanzar sobre una nieve más abundante, pero en seguida veíamos que esta continuaba helada y que las piedras, visibles o no, constituían siempre un obstáculo para nuestra marcha. Cuando llegamos por fin a la coma de La Paúl, habían pasado casi cinco horas desde nuestra salida de la cabaña: íbamos subiendo por un terreno ingrato, con los esquís al hombro, por lo que no hay que decir cómo nos apresuramos a calzárnoslos y a

dejar el piolet. La utilidad de estos instrumentos se había invertido: empleábamos el piolet en la parte baja de la montaña, allí donde la nieve tenía que ser buena, y los esquís en las grandes alturas, donde tan a menudo estaba endurecida por la acción del viento. La coma de La Paúl formaba como una olla o embudo, y en lugar de entrar allí siguiendo el valle, lo hicimos franqueando un colladito, muy poco pronunciado, que indicaba la ausencia de una salida natural de las aguas que se filtraban por el subsuelo. En su parte oeste se levantaba un pico que desde aquí parecía arrogante, pero que no era más que una estribación de Posets.

"Fatigados por la penosa marcha y la carga transportada, fuertemente atormentados por la sed, realizamos un largo descanso en la coma. Fue una parada sin agua que no nos sirvió de gran cosa, puesto que la sed aumentó y el cansancio reaparecería de nuevo al poco rato de reiniciar la subida bajo un sol fortísimo y ardiente, que ahora nos daba de pleno. Al fondo de la coma encontramos una nieve abundante que nos permitió el avance con mayor rapidez [...]. Ya bajo el collado de La Paúl, la subida se enderezó y, lo que sería peor, volvieron a comparecer las piedras entre la nieve o escondidas bajo una capa delgada. Con obstinación nos resistimos a quitarnos los esquís y destrozamos sus cantos y las pieles de foca contra las rocas. Finalmente no nos quedó más remedio que aceptar lo inevitable. Otra vez los esquís resultaban un estorbo, y solo a expensas de rabiosos esfuerzos rematamos una subida a pie, afortunadamente corta, pero en la que las piedras medio cubiertas nos obligaron a una agotadora gimnasia para avanzar y conservar el equilibrio.

"¡Oh, marchar así cuando las fuerzas no responden! Respirando ávidamente, medio tambaleándonos, sintiendo la carga excesiva que parecía aplastarnos, fuimos subiendo y subiendo. La sed nos torturaba horriblemente y la lengua reseca se enganchaba al paladar. Pasado el collado que aparecía por encima el helero, se alzaba hacia la derecha la muralla que, en su parte sur, acababa enderezándose hasta el pico de Posets.

"Atravesar el helero y superar la muralla eran unas empresas que, en las condiciones en que nos encontrábamos, parecían difíciles y de resultado muy incierto. Pero urgía salir. Otro esfuerzo y, poco después, nuestro paso se volvió más lento, para terminar marchando de forma completamente rutinaria, tan sedientos como desfallecidos: con los ojos puestos en la pared, seguimos remontando el helero, por el que describimos el amplio arco del circo. De repente, sobre unas rocas oscuras de la gran muralla, vimos relucir un hilo de agua procedente de la fundición de las nieves. Llegar allí representaba una escalada, pero no lo dudamos ni un momento. Aceleramos el paso y pronto nos hallamos sobre las primeras rocas, donde dejamos los esquís y, con rapidez, nos lanzamos pared arriba. Más deprisa todavía se elevaba nuestra fantasía. ¡Hacia arriba! ¡Cuándo llegaremos allí arriba! Los brazos tanteaban el vacío, buscando las rocas seguras, impulsados por el ferviente deseo o la desesperada súplica en favor del agua que codiciábamos. Logramos llegar hasta un rellano y bajamos unos cuantos metros: ¡agua! De todas las veces que dicha palabra había expresado nuestros anhelos más vivos, ninguna otra,

como hoy, lo hizo con tanta intensidad; ninguna nos produjo, al pronunciarla, tan profundo sentimiento de liberación. La sed nunca nos había torturado de tal manera. Descansamos un rato y, después –¡ahora sí!–, terminamos con esas provisiones que, momentos antes, no podíamos hacer pasar por nuestras gargantas reseca. Teníamos ganada la penosa partida.

“¿Acaso se oían nuevos rumores de agua? Llevábamos ya tres cuartos de hora escuchándolos: cuando reemprendimos la marcha no parecíamos los mismos. El aire malhumorado y ese paso lento apenas logrado merced al esfuerzo de voluntad se habían desvanecido por completo. Sed, cansancio y desfallecimiento: todo había desaparecido, y la subida por la muralla nos pareció ahora perfectamente practicable. Escogimos una canal cercana y emprendimos la ascensión ágilmente, con deleite, hallando placer en tan interesante escalada. La canal, bastante enderezada, hubiera resultado muy fácil si las piedras no rodaran tan a menudo hacia abajo. En esto, el reducido tamaño de nuestro grupo –la mínima expresión de un grupo– era una evidente ventaja, y subimos todo lo deprisa que pudimos, puesto que empezaba a inquietarnos que las horas fueran pasando: nos interesaba mucho que, de regreso, pudiésemos llegar con luz, cuanto menos, a las palas donde tanto tiempo habíamos perdido, pues su travesía a oscuras resultaría muy comprometida. En veinte minutos realizamos la ascensión de la canal y completamos la cresta noreste. La nieve estaba en condiciones tan buenas que más bien facilitó, que no dificultó, nuestra marcha. Por las canales que caían al helero que daba hacia el valle de Chistau, ganamos la cumbre de Posets.

“El pico de Posets, como ese Aneto que habíamos subido cuatro días atrás, nos mostraba la belleza de sus panoramas en medio de una atmósfera diáfana. ¡Aneto y Posets! Dos gigantes bien dispares. Dos tipos distintos de montañas. El Aneto lo veíamos ahora sobresaliendo con altivez entre una muchedumbre de altas cimas que lo rodeaban como a un señor al que le resultaba grato que se le rindiera homenaje: visto así, para quien no penetrase dentro del mismo del macizo de la Maladeta, en su majestad habría siempre algo de lo que los otros le dieran. Posets, orgulloso, no pedía a nadie que lo enalteciera, por lo que se mostraba muy solo, apartado de todos. Era ancho, robusto y sólido, y parecía que, si no alzaba al cielo una testa altiva, era porque, como a él no le apuntalaba nadie, tenía que mirar hacia la tierra donde se afianzaba [...].

“Nuestro tiempo, que ya escaseaba, nos hizo abreviar la estancia en la cumbre con el fin de seguir el rastro marcado en la nieve de la cresta hasta la canal por donde habíamos subido. Era bastante tarde cuando salimos de la base de la muralla, debido a las maniobras de dejar el piolet y los crampones en la mochila, recoger las cuerdas y calzarnos los esquís para afrontar las largas y complicadas pendientes de nieve helada.

“El estado del helero nos hizo abandonar la idea original de atravesarlo diagonalmente. Seguimos, pues, un itinerario parecido al de subida y, en poco tiempo, bajamos con bastante facilidad al collado. Allí, una violenta caída me inutilizó una de las fijaciones, que ni siquiera intenté arreglar, pues me hubiese reclamado más tiempo del que iba a perder si avanzaba por el escaso tramo

esquiable que nos restaba por bajar. Así, descendí a pie por una nieve que me sostenía a la perfección. Tanto con esquís como sin ellos, bajamos con gran rapidez, para llegar todavía con luz a unas palas de las cuales guardábamos un recuerdo tan poco agradable desde la mañana. Como durante la subida, invertimos mucho tiempo en franquearlas, pero los pasos que entonces habíamos abierto nos hicieron más cómoda y menos lenta dicha travesía.

“La luz escaseaba cuando alcanzamos al fondo del valle, que seguimos por la vertiente izquierda, donde no había nada de nieve. Así evitamos las últimas palas y los ventisqueros cercanos a la cabaña. Como tuvimos que subir y bajar para salvar diversos accidentes del terreno, no ganamos tanto tiempo como esperábamos. Marchamos con rapidez para aprovechar las últimas claridades del día, ya difusas; sin embargo, el valle era muy largo, por lo que tuvimos que renunciar a llegar ese mismo día a Benasque. En medio de la oscuridad más absoluta, y después de varias tentativas en busca de un lugar franqueable, fue necesario atravesar el arroyo de Estós por un punto donde el rumor de sus aguas nos indicó que corrían tranquilas: al cruzar a la orilla opuesta, vimos que nos encontrábamos casi enfrente de la cabaña del Turmo.

“La gran cantidad de leña reunida durante la tarde anterior nos aseguró que pudiésemos secarnos sin padecer frío. En cambio, la carencia de provisiones para pasar otra noche en la cabaña era más que evidente: los aperos de cocina resultaban totalmente inútiles. Solo disponíamos de queso en abundancia. Quienes no hayan tenido ninguna ocasión de hacer una cena y un almuerzo con tan escasamente variado *menú* no se imaginarán nunca de qué forma su sabor puede resultar desagradable, e incluso repugnante. Fuera, el canto monótono de las ranas rompía el silencio de una noche tan tranquila como quieta. Eso, que en otras ocasiones nos habría parecido más o menos pintoresco, y quizás hasta poético, en las circunstancias actuales no lograba más que hacernos recordar –¡oh, qué prosaico!– que los *animalejos* que de tal manera se llamaban eran considerados en Benasque como un plato delicadísimo. Nosotros..., preferimos comer queso. Dormimos bien. Como se acostumbra a dormir después de las duras jornadas, ya sea en la cama de un gran hotel, ya sea sobre el lecho de ramas de pino de una aislada cabaña en las montañas”.

La aventura estaba a punto de finalizar. Nuestro dúo regresó a Benasque al día siguiente, notablemente sobrecargado. Sin dar muestras del menor desánimo, Torent nos serviría, a modo de despedida, algunas consideraciones sobre la mentalidad de montañeros y montañeses:

“Los habitantes de esta población, que han visto desfilar por sus calles, durante los últimos inviernos, a numerosas caravanas de esquiadores, se han podido convencer de que, con los esquís, subíamos a unas cumbres a las cuales no creían que pudiéramos llegar, y empezaban a mirar a las largas tablas sin la prevención y el escepticismo de antes. En la presente ocasión, aunque quizás no tuviésemos derecho a hacerlo, también realizamos el obligado elogio de los esquís con el entusiasmo de otras veces, dado que era lo que pensábamos, a pesar de lo que cuidadosamente callamos: que a veces se tienen que cargar a cuestras durante la subida y que durante la bajada se

estropean. A pesar de todo, a la rápida travesía del helero le debimos, en buena parte, el haber llegado hasta las delicadas palas de nieve antes de que la noche nos sorprendiera [...]. A despecho de la longitud e incomodidad del viaje y de que habíamos encontrado la montaña en malas condiciones, la ascensión a Posets la recordaré siempre como una de las más duras, pero sus paisajes invernales y panoramas anidarán muy altos entre todos los del Pirineo, compensando sobradamente por las molestias y penalidades”.

### 2.17. En el arranque de los años treinta

El siguiente episodio significativo de estas peripecias del *Benasque Blanco* tuvo lugar durante las Navidades de 1930. Para la ocasión, Arlaud, Boyer, Escudier, Lebreton, Pérès y Segrette se trasladarían hasta sus montañas del 23 al 31 de diciembre. El 24 realizaban el cruce por La Picada sin grandes problemas: medio andando, medio esquiando. Seguido del tradicional descenso, bien cargados, hasta la Capital del valle para celebrar el día de Navidad. Allí les aguardaba su anfitriona, la viuda de Sayó, junto con las acostumbradas copitas de anís, el moscatel, la sidra, el turrón..., y la Misa del Gallo. Esta vez, con acompañamiento de zambombas. Por no hablar de la consiguiente *recena* a base de jamón, pastelitos y vino caliente. Parece interesante reflejar los entretenimientos de los esquiadores galos en la Villa:

“Como era habitual, la mayoría no se levantó hasta el mediodía. Solo yo estaba en pie para el desayuno, con el fin de poderles impartir una gran conferencia sobre las técnicas de esquí al teniente de los Carabineros y a muchas otras personas. Este año, el teniente hablaba francés y era más afable que sus predecesores [...]. Dimos una vuelta para hacer fotos por la población. De la iglesia, en particular. Subimos por el tejado de enfrente, pero el cura nos sorprendió y nos echó una maldición. Gran éxito en las calles del pueblo. Todos los muchachos se reunieron y nos siguieron. A unos pasos del puente y en la otra orilla había una mancha de nieve. Los chicos querían vernos allí practicando el esquí. Tras alguna resistencia, decidimos ir: nos calzamos las botas y trasladamos las tablas, pero no solamente nos siguieron los niños, sino todos los notables, e incluso el propio teniente [de Carabineros]. Nos pidieron que hiciésemos una demostración con ellos: así, adaptamos nuestras fijaciones a los pies de los voluntarios, quienes se deslizaron con mayor o menor fortuna. El teniente no pasó de los dos metros sin caerse, y el número de batacazos fue tan importante que abandonó deprisa. El hijo de Marcial Río se sostuvo más o menos, pero lo que hizo un chico que iba calzado con abarcas fue notable: ¡ini un porrazo! Con la caída de la tarde se interrumpieron estos ejercicios y se acudió al baile. Segrette, Escudier y Boyer se desmelenaron”.

Debido a la escasez de nieve en las zonas bajas, se planeó un ascenso a Posets desde Eriste. Llama la atención que, según Arlaud, en dicho pueblo “todo el mundo hablara francés, pues preferían ir a trabajar a Burdeos que a Madrid o Barcelona, pues quedaba más cerca”. Desde aquí pasaremos a otra escena extradeportiva bastante chocante, con señoritas de por medio, que se produjo tras su regreso a Benasque, el día 28:

“Asistencia escogida al baile [...]. Como de costumbre, querían que bailásemos y les quitaron unas bailarinas a sus caballeros para arrojarlas en los brazos de Boyer y Segrette [...]. Un guardia civil nos quiso acompañar hasta la Fonda: algunos pretendían que era por miedo a que los caballeros despojados vinieran para protagonizar escenas de celos chocantes ante Boyer y Segrette”.

El 30 de diciembre los galos se hallaban de nuevo en Eriste con objeto de cobrarse el *tresmil* de igual nombre. Aunque se servirían de sus tablas en algún tramo de la aproximación, enseguida se optó por “abandonar estos instrumentos molestos para ganar de forma pedestre el pico de Eriste”. Una cima que lograban hollar a las 10:45 h. En cuanto a los esquís, una vez recuperados, realizarían el viaje de regreso a la espalda de sus propietarios por cuenta de una nieve demasiado blanda. El ambiente del *après-ski* de Eriste no se quedaba a la zaga del de Benasque, tal y como se aprecia en la vuelta de nuestros *skimen* a este primer núcleo:

“Eriste y su *Comercio*. Encontramos allí [17:00 h] a Escudier y Boyer hartos de salchichón y de sardinas. Toda una asistencia curiosa, junto con don Ramón Gabas, se empeñó en llevarnos a su casa para beber un vino de cuarenta y ocho años, así como para comer turrón y pastelitos. Después, para hacernos bailar. Cuando nosotros esperábamos un retorno tranquilo a Benasque, ellos organizaron un baile en el *Comercio*, por lo que Escudier, Segrette y Boyer se recuperaron de las fatigas de la jornada ibailando! Las hermanas de Gabas estaban allí, felices por tener a unos franceses como parejas. Segrette realizó en solitario una exhibición de *charleston*. Los demás reclamamos una jota..., y nos la bailaron. Entonces, ¿ya podíamos partir? No: el *quemadillo* [de anís con azúcar y café] bullía en la planta baja, y era preciso volver a la mesa para degustar al menos un vaso... Gabas nos acompañó durante todo el camino de retorno, asegurándonos una vez más el placer que había sido el acoger por unos instantes a unos franceses. En Benasque [19:10 h] nos aguardaba la viuda de Sayó con una comida a base de arroz a la valenciana, salchichón al ajo, aves con cebolla y pimiento, costillas de cerdo y tortilla al ron. Algunos se quedaron dormidos mientras se fumaban unos cigarrillos”.

El resto de la campaña no iba a ser tan gratificante: el último día del año comenzó a llover sobre el Alto Ésera, condenándolos a pensar en el adelanto del cruce de la muga. Bien entendido que, antes de cargar con los bártulos para su marcha hacia el norte, en la Fonda Sayó les obsequiaron con un almuerzo típico de “potaje con arroz a la valenciana, salchichas con judías, tomates, buñuelos de pescadilla, buey asado, turrón, fruta, una copa de moscatel y galletas”.

## 2.18. Los picos de Alba y de Aragüells con esquís

Los esquiadores del *Groupe des Jeunes* del *CAF-Toulouse* no tardaron demasiado en organizar otra salida. Pensando en celebrar las Navidades de 1932 en el Alto Ésera, una de sus cuadrillas esquiadoras pasaría hasta la

vertiente sur pirenaica por el puerto de Benasque. De nuevo nos lo cuenta Arlaud en sus *Carnets* (1965):

“Resulta muy penoso unir en una jornada invernal del Hospice de France con Benasque, y las condiciones de vida en el refugio invernal de La Renclusa o en las cabañas de pastores, generalmente llenas de nieve, son siempre duras. Cada vez que esto se planifica, se reúne una pandilla de no más de cuatro o cinco, y aquéllos que han soportado en alguna ocasión los rigores de una semana pasada en las más inhospitalarias de nuestras montañas no suelen reincidir mucho. Así que, en cada tanda, cambio casi siempre de compañeros. Sobre todo los jóvenes vienen animados por el deseo de hacer tantas cumbres como se pueda. Pero su impulso se ve a veces duramente aniquilado”.

Existe un texto del médico afincado en Toulouse, titulado como “Noël à la Maladetta”, que fue publicado dentro *Butletí* del CEC (marzo de 1933). Entre sus líneas se explica que, para la nueva incursión, Jean Arlaud formó cuarteto con Jean Grelier, Jean Malignas y Roger Parant. El 24 de diciembre de 1932 emprendían la subida hacia la frontera: primero a pie, después con crampones y, pasada ya la cabaña del Homme, con tablas. De este modo cruzaban a tierras ribagorzananas:

“El tiempo, ya desde el principio dudoso, se fue estropeando francamente a medida que subíamos. En el puerto [de Benasque] había niebla espesa y mucha nieve. La bajada hacia el Plan de Están resultó especialmente difícil: el peso de las mochilas estorbaba nuestra seguridad para deslizarnos y la niebla que nos cercaba nos privó de poder lanzarnos hacia abajo. Solo en el mismo llano, fuera ya de la niebla, pudimos marchar a gusto. Por otro lado, una buena nieve en polvo, ligera y espesa, tapizaba el suelo y nos favorecía en gran medida. Paramos en el Hospital [de Benás] para comer algo y dejar allí todo cuanto nos sería inútil en Benasque. Aligerados así, volvimos a partir. En el Plan de Senarta se acabó la nieve y, después de haber transportado algún tiempo a costas los esquís, los abandonamos detrás de un arbusto, entre el puente de Cregüeña y el de Ballibierna”.

“Generalmente solíamos llegar a Benasque en plena noche, puesto que el paso del puerto de La Picada exigía mucho tiempo en invierno. En el año 1924 fuimos recibidos por el ruido de unos fusiles que se cargaban a la sombra de las primeras casonas, y conducidos hasta la casa cuartel de los Carabineros, donde nos registraron a conciencia. Un registro seguramente obligatorio, puesto que nadie nos esperaba ni sabía quiénes éramos. Pero, esta vez, habiendo ganado tiempo gracias al paso por el puerto de Benasque, llegamos a la Fonda antes de que oscureciera, por lo que la viuda de Sayó y el teniente de los Carabineros fueron los primeros en celebrar nuestra llegada”.

Nos detendremos en los originales detalles del hospedaje en Benasque. Ahora, recurriendo a los *Carnets* (1966) de Arlaud:

“Lo primero que hizo la viuda de Sayó fue preguntarnos si [Pierre] Soubiron había muerto [pirineísta de setenta y siete años, que no falleció hasta 1934]. La acogida habitual. Copitas de anís a voluntad y pastelitos. Todo el pueblo nos esperaba y el asunto fue discutido un poco por todos. Visita a

Marcial Río y al teniente, el mismo de hacía dos años, cuyos conocimientos del francés nos permitieron evocar viejos recuerdos”.

“Bella noche de Navidad alrededor de una mesa espléndidamente servida. Después acudimos a la Misa del Gallo en la pequeña y pintoresca iglesia, donde los niños hacían sonar las gaitas y donde los cantos eran acompañados por el ritmo del tamboril. Esto quizás privaba del recogimiento, ipero resultaba tan original! Al mediodía siguiente, en la fiesta del día de Navidad, siempre siguiendo la tradición, la mesa fue montada en el pequeño jardín de la Fonda, entre los esqueletos de las coles, caldeada por tibio sol de los Pirineos, y el arroz a la valenciana sería copiosamente regado con unos porrones de moscatel. En Benasque había dos salas de baile, pero las mandolinas y guitarras habían sido reemplazadas por gramolas. ¿Dónde estaba la vieja desdentada que cantaba las coplas de las jotas con su voz ronca? Tipismos arcaicos desaparecidos para siempre jamás. Nosotros nos tuvimos que dejar ver por todas partes, haciendo honor a los turrones, copas y cigarros que nos ofrecían, o bailar. Eran fatigas de otra clase... Por eso, cuando el lunes por la mañana tuvimos que remontar el valle con las grandes mochilas cargadas con los víveres para cinco días y recuperar progresivamente todo aquello que habíamos abandonado en la bajada, nos encontrábamos algo flojos”.

El lunes 26 de diciembre nuestros franceses regresaron a la montaña. No sin antes degustar, a modo de despedida, las tradicionales copitas de anís en la Fonda Sayó. A partir del Hospital, cada uno de los esquiadores tendría que cargar con unos treinta y ocho kilos en la mochila. Retomaremos el relato *arlaudiano* de la campaña:

“La última subida desde el Plan de Están hasta La Renclusa nos exigió menos de una hora y cuarenta minutos. Con el atardecer llegamos ante el cobijo invernal, enterrado casi por completo bajo la nieve. El mango de una pala se dejaba entrever colgado de la puerta. Limpiamos el portal y entramos. ¡Qué sorpresa! Todo había sido transformado desde mi última estancia invernal, en el mes de febrero de 1931. Había ahora dos pisos de confortables literas llenas de paja fresca que podían acoger a doce personas; había asientos hechos con bloques de madera y de piedra; la madera abundaba; la puerta y la ventana ya no dejaban entrar la nieve al interior. Solamente el fogón humeaba tanto como antes, y era necesario dejar abierta de par en par la puerta para poder respirar”.

Al día siguiente, martes 27, tocaba ganar cota. Eso, a pesar de que se habían percatado del olvido de unas cebollas en Benasque, por lo que alguno quiso bajar a por ellas, dado que los guisos prometían ser muy pobres sin dicho ingrediente. La excusa no serviría para el escaqueo:

“A primeras horas de la mañana, con un tiempo espléndido, subimos hacia el pico de Alba (3.096 metros) por la coma de Paderna. Hacía mucho frío y, cuando por debajo de la arista rocosa de la tuca Blanca nos tuvimos que quitar los esquís para calzar los crampones, Malignas nos dijo que tenía los pies helados. Le aplicamos los masajes habituales y, restablecida la circulación de la sangre, decidió volver rápidamente a La Renclusa para calentarse de un

modo completo. Reducidos a tres, escalamos la cresta rocosa por una canal: la ayuda del piolet fue necesaria. Al otro lado había una gran pendiente de nieve dura donde los crampones se clavaban de maravilla, por lo que se subió con rapidez. A las 11:00 h llegamos al primer pico [antecima] de Alba. Una pequeña cresta muy cubierta de nieve nos separaba de la cumbre principal. A golpes de piolet limpiamos las rocas y, después de unos minutos, tuvimos que sufrir las punzadas de un viento glacial que nos hizo abreviar la contemplación del paisaje. Pronto retomamos los esquís; a eso le siguió una magnífica bajada por la coma de Paderna, tapizada con una nieve en polvo idealmente ligera”.

Aunque el plan original era visitar asimismo el cercano Diente de Alba, el frío y el viento desbarató esta segunda parte. Como aquella rápida ascensión les dejaría la tarde libre, el cuarteto esquiador se dedicó a practicar diversos ejercicios de habilidad en el entorno de La Renclusa, como saltar utilizando a modo de trampolín el tejado del refugio invernal... Al día siguiente, miércoles 28, iniciaban un *tour* con tablas inédito alrededor de los Montes Malditos:

“Nos dirigimos hacia la brecha superior de Alba para escalar el Diente del mismo nombre (3.114 metros). Las canales, tan fáciles en verano, estaban llenas de nieve, hasta el punto de que fue preciso realizar un largo trabajo con el piolet para poner al descubierto las presas. En la cumbre del Diente [de Alba] la temperatura era deliciosa, en contraste con el frío que ayer sufrimos en el pico [de Alba] a la misma hora. De regreso a la brecha, examinamos con inquietud el tiempo, que parecía querer empeorar. Finalmente nevió un poco. ¿Continuábamos o valía más retroceder? La perspectiva del agradable descenso que se nos ofrecía hasta el ibón de Cregüeña nos pudo, y nos deslizamos por debajo del pico de Le Bondidier. Cerca del lago volvió a salir el sol y el calor se hizo sofocante. Contorneamos sus orillas: con esquís primero y, después, por prudencia, subimos con los crampones por la enderezada pendiente del collado de Cregüeña. El cielo se cubrió y los picos más altos se nublaron, pero eso no impediría que dos de nosotros ganasen a todo gas la pequeña seta de piedra que coronaba el pico de Aragüells (3.037 metros). Siguiéron unos *slaloms* magníficamente alargados por la cuenca lacustre del Aragüells. Después, una bajada imprevista hacia el fondo del valle por pendientes excesivamente inclinadas para los esquiadores. Por fin, la travesía del bosque de Ballibierna. Como nevaba de nuevo y el día declinaba, hubo que encontrar un abrigo para la noche, que pasamos en la cabaña de la Ribereta. Se hallaba tan cubierta de nieve que, en la penumbra que nos rodeaba, solo el agujero negro de la entrada se mostraba ante nuestros ojos. ¿Por qué milagro la nieve no se había acumulado en el interior cuando tan bien sabía filtrarse hasta por las puertas más cerradas, a través de las más minúsculas grietas? Misterio. No solamente el suelo estaba perfectamente seco, sino que todavía había leña, por lo que pronto un gran fuego vino a alegrar este antro donde dos pastores se hubieran encontrado apretados. Naturalmente, antes de dormirnos fue preciso apagar el fuego. Pasamos la noche entre las voladas frías que nos prodigaban las diversas aperturas”.

De madrugada, arrancaríamos la segunda etapa de esta travesía, que Arlaud nos trasladaría con su celo de siempre. El grupo de Toulouse iba a tener el

honor de *estrenar* con sus tablones los decorados de la futura estación de esquí alpino de Cerler:

“Frente a la cabaña, aparecía el valle que subía hacia el pico de Castanesa. Mientras los demás ascendían lentamente hacia allí, yo me adelanté a solas, con los crampones, para tomar algunas fotografías desde la Tuca. Cuando regresé junto a los esquís, mis compañeros ya han desaparecido por detrás de las sierras que cerraban el valle, pero el rastro era allí una bella pista moderadamente inclinada a través de un terreno maravilloso. Parecía como si estuviera haciendo un curso de fondo en el que hubiese que alcanzar al grupo del líder, por lo que avancé rápidamente. ¡Qué impresión tan deliciosa la de estar solo sobre esta pista, en medio de un gran silencio blanco! Me reuní con los compañeros antes de la cumbre, y pronto completamos un descenso embriagador por un terreno maravillosamente propicio para los esquís en la vertiente de Cerler. Hay muy pocas regiones en el Pirineo que presenten unas pistas parecidas: ¡qué lástima que el acceso resulte tan difícil! Más allá, bajo un sol espléndido, como telón de fondo se alzaban las murallas de la Maladeta y de Posets. Por la tarde llegamos a Benasque.

“Después de haberle confiado al barbero nuestras caras hirsutas, celebramos una fiesta: la sidra espumosa y el moscatel manaron a chorros y reparamos bien las fuerzas perdidas”.

Como broma, explicarían a la viuda de Sayó que regresaban únicamente para recuperar las cebollas olvidadas... Volvían a La Renclusa al día siguiente, 30 de diciembre, con vistas a tentar, como fin de fiesta verdadero, el Aneto. Sin embargo, la niebla y las nevadas iban a frustrar la clausura de este programa de actos. Entre otras veleidades que no pudieron sacar adelante, figuraba una carrera por ver quién era el más veloz descendiendo con esquís desde el collado de Coronas hasta La Renclusa. En su lugar, se produjo el 31 otra competición, si bien cuesta arriba y hacia La Picada, para evitar quedarse bloqueados en el lado oscense de la cordillera. La dureza de este trayecto hacia Aran haría que Arlaud rematara su trabajo con estos comentarios:

“¡Ah! ¡Las tempestades invernales en las altas montañas! ¡Qué fácil os resulta ser mortales para quienes no están suficientemente preparados, física y materialmente, para resistir vuestros golpes!”.

El difícil repliegue por La Picada con la que remataron la campaña de las Navidades de 1932 quedó bien reflejado en los *Carnets* (1966). Nos fijaremos en sus fragmentos más esquiadores hasta la divisoria aranese:

“Nieve excelente y cielos despejados; solo una nube por el fondo del Plan de Están que se disipará, sin duda. Subimos hacia un pequeño collado... Abordamos las zetas... La nieve era buena, se subía por ella con facilidad... Algunos copos revoloteaban. La Picada permanecía despejada, pero algunas estrías aparecieron en el cielo. Aceleramos con inquietud. Nos elevamos con rapidez... El corredor. Todo se oscureció... Ascendimos, sobrepasando el punto donde nos quedamos en 1929. Pasaremos, sin duda, pues nadie se rezagaba, e incluso Escudier seguía bien. Descenderemos luego por La Fraïche, dado que no había nieve sopra... Aumentó el viento, enfilando el corredor del puerto. Primero fueron ráfagas aisladas; luego, un rugido continuo: era la nieve que se

levantaba y el granizo que volaba para abofetearnos el rostro. Resultaba imposible girarse, por lo que hicimos zetas para presentarnos de flanco. El puerto estaba cerca. Subimos directamente, empujados ahora por un soplo formidable que nos ayudaba en nuestro ascenso y que parecía que iba a quitarnos los bastones. La nieve que se levantó y el granizo se volvieron cada vez más violentos: llevaba la cabeza descubierta, por lo que tenía la impresión de que una especie de parálisis de cuello hacía que resultase imposible mover la cabeza. Un caparazón de hielo debía de haberse formado sobre mi nuca: lo quería quitar, pero no era posible, pues las ráfagas nos forzaban a aferrarnos a los bastones. ¡El collado! Seguro que al otro lado hacía mejor tiempo, por lo que era preciso atravesarlo sin tirar abajo la cornisa. Segrette pasó el primero mediante una caída de cinco metros. Yo me dejé deslizar y caí: nos hallamos en mitad de una furiosa nube blanca que no dejaba ver nada a pocos metros... Estaba como anestesiado, paralizado, incapaz del menor deslizamiento... Horror: uno de mis esquís se escapó literalmente y desapareció. Pérès, quien corría tras él, ¿lo hallaría en la tormenta? Incapaz de deslizarme, me resigné a bajar a pie, tambaleándome, hacia el agujero que había antes de La Fraîche. ¡Pérès apareció por el fondo, con mi esquí! Sin que se interrumpieran las ráfagas, y siempre con esa terrible impresión de parálisis de nuca. Sin duda, la huida rápida hacia la Val d'Aran era nuestra única salvación”.

### 2.19. La punta del iceberg

Durante los años treinta del siglo XX, las esquiadas por la Alta Ribagorza tuvieron que ser mucho más numerosas de lo que se cree. Posiblemente, por sus nieves se deslizaron nativos y foráneos que no considerarían oportuno la reseña por escrito de sus evoluciones. Lamentándolo mucho, habrá que contentarse con las actividades que se divulgaron desde libros y revistas: las aventuras sobre dos tablas aquí compiladas seguramente constituyen la punta del iceberg de otras esquiadas más discretas. En el entorno mismo del mediático Jean Arlaud, se han contabilizado episodios que, por motivos determinados, quedaron sin relato dentro de los *Carnets* (1966):

“23-24 de febrero [de 1932]: invernal en La Renclusa. Salida carente de historia, salvo por el inevitable mal tiempo durante el paso de los collados de las montañas de Luchon durante el regreso a Francia.

“20 de marzo [de 1932]: invernal en el Boum/Bom. Arlaud organiza una expedición al Boum en invierno. El sábado 19 acceden a las barracas de la CEI de Pratlong, y durante la jornada del 20 realizan, en parte con esquís, en parte sin ellos, la ascensión al pico de Boum (3.005 metros)”.

Pero los tolosanos no fueron los únicos franceses que se deslizaron por el Alto Ésera. En ocasiones les llegarían refuerzos desde otras latitudes... Tal fue el caso de Daniel Souverain, un joven con problemas en su pierna derecha tras resultar herido durante la Gran Guerra. Dicha lesión no le echó atrás en la práctica del *deporte blanco*, lo que le granjearía no pocas simpatías entre los destacados del montañismo, desde Franz Schrader hasta Roger Frison-Roche. Acaso, en mundo del esquí, su cojera no se apreciara en exceso. Hombre

ingenioso, Souverain diseñó equipos especiales tanto para deslizarse en solitario como para el *camping-esquí*. Su objetivo era reducir el peso a la mínima expresión: chaquetas de plumas de cisne de cuatrocientos gramos de peso, tiendas de seda tibetana, piolets desmontables, esquís que se plegaban... Se sabe que, al menos, estuvo foqueando por las montañas pirenaicas en 1926, 1933, 1935, 1946, 1952 y 1953. Su primer encuentro fue con los Montes Malditos: tras cruzar el Portillón de Benasque desde Luchon, vivaquearía sobre la misma Picada. Más convencional, pasó la segunda noche en La Renclusa, para añadir una tercera pernocta sobre las nieves del collado de Coronas, justo antes de subir al Aneto con las primeras luces del alba.

En cuanto al apartado de la promoción temprana del *deporte blanco*, hay que decir que el *Centre Excursionista de Catalunya* se llevó la palma. A modo de ejemplo, puede servir cierta nota anónima que aparecía en el *Butlletí* número 452 (enero de 1933). Bajo el título de "L'Aneto per tres bandes", de este modo daban cuenta de sus esquiadas en torno al *Monarca del Pirineo*:

"El Aneto por los tres costados. Como complemento del II Salón del Esquí, la *Secció d'Esports de Muntanya* organizó un ciclo de conferencias, la primera de las cuales fue por cuenta del responsable de dicha sección, Josep Maria Guilera, quien el día 2 de diciembre [de 1932] explicó tres ascensiones a la cima del Aneto [...]. La tercera parte de la conferencia consistió en el relato de una nueva visita con esquís a la referida montaña, en la primavera del año 1932, partiendo del chalet de La Renclusa. Además del ascenso al Aneto, los excursionistas pudieron subir, otro día, las dos cimas de la Maladeta Occidental, cuyas bellezas fueron ensalzadas por el conferenciante, así como las magníficas ocasiones que tuvieron de practicar el deporte del esquí. Una numerosa colección de diapositivas, procedentes de sus distintos compañeros, terminaron de dando un mayor interés a la detallada lista de excursiones por el macizo de la Maladeta".

El entorno del *Rey Pirenaico* constituiría uno de los epicentros de la rama montaraz de estas actividades invernales. Tal es así que uno de los grandes propagandistas barceloneses, Josep Maria Guilera, llevado por un comprensible entusiasmo, quiso incluir a las *pistas* de los Montes Malditos entre las mejores de su tierra... Desde el número 454 del *Butlletí de Centre Excursionista de Catalunya* (marzo de 1933), publicó un trabajo sobre "Catalunya, pays per als esquiadors" donde se leían estos párrafos controvertidos:

"Aquí debería de terminar la lista estricta de lugares de Cataluña, pero por hallarse en tierras catalanas [*sic*] de la Ribagorza aragonesa tenemos que incluir a La Renclusa por ser una obra y una propiedad del *Centre [Excursionista de Catalunya]*, y por ser los catalanes, hasta la fecha, los únicos [*sic*] que han sabido aprovechar las grandes condiciones que ofrece toda la región de la Maladeta hasta bien entrada la primavera. El viaje hasta Benasque por carretera no resulta más largo que otro al Pallars, y la existencia del Chalet de la Renclusa permite, previo acuerdo con su arrendatario, que pueda abrirse en pleno invierno para realizar allí una cómoda estancia [...]. Es este el momento de ponerse de acuerdo con las agencias internacionales de viajes, de movilizar los recursos a través de una propaganda inteligente, de establecer

servicios regulares de autobuses y precios de los *forfaits* para convencer a los esquiadores de todas partes de que los Pirineos pueden competir dignamente con el resto de instalaciones europeas en la práctica de los deportes de nieve, y que su temporada puede estirarse hasta bien entrada la primavera e incluso hasta en pleno verano (en el glaciar de la Maladeta), y que además de la nieve suficiente podemos ofrecer a los extranjeros unos paisajes sublimes y, por encima de todo, el prestigio de nuestro sol y de nuestro cielo azul”.

## 2.20. El multitudinario Aneto de 1934

El esquí benasqués le debe mucho a uno de los grandes enamorados de sus cumbres: Jean Arlaud. Desde los *Carnets* de este polifacético médico asentado en Toulouse se pueden seguir tanto las grandes *primeras* deportivas como las, digamos, pequeñas anécdotas que viviría en el valle... Por suerte, a uno de sus discípulos también le dio por anotar en otro cuadernillo estas peripecias pirenaicas. Así, la reciente publicación en dos tomos de los *Carnets de courses* (2012) de Maurice-José Jeannel, nos permite contemplar desde una nueva perspectiva las andanzas del clan tolosano durante los años treinta del siglo pasado.

Jeannel se inició en esta disciplina esquiadora un 20 de mayo de 1934, cuando partió hacia el sur desde Astau junto a Marie-Rose Domerc. Portaban los entonces llamados *esquís de glaciar*: unos tabloncillos de un metro y treinta centímetros de longitud. La campaña arrancarían con un tanteo previo desde Espingo al pic de Spijeoles, a pesar de que el riesgo de avalanchas era muy elevado. Tal es así que nuestro imprudente protagonista llegó a dudar que logran regresar al refugio ante las trazas de aludes a punto de caer que constataron antes de dar media vuelta.

Pocos días después, ya recuperados del susto, volvían a la carga en una montaña de la muga entre el Luchonnais y Benasque. Así resumía Jeannel sus peripecias del 23 de mayo de 1934 en los Crabiules:

“Al alba abandonamos Espingo con nuestros esquís cortos a la espalda. Nos elevamos por los roquedos de la izquierda del torrente del Portillon. Viendo que el valle de Literola estaba con muy poca nieve, dejamos nuestras tablas por encima del Lac Glacé [...]. Descendimos [de la cima de los Crabiules] siguiendo nuestras huellas de subida hasta los esquís. Enseguida, tras algunas desventuras, encontramos el refugio”.

Mayor difusión tuvo la siguiente experiencia de este novato con suerte. Fue en el curso de una relevante salida del *Groupe des Jeunes* a finales de 1934. Una aventura que quedó bien documentada por Jeannel, quien además de incluirla entre sus *Carnets*, la plasmó en artículos como “Le Néthou en hiver: Noël aux Monts-Maudits” (*Bulletin du Club Alpin Français Section Pyrénées Centrales*, febrero de 1935) o “Hivernale au Nethou (3.404 m)” (*Altitude*, 11, enero-febrero de 1948). Mucho tuvo que impresionarle a tan bisoño cronista sus evoluciones junto al maestro Arlaud.

Nuestros candidatos a las nieves ribagorzanas se reunieron en Toulouse un 23 de diciembre de 1934. La cuadrilla estaba formada por Jean Arlaud,

Roger Bastié, Georges Camps, Berthe Betty Chayla, François Dabos, Faury y el propio Maurice-José Jeannel. Una vez en Luchon, decidirían pasar a la vertiente meridional de la cordillera a través del puerto de Benasque. Por suerte para el septeto esquiador, con muy buen tiempo. De esta forma se realizó el viaje de ida, por lo que cuenta Jeannel:

“Para nuestro *Patrón* [Arlaud], un recorrido por los Montes Malditos en esta estación pertenecía al dominio de esas tradiciones que gustaba de repetir a través de los actos. Para nosotros, tres jóvenes de los que yo era el benjamín, con diecisiete años, se trataba de una tan bella como grandiosa aventura: similar a la que vivió el joven Arlaud cuando, en mayo de 1914, subió al Aneto con esquís tras las huellas del viejo [Louis] Falisse”.

Pero, como hacía frío, el escasamente nostálgico Arlaud se ocuparía de “hacerles entrar en calor a su manera, pues a pesar de las pesadas cargas les hizo apresurar el paso”. Situaremos sin más demora a la caravana francesa sobre la raya con España:

“Bruscamente, desde las frías sombras, emergimos hacia el esplendor invernal, con los Montes Malditos tintineando bajo un sol hermoso. Sobre una magnífica nieve polvo nos deslizamos hacia las ruinas de las cabañas de Cabellud. Tras un alto breve volvimos a salir, pues La Renclusa quedaba lejos: allá abajo, entre las sombras de una vertiente norte. Después de un duro descenso, atravesamos un Plan de Están que, con sus pinos achaparrados y cargados de nieve, parecía un paisaje del Gran Norte. Después subimos hacia La Renclusa, mientras las sombras caían desde los picos azulados. Cuando llegué, la puerta estaba ya desbloqueada y el fuego crepitaba. A pesar de la humareda invasora, el hogar se hacía simpático! ¡Y qué majo nos resultaba el cocinero [¿Arlaud?] cuando ponía a asar a la brasa una hermosa pieza de carne sanguinolenta! Cuatro españoles se nos unieron. Así, esta noche seríamos doce para compartir una cena a dos flancos”.

En este punto, parece interesante reproducir el curioso *Himno a La Renclusa Invernal* que entonó Jeannel. Resulta innegable que su juventud le permitía ver solo el lado romántico de aquel duro *raid* por las alturas benasquesas:

“Cabañas austeras, cabañas en los desiertos valles bajo la nieve: llegará el tiempo en que nos disguste vuestra rústica acogida, llegará el tiempo en que seremos esquiadores lo suficientemente rápidos como para preferir realizar en el día, partiendo de bases lejanas y más confortables, las ascensiones que en la actualidad realizamos en dos o tres jornadas. Pero, ¿podremos encontrarnos alguna vez, además de con los cabellos oscuros, con el perfume de nuestra adolescencia, los fantasmas de las amistades perdidas y la intimidad de una montaña que ya no es nada para nosotros? Cabañas que, como este atardecer de diciembre, tiemblan bajo los embates del viento que desciende por todo lo ancho de las montañas”.

Es hora ya de ver a los tolosanos en acción. El día 24 iniciaron diversas tentativas de cobrar cota hacia la Maladeta, desbaratadas siempre por cuenta del mal tiempo. A la vista del panorama, se formó un grupo que decidió descender hacia las “delicias de Capua [Benasque]”. Arlaud, Bastié, Camps y

Jeannel bajaron con sus tablas hasta el Hospital de Benás, en cuyas cercanías se encontraron con otro colega del CAF cuyas exóticas peripecias merecen ser traducidas, que no imitadas:

“Al final de la huella, nos encontramos con un camarada [Renoux] que debía de unirse a nosotros en Luchon y al que, evidentemente, ya no esperábamos. Con la mayor naturalidad del mundo, este casi principiante nos contó que, llegando al anochecer al Hospice de France, y viendo que el tiempo se estropeaba, *creyó prudente seguir avanzando [sic]*. Pernoctó en la cabaña del Homme, donde durmió bien gracias al edredón familiar, en satín rosa, que podíamos ver sobre su mochila. Si no había llegado más lejos, era porque a la mañana siguiente, poco después de pasar el Puerto [de Benasque], había perdido uno de sus esquís, que felizmente encontró de una pieza en el fondo del valle. Hacía falta mucho para sorprender a Arlaud. Pero esta vez estaba perplejo, y no sabía qué porciones de este asunto atribuir a la habilidad o a la inconsciencia. Mirándole por encima de sus gafas, le preguntó: *¿No pensaste [en la gélida cabaña del Homme] que corrías el riesgo de no despertarte jamás?* Entonces el otro le replicó con una dulce sonrisa: *¡Oh, no! Cuando tengo frío, siempre tengo temblores. ¡Eso me hubiera despertado!*”

Los galos continuaron hacia el sur, escondiendo los esquís cuando terminaron las últimas nieves. Con las primeras oscuridades, Arlaud y sus camaradas llegaban a su destino, donde les aguardaban las consabidas comodidades de la civilización:

“La Fonda y la buena viuda de Sayó, junto con Carmen, que nos trajo anís escarchado. La cena fue copiosa y bien regada. Después, hubo una velada con canciones en la cocina, en torno al gran brasero de cobre lleno de brasas”. Como se ha adelantado al inicio del capítulo, circulan varias versiones de estas Navidades de 1934. Así, podemos alargarnos un poco con otros apuntes sobre cómo fue el reencuentro entre viejos conocidos:

“El sonido de nuestros pasos sobre los adoquines [de Benasque] hizo salir a la tan bondadosa como anciana señora Sayó:

“–¡Madre mía! ¡Es el señor Arlaud! ¡Y ha venido por el puerto!

“Y nos abrazó. Primero sacó anís escarchado en grandes jarras, pues teníamos bastante sed. Después, todo cuanto uno quiso: verdura, tortilla, carnero, arroz a la valenciana, turrónes de todo tipo y color, en tanto que daba vueltas el porrón y corría por nuestras gargantas el chorro dorado del moscatel. Para finalizar, colocamos los pies sobre el gran brasero de cobre mientras cantábamos a la par que cascábamos unas almendras”.

Comenzaban así las tradicionales olimpiadas gastronómicas de los tolosanos, que se reanudarían a la mañana siguiente a través de un almuerzo en el jardín que fue acompañado con “moscatel, tinto, escarchado de anís y cigarros puros”. El día 25 tendrían poco trabajo, según narra Jeannel:

“¡Qué lejos parece el invierno cuando se almuerza en mangas de camisa en el jardín de la Fonda [Sayó], al pie de las pendientes peladas de la tuca del Chinebro, o cuando se divisa junto a los ancianos aragoneses pegados a las piedras cálidas de las casonas blasonadas del antiguo Benasque, frente a la roja barrera de la sierra de Chía!

“Esa noche hay una fiesta. Habrá que beber mucho para no molestar a nadie. Pues muchos se ofenderían si rehusáramos a beber con ellos, para luego romper la jarra contra el muro, bajo la mirada pacífica del tabernero. ¡Extraño y noble pueblo de las queridas montañas de Aragón que no puede perdonar la estupidez de las guerras pasadas que nos privaron de ellos!”.

Los esquiadores abandonaban la Fonda Sayó el 26 de diciembre, bien cargadas sus mochilas con provisiones. El retorno a su base de operaciones no fue tarea del todo sencilla a partir del Hospital de Benasque:

“La nieve comenzó a caer espesa, pesada y mojada. Bajo nuestras tablas se formaron unos zuecos enormes a pesar de las pieles [de foca] y de las ceras. Lenta y penosamente, avanzamos. Por fin, después de bastantes esfuerzos, descubrimos el techo de La Renclusa y, enseguida, un buen fuego, así como esa humareda cuyo recuerdo será inseparable de esta cabaña [de invierno]”.

Por una vez, el clima caprichoso del invierno no iba a impedir la ascensión más codiciada de todo el catálogo. El grupo galo se ponía en marcha hacia la cota 3.404 metros en la madrugada del 27 de diciembre, según nos sigue detallando nuestro cronista:

“El tiempo era espléndido y salimos hacia el Aneto. Arlaud marcó la huella, infatigable, y le seguimos en silencio. Poco a poco, las queridas montañas luchonesas surgían por el horizonte, desde los lejanos Posets [*sic*] y Crabiules hasta el más cercano Sacroux. Atravesamos el Portillón Inferior: la huella seguía sobre la blancura infinita del glaciar del Aneto. A ratos, alguna volada de aire hacía que lo recorrieran unas nubes de nieve en polvo que se frotaban sobre su superficie con rizos plateados. Algo después, realizamos un breve alto en el collado de Coronas, donde nos quitamos las tablas, marchando sobre la nieve en fieltro de la *Cúpula*. El Puente de Mahoma fue franqueado con facilidad, y terminamos reunidos junto a la torreta de piedra.

“Una gran paz nos poseía, pues habíamos realizado nuestro sueño. A pesar del frío intenso, permanecemos largo tiempo contemplando la grandiosa magnificencia que nos rodeaba, en mitad del círculo de unos Pirineos que se elevaban por todos los costados, en una abundancia difícil de numerar [...]. Algunas ráfagas alzaban pantallas de nieve polvo y hacían vibrar las extrañas floraciones de hielo que se colgaban al rudo granito del Puente [de Mahoma]. Una bruma transparente flotaba sobre los ibones helados de Llosás... De inmediato, fue preciso descender hacia esas sombras que recubrían La Renclusa, hacia el refugio”.

Después de tantos *gatillazos* en el Aneto invernal, bien que se lo habían merecido. Jeannel quiso entretenerse, por lo demás, con unos apuntes sobre cómo discurriría su bajada con tablas:

“Durante el camino de regreso, para nosotros sembrado de pérfidas emboscadas, tuvimos bastantes problemas para seguir a Arlaud, de quien admirábamos sus virajes sobre los bastones. No obstante, nuestros esquís poco dóciles terminaron por dejarnos igualmente ante la puerta del refugio. Pensábamos que la montaña invernal no sería nada si le faltara el descenso”.

El 28, la mañana les obsequió con una tempestad por las alturas, cubiertas con grandes oleadas de nieve que parecían querer enterrarlas... Aun con todo, hubo actividades en torno al refugio, pues "mientras los puristas hacían prácticas, los demás dormían o se calentaban los pies". En cuanto a esos ejercicios de mejora en la técnica de descenso, no dejaron de mostrar cierto pintoresquismo:

"Hicimos un poco de escuela de esquí. ¡Los oscuros secretos de la cuña y del [giro de] *stembogen*! Y no hablemos del [giro de] *christiania*: creemos que será bueno para los campeones e incluso para las pistas atestadas. No estuvimos demasiado tiempo con estos ejercicios de estilo, pues pronto nos envolvieron los grandes torbellinos que el viento alzaba para abatir sobre nosotros".

Con el anochecer, dos esquiadores más subieron desde Benasque: un catalán y un germano, ambos bien "frigorizados", según constataron los galos. El recorrido, con desvío hasta Barrancs, les había costado tres jornadas de foqueos y dos vivacs en la nieve... Al día siguiente se decidió volver a Francia por La Picada, dado que la comida escaseaba y la tempestad campaba a sus anchas por las alturas. El mal tiempo impediría cualquier salida. Así, se consideró la opción de retornar por Benasque y Canfranc. Para su abandono de esta "vida de esquimales", no quedó más remedio que una huida a la luz de las estrellas, aprovechando cierta calma del 30 de diciembre:

"Salimos en mitad de la noche, deslizándonos hasta el Plan de Están, hundiéndonos hasta los muslos. Amanecía cuando alcanzamos dicho llano, y la caravana de *extranjeros* [el alemán..., ¿y el catalán?] bajó hacia Benasque. Las aristas y la cumbre de la Maladeta enrojecieron violentamente con el alba, mientras se ponían rosados el Perdiguero y el Mall Pintrat. Turnándonos para hacer las huellas, ganamos La Picada bajo un bello sol y subimos su Tuca [de La Picada (2.594 metros)]. Había vistas magníficas de una cadena que brillaba bajo una espesa capa de nieve fresca".

### **2.21. Madrileños sobre los dos Gigantes**

En vísperas de la Guerra Civil, el esquí vivió un momento de auge que tardaría varios lustros en recuperar. Los nuevos materiales y equipamientos, los populares concursos y la difusión desde los cada vez más potentes clubs hicieron mucho por el *deporte blanco* en España. Una actividad que cada vez contaba con más practicantes entre las clases medias... Hasta bien avanzados los años treinta, las *tablas castellanas* no prodigaron en exceso por las cimas pirenaicas. Eduardo Schmid explicaba este fenómeno desde su estudio sobre el "Alpinismo sobre esquís" de 1933:

"Si los catalanes los aventajaron [a los esquiadores madrileños en los Pirineos], eso es debido a la gran distancia que separa la capital de España de la más importante y de la más hermosa cordillera de la Península".

Sin embargo, algunos colosos pirenaicos tenían un gran tirón para convocar a los más hábiles con los tablonos. Acaso tras leer a su consocio Schmid, el trío formado por Enrique Herreros, José Mato y José del Prado se

preparó para recuperar el tiempo perdido. Una aventura que aparecería, un tanto camuflada, dentro del artículo sobre "Camping de invierno. Macizos pirenaicos de Posets y Montes Malditos", publicado en el número 243 de la *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara* (marzo de 1934).

El viaje desde el centro de España hasta la nieve ribagorzana brindó sus propias dificultades por los quinientos ochenta kilómetros de esas carreteras de entonces: tras abandonar Madrid en coche a las 21:30 h, desayunaban en Graus y arribaban a Benasque a las 11:00 h. Los *peñalaros* se situaron en la Capital del Alto Ésera un 8 de febrero de 1934...

Abandonarían Benasque dos horas y media después, "acompañados por los buenos consejos y recomendaciones de estos pacíficos moradores pirenaicos". Hacia las 16:30 h, los sobrecargados esquiadores comenzaron a pisar manchones de nieve. Como no lograron llegar al Hospital de Benás antes de que cayera la noche, optaron por plantar la tienda en un bosque, sobre los 1.580 metros de cota. Según sus registros, durante este vivaqueo las mínimas fueron de -5° C en el exterior, y de 4° C en el interior de su lona. A la mañana siguiente, poco más allá del Plan de Están, el dominio de la nieve sería total:

"Describir la sensación de hollar por vez primera la nieve virgen de la alta montaña, oyendo solamente el crujido de la misma bajo el peso de nuestros esquís y escuchando nuestra propia respiración, es para nosotros imposible".

Cargados como marchaban, los madrileños tardarían lo suyo en acceder a La Renclusa. Eran las 16:00 h y ya anocheaba. En la casona les esperaba una sorpresa poco grata:

"Frío, mucho frío, pero ya tenemos trabajo para entrar en reacción: el refugio está bloqueado completamente y empleamos dos horas largas en hacer callejón de entrada y despojar la chimenea de grandes estalactitas de nieve polvo que allí encontraron acomodo. Preparando la próxima jornada nos dan las 21:00 h: *¡A dormir!*, nos decimos".

Durante los tres días que siguieron, nuestros *peñalaros* realizaron varios ascensos por la ruta de los Portillones, ya con crampones, ya con esquís. Siempre, con el frío extremo como gran protagonista. Mientras que en el exterior del refugio se registraban temperaturas de -15° C, dentro del refugio rondaban los -4° C. Las sensaciones estuvieron a la altura del decorado:

"Los descensos en esquís, levantando a nuestras espaldas torrentes de polvo huracanado y aquel que realizamos en plena oscuridad desde Maladeta a La Renclusa, pleno de emociones y detalles cómicos, las ascensiones a Maladeta, Aneto y Paderna, los descansos en los collados y la contemplación de aquel caos de picos bajo nuestros pies, que nos parecían fieles y sumisos súbditos, y luego al retornar al valle se nos antojaban terribles gigantes que nos amenazaban con la destrucción".

Mejor nos detenemos en su salida buena rumbo a las cumbres del Aneto y de la Maladeta. Esta última cima, una posible *primera* con tablas que varios grupos habían tentado previamente:

"A las 6:30 h del día 10 [de febrero de 1934] partimos en esquís desde La Renclusa. En amplios zigzags ascendemos en tres horas y media al Portillón

Alto. Lo pasamos sin esquís, y con ellos otra vez cruzamos el glaciar hasta el collado de Coronas en hora y media. Aquí nos ponemos los crampones y fácilmente subimos hasta la cumbre en cuarenta minutos. El paso [Puente] de Mahoma o *Malcornet* (al decir del distinguido pirineísta José Luis Mas, que reclama para ese paso este nombre como el más auténtico en su artículo aparecido en el número 241 de esta revista) [por un error de imprenta], aparece completamente limpio de nieve y hielo en exactas condiciones que en verano. Enrique, a la media hora de trabajos forzados, logra desenterrar el buzón y firmamos [...]. Descenso al collado de Coronas, diez minutos. Otra vez sobre esquís, empleamos veinticinco minutos en llegar al collado Maldito, donde nuevamente en crampones cruzamos al lado oeste y, pegados a la cresta, ascendemos a Maladeta, tardando en ello hora y quince minutos, pues el estado de la nieve, muy suelta, nos ha impedido avanzar a la medida de nuestros deseos. A las 16:00 h en la cumbre, pero en ella no podemos estar más de un cuarto de hora. Se va el día poco a poco y nos queda aún mucho que descender. Por el mismo camino, descenso al collado Maldito en cuarenta minutos. En un santiamén nos ponemos los esquís y vamos rápidamente hacia el Portillón. Lo cruzamos con grandes precauciones por causa de la nieve helada y su gran pendiente. De noche ya, comenzamos el descenso a La Renclusa. Por eso hemos tardado en realizarlo hora y media, lo que no dudamos se hará cómodamente en treinta minutos escasos a la luz del día”.

En la jornada del 13, debido al fin de sus vituallas, se vieron obligados a retirarse hacia Benasque. Muy previsora mente habían dejado un depósito de comida en el Hospital. Iniciaban así la segunda parte de su *raid*, que les llevaría al valle de Estós. La noche les sorprendió montando su tienda en los bosques de Batisielles. Al día siguiente les esperaba el *Virrey del Pirineo*, que alcanzaban con el auxilio esencial de los crampones, más que de sus tablas, a las 15:00 h. Misión cumplida: Del Prado, Herreros y Mato podían regresar a Benás. Allí cumplirían el trámite de “en la Fonda Sayó, mientras se devoraban unos cuantos platos, pasamos ante nosotros la película de la excursión”. Amén de detenerse al paso por Zaragoza para “saludar a los buenos amigos de *Montañeros de Aragón*”.

## 2.22. Incursiones por la muga

Resulta interesante buscar de nuevo la compañía de Maurice-José Jeannel, autor de los *Carnets de courses 1. Dans les pas de Jean Arlaud* (2012). Un activo montañero que se especializó en los recorridos con tablas por las montañas de la divisoria. Tras su debut del año anterior, regresaría a la línea de aguas un 15 de abril de 1935:

“Al mediodía, subimos con los esquís en la mochila hacia el collado de Literola, con mucho sol. Las rocas de los Crabiules eran excelentes y estaban del todo secas. La escalada resultó muy fácil y no recordó en nada a la del 23 de mayo de 1934. El descenso se realizó por la izquierda de la Coume. Hubo una nieve de primavera excelente”.

A continuación, este joven del *GDJ* se instalaba en el refugio de Espingo, desde donde retomó sus actividades con las dos tablas. El 18 de abril, volvía a cobrar cota hacia las crestas del sur:

“La tempestad de viento prosiguió durante toda la mañana. Desde Quayrat y Lézat volaban cortinas de nieve en polvo que se deslizaban por la Coume. Pero, de pronto, todo se detuvo y el viento cesó. A las 15:00 h, dejamos las cabañas, subimos a la Tusse, bajamos por la depresión del pluviómetro y ascendimos hacia el Seilh dera Bacquo. El glaciario, que tintineaba al sol, se recortaba sobre el fondo azul del cielo. Nuestros esquís rechinaban sobre la nieve en polvo y, sin cansarnos, subimos. Finalmente, se ganó la cima [Oeste del Seilh dera Bacquo], con su capucha de nieve, donde emergía una vara de madera... Eran ya las 17:30 h y las sombras se alargaban sobre la nieve fresca. En una mezcla de varios planos, se fundían las puntas de Batisielles, Perramó y las tucas del Chinebro. Cercano en su noble aislamiento, surgía el viejo Posets. Polvareda de los horizontes en la calma invernal de la tarde. Más que durante una invernal, dado que estábamos en abril, la montaña guardaba todavía su silencio puro y su paz nival, ganando además una alegría latente, una especie de sonrisa que lograba que el aire fuera más dulce, acaso todavía embalsamado con los efluvios del verde valle, que florecía y murmuraba con sus mil arroyos. El descenso resultó delicioso sobre esta nieve fina y en capas, que se volteaba con los virajes y..., con las caídas”.

Mas los escasos periodos de buen tiempo había que aprovecharlos; de un modo muy especial, durante estas campañas invernales. Por ello, el 19 de abril vería a Jeannel de nuevo en pie de guerra sobre sus tablones:

“Partí en solitario hacia los Gourgs Blancs, pero una espátula, dañada en la víspera sin que lo supiera, cedió en el Lac Glacé. Intenté entonces subir al Lézat, pero fracasé. Por otra parte, el viento se reinició y los contornos de las crestas se tornaron irisadas con el sol. La nieve en polvo volaba, el viento crecía y cuando, después de un último vistazo a las cerraduras del refugio, partimos, lo hicimos bajo grandes ráfagas. Dormimos en Espingo, pero el viento, siempre violento, sacudió el dañado refugio”.

### **2.23. Foqueos nacionales en el sector de Castanesa**

Una de las páginas más interesantes del esquí pionero en la Alta Ribagorza fue la exploración realizada por los deportistas de Barcelona en el sector de Castanesa. Justo donde, más adelante, se montaría la estación de esquí alpino de Cerler. Albert Oliveras i Folch explicó el itinerario de su grupo desde el *Butlletí* número 481, correspondiente al mes de junio de 1935. Atendiendo al artículo “De Benasc a La Renclusa per Castanesa-Llosàs-Aneto”, nos deslizaremos junto a los activos *skimen* del *CEC*:

“Conjuntamente con la expedición de Semana Santa a La Renclusa, tres compañeros dejamos Benasque a las 8:10 h. Por un camino de caballerías llegamos a [el pueblo de] Cerler/Sarllé en cuarenta y cinco minutos. Continuamos el camino por el valle del Remáscaro a una altura regular del río, que iba reduciéndose a medida que se adentraba. A la media hora el camino

marchaba por el borde del agua, tumultuosa por el deshielo. Un poco más arriba atravesamos la corriente que bajaba del cuello de Castanesa, para seguir el camino que subía hacia el cuello de Basibé, adonde llegamos en unas dos horas. Cruzado dicho collado, el camino descendería hasta las bordas de Castanesa, situadas en mitad de una región desértica de tierras oscuras y aspecto muy desnudo. No había ningún rastro de pastoreo ni de traza de arbolado.

"La arista que iba desde el cuello de Basibé hasta la cumbre de Castanesa estaba recortada por el lado de levante, pero era suave por el de poniente, aunque no permitiría que usáramos los esquís por su fuerte desnivel hasta llegar cerca del llano superior, de más de un par de kilómetros de longitud, con la cumbre en medio. Del collado a la cumbre fueron dos horas largas y monótonas. La vista era excelente, con un panorama circular muy interesante. Los macizos de Posets, Maladeta, Montardo, Gallinero, Turbón y Cotiella pasaban revista a unas distancias apropiadas para estudiarlos tanto en conjunto como también al detalle. Con nieve nueva y en cantidad suficiente, la vertiente que traía sus aguas al Ésera tenía que ser muy apropiada para hacer largas esquíadas, así como a las montañas del Gallinero, el Cogulla y los llanos altos de Cerler, a relativa corta distancia de Benasque, porque presentaban superficies orientadas hacia el oeste y el norte. Desde la cumbre de Castanesa había que bajar unos doscientos metros hasta el cuello del mismo nombre, por donde pasaba el camino que en verano hacía cambiar de región entre Ballibierna y Castanesa. El terreno era suave y ondulando, pero acaso por el viento o por el color excesivamente oscuro de la piedra, la nieve no se aguantaba y los esquís dejaban de ser un cómodo medio de locomoción para convertirse en un nuevo estorbo. Sobre todo, después de llevar una considerable cantidad de horas de pesada marcha. Todavía hubo que remontar por una cresta y bajar hasta un collado antes de hacer la última subida de este recorrido hasta la cumbre de la Tuqueta Blanca, ya ante la región de Llosás, que nos esperaba encerrada entre altivas paredes, muy agradable entre sus pinares y abetos, y entre los rellanos de los estanques y los cursos de agua. Fueron dos horas hasta la cumbre.

"La coma entre la Tuca Blanca y la de Arnau estaba helada y mostraba una pendiente muy pronunciada para abordarla al final de la jornada. Era preferible bajarla a pie hasta pasar el primer resalte de roca. Entonces una esquíada en *slalom* entre paredes laterales nos llevó rápidamente desde los 2.600 hasta los 2.100 metros del fondo del valle de Ballibierna. Todavía hizo falta una corta remontada para encontrar la cabaña de Llosás, un lugar tan apropiado como único para pasar la noche sin todas las inclemencias de una noche al raso. Decimos *sin todas*, porque aún conservaba algunas.

"La barraca estaba rebotante de nieve, un poco endurecida. Una hora de trabajo incesante redujo la altura de este material, poco recomendable para dormir encima, hasta un palmo y medio. Los esquís atravesados, unas ramas de pino, papel, ropa de repuesto y el saco vacío hicieron de colchón que aisló del frío inferior, pero el agujero de la entrada, demasiado propicio a igualar la temperatura interior con el exterior de -12° C, evitó la buena propaganda que

ahora se podía estar haciendo en caso de haber dormido en buenas condiciones y con un resultado decoroso.

“En cuanto se hizo nuevamente de día constatamos que la segunda noche pasada sin cerrar los ojos –la primera noche la pasamos de viaje, en el automóvil–, no preparaba demasiado adecuadamente para las grandes ascensiones. Empezamos temprano la segunda jornada. El valle de Llosás alto, hasta el ibón inferior, que estaba totalmente disimulado bajo la nieve que hacía montañitas donde no había más que agua en verano. A continuación, por la pequeña coma que daba a la brecha inferior de Llosás, y después, en líneas desiguales, ganando estatura hasta las brechas superiores de Llosás. Elegimos la del medio, que era la mejor por ambos lados, para pasar a la región del glaciar de Coronas. Arrimados a la cresta, seguimos una línea ligeramente curvada que subía de forma suave hasta debajo del mismo collado de Coronas, que hubo que atacar de frente, a contra viento, lo cual echaba la nieve del Aneto hacia Coronas. Este año la montanita de nieve del collado de Coronas, una originalidad clásica de este lugar, era más grande que nunca. De aquí a la cumbre del Aneto, el camino se hizo junto al grueso del grupo [del CEC que había subido por La Renclusa], lo mismo que la vuelta por La Renclusa”.

El artículo de Oliveras incluía los horarios de esta travesía. Así, el primer día dejaban Benasque a las 8:10 h, para situarse en Cerler a las 8:55 h, donde descansaron antes de atacar las rampas del collado de Basibé, que alcanzaban a las 12:00 h. A través de la cresta de Castanesa hollarían el collado de igual nombre sobre las 16:15 h. A las 15:00 h nuestros esquiadores ganaban el pico de Castanesa, donde pararon media hora antes de iniciar el descenso hacia una cabaña de Llosás en la que se cobijaban a las 18:35 h. En cuanto a la segunda jornada, arrancarían a las 6:20 h para emplazarles en el ibón inferior de Llosás (7:05 h), la brecha superior de Llosás (9:35 h), el collado de Coronas (11:30 h), la cumbre del Aneto (12:15 h) y, finalmente, el refugio de La Renclusa (15:00 h).

## 2.24. Viaje al País del Invierno

A pesar de sus periódicas ascensiones al Aneto, parece que los socios de *Montañeros de Aragón* no frecuentaron demasiado el Alto Ésera en invierno, prefiriendo a cambio los valles de Canfranc y Tena. Por cuestiones de mayor facilidad en los desplazamientos, que no por otra cosa. Durante la primera mitad del siglo XX, el territorio ribagorzano fue un feudo de los esquiadores franceses y catalanes: la cuna del *deporte blanco* en Aragón quedó un tanto abandonada por sus propios paisanos... Al menos hasta 1936, cuando cierto grupo de origen poco claro realizó un tímido tanteo. Uno de sus participantes, Mariano Ripoll, a pesar de ser novato en estas lides, se ocuparía de transmitirnos sus impresiones. Este posible benasqués las sirvió desde el número 128 de la revista *Aragón*, dentro de ese “Viaje al país del invierno” publicado en mayo de 1936. Arrancaba con una reveladora declaración:

“Se alborota la quietud de la Villa [de Benasque]: unos enormes autocares vomitan abigarrados grupos y descargan voluminosas

impedimentas. Hay voces, órdenes, discusiones, ajeteo. Me acerco y les pregunto de dónde vienen y adónde van.

“–Venimos de la Primavera. Vamos hacia el Invierno.

“La contestación no puede convencer a quien conozca la sucesión de las estaciones. Pero ellos, convencidos, preparan mantas, sacos y esquís, y marchan alegremente por la ruta del norte.

“Al día siguiente viene otra pequeña caravana con los mismos preparativos y con idénticas intenciones. Rápidamente me proveo de mochila, manta y esquís, y me uno a la partida”.

El texto de Ripoll no aclara apenas nada. De su lectura puede deducirse que se trataba de un habitante de Benasque y que, dada la inserción de su artículo dentro del apartado de *Montañeros de Aragón* en el órgano del SIPA, sus camaradas de foqueo podían ser *maños*. Al menos un tal Fredes y cierto Ballarín (el último apellido, muy de la zona), firmaron las imágenes que ambientaban dicho trabajo... Sea como fuere, seguiremos estas peripecias (hipotéticas) del cripto-esquí aragonés a partir de su encuentro con el nevazo:

“Ahora ya no ha de faltar nieve abundante y nos tenemos que calzar los esquís. Subimos, subimos sin cesar. Llegamos al maravilloso Plan d’Estancs [*sic*], o Llano de los Estanques, en el que las aguas detenidas forman un hermoso lago en el que se reflejan las nieves de las orillas. Lo bordeamos y seguimos subiendo. No falta quien ya desmaya. Tras de nosotros, allá abajo, solo nieve. El desaliento hace experimentar dudas pueriles. Dudamos si llegaremos a alguna parte. Poco a poco notamos que el tiempo se hace frío. Primero hay que ponerse un jersey, luego otro, luego el impermeable. Comienza a nevar. Primero caen unas ligeras pavesas, después caen más deprisa. Finalmente se hacen pequeñas y duras y azotan la cara como *granos de arroz*. Hemos llegado al Invierno. Las piernas se niegan a seguir. Pero hay que seguir. Y, de pronto, al doblar una loma, surge de la blancura de la nieve el gris negruzco de un techo de pizarra. Un empujón más y llegamos. Hemos encontrado un oasis en el desierto de nieve. Y así como los caminantes del desierto tórrido se lanzan al agua, nosotros nos lanzamos al fuego”.

En el refugio de La Renclusa de los años treinta del siglo XX se podía respirar un ambiente de esquí en estado puro. Vamos a sumergirnos un poquillo en él, siempre de la mano de Ripoll:

“La sala comedor está vacía, pero en las mesas hay grandes preparativos. Sigue nevando con furia y a través de los cristales aparecen las primeras sombras del crepúsculo. De pronto un bólido extraño craza ante las ventanas y va a detenerse junto a la puerta del chalet. Enseguida otro, y otro, y otros. Al momento la sala se llena de voces y ruido, y las cercanías de la estufa de botas, calcetines, guantes y pieles de foca. Se encienden las luces y salen los humeantes platos. Mientras se cena con apetito aterrador y pantagruélico, observo a los excursionistas, que compaginan la incesante deglución con calurosos comentarios de las incidencias de la jornada. Hay tipos de todas clases. Desde el eufórico mocetón, ancho y mofletudo, cuya cara brillante refleja la expresión intrascendente del esquimal, hasta el señor

ceñudo que parece encontrarse aquí por equivocación [...]. Tampoco falta alguna dama, cuya presencia constituye una nota simpática de la reunión.

"Pues bien, todos estos hombres [y mujeres] que aquí se encuentran, han abandonado por unos días las comodidades y la temperatura primaveral de la urbe para, cabalgando en el par de buidas maderas de los esquís, recorrer estos paisajes de ensueño, lentamente en las subidas y con vertiginosa rapidez en los descensos. Por eso, por el romanticismo que supone el abandono de la blandura ciudadana para ir a buscar las inclemencias del tiempo a cambio de la emoción y la belleza y por el homenaje que rinden al santuario abandonado de la montaña nevada, sin temor a fríos, ni ventiscas, ni peligros, yo les llamo los *Caballeros [y Damas] de la Nieve*".

Era ya tiempo de ir a descansar, pues lo más duro estaba aún por llegar. La mañana siguiente, a pesar del tiempo inseguro, se tentaría un ascenso con tablas que no llegó a especificarse. Acaso, al *Monarca del Pirineo*. Devolveremos aquí la pluma a Mariano Ripoll:

"A las 5:00 h comienza el movimiento. No es que se vaya a salir muy temprano, pero hay que hacer muchos preparativos: arreglar las mochilas, repasar las cuerdas, encerar los esquís, colocar las pieles, engrasar las botas. El tiempo, aunque frío, no parece estar muy mal. Yo también me dispongo a salir, aunque con los esquiadores más modestos. Vamos subiendo en zigzag hacia el glaciar del Aneto. Pronto el chalet de La Renclusa parece una casita de juguete. Subimos más y las nieblas aparecen sobre la frontera francesa [...]. A pesar de esto y de la nieve que empieza a caer, molestando bastante con sus consabidos *granitos de arroz*, seguimos la marcha hasta el Portillón inferior, de donde se pasa al glaciar del Aneto. Pero allí el viento, helador, es fuerte, la nieve azota con furia y la niebla sigue tejiendo y destejiendo sus velos, por lo que se hace precisa la vuelta. Y aquí viene lo bueno. Hasta ahora, subiendo, todo ha ido bien, salvo el cansancio.

"Pero, ahora, hay que bajar, ino vemos sino una ladera muy blanca y muy empinada, y en nuestros pies, bien atados, unos artefactos que no están dispuestos a estarse quietos, sino que, como fogosos caballos, quieren lanzarse rápidos por la pendiente. Y, como no hay más remedio, entorno los ojos, doblo –o se me doblan– las piernas y *arranco*. Enseguida empiezo a ver cómo los *granitos* del suelo van marchando hacia atrás; luego noto el aire que me da en la cara... Ya no veo las arrugas de la nieve... Ahora parece que el suelo *sube* hacia mi cabeza y, efectivamente, tanto sube que me veo dando volteretas y envuelto en el *sólido elemento*. Pongo en orden las piernas, hago recuento de miembros y, viendo que no falta ninguno, me pongo en pie. Dejando el miedo en el hoyo de la caída, sigo marchando hacia abajo con los nervios en tensión y la vista atenta, cosa que de poco me sirve, porque donde parece haber llano hay bajada, y cuando parece bajada se llega y se está subiendo. Finalmente enfilo la dirección del chalet, paso, sin tiempo a saludar, junto a los que allí están, y al fin, al iniciarse la subida, los endemoniados trastos pierden velocidad y paran. Miro hacia arriba, veo dónde estaba hace un momento, y no me desmayo porque hay señoras y no está bien".

Pero el tiempo de las tablas civiles ya terminaba. Muy pronto, los únicos esquiadores que iban a recorrer las laderas meridionales del Pirineo serían los militares, fusil al hombro. Todo cambiaría de un modo rotundo tras la contienda entre españoles...

## 2.25. Esquí galo en una España convulsa

Serviremos una tanda más de esos apuntes que Maurice-José Jeannel tomó en su día, ahora publicados en los *Carnets de courses 1. Dans les pas de Jean Arlaud* (2012). Permiten seguir de cerca algunas de las actividades de los deportistas tolosanos durante unos años especialmente duros para sus vecinos del sur. Se puede iniciar esta nueva recopilación en el mes de febrero de 1936, con las consideraciones de nuestro cronista sobre las prácticas *en pista* de los esquiadores de montaña:

“Durante dos meses me he conformado con ir a Superbagnères [donde había un tren de cremallera], practicando el *descenso puro* de competición. Pero han sido cosas modestas. El único beneficio que he obtenido en ello es una técnica de esquí más segura, que ciertamente será preciosa en la montaña invernal. Sin embargo, a pesar de sus pendientes enjabonadas, onduladas, cosidas por las huellas e infestadas de novatos no he logrado olvidar las montañas puras, austeras y silenciosas donde solo el viento entona su dulce canción y el sol no ilumina sino las trazas sobre la nieve polvorosa de los sarrios y de las perdices nivales”.

Dicho y hecho. El plato fuerte de aquella *temporada blanca* tan colmada de malos presagios sería una campaña con esquís por los Montes Malditos. Se iniciaba el 10 de abril por el lado del Luchonnais, en grupo numeroso:

“Arsène [Pouech], Juliette [Péré] y yo subimos en coche hasta el Hospice [de France]. Hacía un tiempo espléndido. Será una jornada bella para trasladarse hasta La Renclusa. Tomamos el sendero de La Frèche y del Palo de Mitches. Tenía nieve dura, pero pudimos subir bastante cómodamente por la tierra y los herbazales de la orilla derecha. Sobre la cornisa, la nieve helada nos permitió pasar sin calzarnos las tablas hasta las lagunas de La Frèche. Pero aquí, la costra aventada, en polvo, cedería, y los esquís resultaron necesarios. Robert [Dartigues] y Mimi [Saint-Paul] aparecieron y se reunieron con nosotros a pesar de que salieron con una hora de retraso. Pasamos la cornisa de La Picada y subí a la Tuqueta, desde donde contemplé los Montes Malditos y Posets, amenazadores bajo un cielo plomizo. Todos reunidos, descendimos hacia el Plan [de Están]. La Costera aparecería con nieve de primavera húmeda. Sin demasiadas dificultades, llegamos al arroyo, cerca del cual almorzamos. Recogimos las pieles [de foca], atravesamos el Plan [de Están] y subimos hacia La Renclusa. Hacía demasiado calor. En cuanto llegamos, fuimos saludados por los bravos Pepe, Jaime, José y Antonio [¿benasqueses? ¿con tablas?]. Un poco de esquí para terminar la tarde. Después nos instalamos en el refugio de invierno, donde estábamos como en nuestras casas, dejando a los demás un refugio de verano invadido”.

Al día siguiente, 11 de abril, la climatología no iba a permitirles la menor actividad por el exterior. Jeannel lo resumiría como "tiempo malo; por Paderna, subimos a la punta Oeste del glaciar de la Maladeta y descendimos entre las nieblas". La tercera jornada de esta campaña tampoco se mostraría propicia. Así y todo, los galos quisieron aprovechar el tiempo con un objetivo considerado un tanto secundario:

"A pesar del clima incierto, decidimos intentar el Mulleres, sin grandes esperanzas de éxito. Pasando el collado de La Renclusa, atravesamos Aigualluts y ascendimos por la izquierda de La Escaleta. Los corredores resultaban fáciles gracias a que la nieve los nivelaba... Por las lagunas y la meseta, logramos nuestra meta sin la menor dificultad. Nos quitamos las tablas a unos metros de la cumbre [de la tuca de Mulleres], rematamos el ascenso por unas nieves y rocas fáciles. Gruesos nubarrones peinaban el Aneto, pero, a pesar de todo, las vistas eran sublimes. Desde el Hombro [o Épaule] del Aneto al pico de Soubiron, las altas cimas de las Tempestades, del Margalida, del Russell y del Ballibierna ofrecían, bajo la nieve, una fisionomía polar. Uno pensaba en las expresiones *russellianas*: los desiertos de Siberia, los hielos de la Patagonia... El silencio barría unas montañas congeladas... Y, bien lejos, hacia abajo, en mitad de sus praderas, aparecía el Hospital de Vielha. Magníficos descensos directos sobre las nieves en polvo de estas altitudes. Después de las lagunas, por desgracia, no había sino nieves pesadas y empapadas sobre las que debimos sufrir hasta La Renclusa".

El 13 de abril, de nuevo recibían la visita del mal tiempo. Para no perder la jornada, se impuso realizar un viaje a por vituallas hasta la Villa más cercana:

"Nieva con grandes copos. Así pues, descendimos hasta Benasque. La nieve era buena. Dejamos en el Hospital [de Benás] la mitad de nuestras mochilas. El tiempo resultaba gris y frío, pero la nieve llegaba hasta Cubera. La mujer de Pepe y la dueña del albergue de Benasque me invitaron a tomar una copa. La madre de Sayó y Teresita, Carmen y Asunción, me acogieron en la Fonda [Sayó], siempre tan amables.

"A las 4:30 h [del 14 de abril] salimos de Benasque con una reata de caballerías conducida por Ángel, el mulero. Nos esmeramos para aprovechar los caballos [...]. Estos hallarían fuertes dificultades en unas zetas cubiertas por una avalancha. Se portaron muy bien, pero estuvieron a punto de desazonarse. Aunque hundidos hasta las rodillas en la nieve polvo, los llevaron valientemente hasta el Hospital [de Benasque]. Un intento de practicar el *skijöring* detrás de un macho recalcitrante [que debía de arrastrarle tras una cuerda] me valió un buen golpe en la rodilla. Tras detenernos una hora en el Hospital, salimos a las 9:00 h. Calor asfixiante hasta La Costera. Luego, con el viento y las nubes, el tiempo se refrescó. Pasamos La Picada con viento bueno del sur. La nieve aparecía esculpida y taladrada, y el mal tiempo apareció, ya en serio".

No se pudo completar ninguna otra ascensión, y el grupo regresó al Luchonnais. Seguidamente, estalló una Guerra Civil en España... Aun con todo, a mediados de agosto de 1936 Jeannel lideraría cierta caravana de montañeros

que visitó el Alto Ésera. El ambiente en La Renclusa era muy distinto al de pocos meses atrás, durante la *temporada blanca*:

“Encontramos allí a todo el cuadro familiar de los Sayó, quienes, casi se podía decir, formaban parte del macizo [del Aneto]. El refugio estaba casi desierto, con los españoles matándose entre sí y los franceses con miedo. Todos aquí, incluyendo a los mulos, enarbolaban los colores marxistas, a disgusto, por otra parte. Y, en Benasque, el frente rojo asesinaba... Pero, en la tranquilidad del refugio de invierno, temíamos poco a la guerra, y la paz nocturna de los Montes Malditos hacía que olvidáramos las pobres agitaciones de más abajo”.

El conflicto entre hispanos iba a estar muy presente durante las siguientes marchas de los deportistas de Toulouse. Algo más adelante, Jeannel contemplaba esas montañas ribagorzanas donde tantos proyectos de escalada tenía en mente, encogiéndose de hombros para exclamar: “¡Y resulta que ahora los españoles se revolucionan!”. Como él mismo añadió en su diario, ya regresaría más adelante...

Durante los tres inviernos de conflicto, los esquiadores de la vertiente norte se conformaron con deslizarse, todo lo más, por las palas de la muga fronteriza. Así, Jeannel iniciaba la nueva campaña en Oô, el 24 de abril de 1937:

“Con los esquís de glaciario, los piolets y los crampones. Por la tarde nos instalamos en las habitaciones del nuevo refugio [de Espingo, recién reconstruido]. Todo este lujo no hizo sino más penoso el levantarse por la noche. A las 4:00 h [del 25 de abril] salimos con el resplandor difuso de las pendientes de nieve. El viento del sur había impedido que la nieve se helase en bloque. Mis esquís de glaciario, provistos de cuerda [enrollada a las tablas, como *antiderrapante*] subían bastante bien. Los amigos sufrían. Robert [Ollivier] trazó la primera mitad de la huella, y yo hice la segunda. Me calcé los crampones en el rellano del embudo. El cielo se estropeó y sus brumas se deshicieron bajo las voladas del viento del norte. Robert, Mimi [Saint-Paul] y yo proseguimos nuestra ruta hacia el Seilh dera Bacquo por el flanco noreste de la Tusse de Montarqué. Eran pendientes muy ásperas, con la nieve en capas sobre una costra muy dura. En la hondonada del pluviómetro todo resultaba invernal. Amplias laderas compactas e inclinadas acudían hacia el lago: las paredes, desde el Portillon hasta el Seilh dera Bacquo, resplandecían de blancura bajo un cielo ahora radiante. Las largas fumarolas de la bruma, aspiradas por el aire cálido de la vertiente española, se deslizaban a lo largo de las paredes y se disipaban sobre las crestas. La pendiente pura de la cúpula glaciario estaba ahora delante de nosotros... Unos pasos más... ¡La cima! España querida: Batisielles, Posets, el valle de Estós. A pesar de un viento que soplaba con violencia, como para derribarnos, permanecemos sobre estos roquedos contemplando lo que nuestro corazón había elegido entre todas las cosas: la noble soledad de nuestras lejanas y fieles amigas, esas montañas que, en el silencio soleado o en los aullidos de la tempestad, se contemplaban ellas mismas de forma eterna. Descenso con los esquís. Frío intenso, correas y fijaciones congeladas, los dedos insensibles o ardiendo”.

## 2.26. La muerte de Odile Castet

Puede decirse que los esquiadores franceses tuvieron suerte hasta la primavera de 1938. Pero esa racha se terminó con cierta expedición emprendida por Jean Arlaud, junto a tres chicas de Toulouse, rumbo a un Aneto que se hallaba, como el resto de España, sumido en un segundo año de Guerra Civil. Sus compañeras Odile Castet, Thérèse Grillet y Juliette Péré estaban consideradas como unas esquiadoras curtidas. Por desgracia, el mal tiempo se cebó con el cuarteto en la ruta de La Glère/Glera, brindándoles una tempestad. Cuanto intentaban pasar a la vertiente ribagorzana, Castet desapareció entre los jirones de las brumas...

El accidente aconteció fuera del término municipal de Benasque. Así y todo, dado que el grupo se dirigía hacia La Renclusa, parece interesante repararlo aquí. Para ello, nada mejor que recurrir al propio Arlaud, quien publicaría el siguiente informe en *De Sac et de Corde*, órgano del *Groupe des Jeunes*; en su número 5, correspondiente al mes de mayo de 1938:

"En la mañana lluviosa del 17 de mayo de 1938, abandoné Luchon a las 7:00 h junto con Odile Castet, Thérèse Grillet y Juliette Péré, con objeto de subir al Aneto con esquís. La Prefectura del Haute-Garonne nos había negado el salvoconducto obligatorio para pasar los controles de los guardias que había en el Hospice de France, por lo que nos vimos forzados a cruzar por el puerto de La Glère, tan incómodo al principio de la primavera.

"Sin embargo, todo arrancó bien: después de haber dejado el coche en el puente de Ravi, penetramos en el bosque del circo de La Glère cuando unos rayos de sol se dejaban ver a través de las nubes. Más adelante, tuvimos un franqueo delicado en una cornisa del camino: había una gran capa de nieve recién caída y unos taludes deleznablez habían sustituido al trazado antes plano, con unas avalanchas a punto de desprenderse. Mas no tuvimos incidente alguno y, hacia las 13:00 h, accedimos con suficiente visibilidad al vallecillo que precedía al collado.

"A partir de aquí, todo se complicó. Entre una bruma que parecía guata opaca entremezclada con copos de nieve, continuamos progresando lentamente, realizando largas detenciones cuando nos quedábamos sin referencias visuales, retomando la marcha cuando percibíamos algún roquedo. A pesar de todo, la confianza reinaba entre nosotros y no se planteó la retirada. Realizamos un alto más prolongado que los anteriores cuando debíamos de estar ya muy cerca del puerto, con la perspectiva de un descenso fácil por el otro costado... Acaso, sin nieve. Por detrás, barriendo nuestra ruta de subida, escuchábamos las avalanchas. Alguien se adelantó, para gritar alegremente desde su posición avanzada: *¡He encontrado el collado!* Seguimos, pues.

"Se franqueó dicho portal, que se abría hacia España [*sic*], para iniciar el descenso, muy lentamente y con mucha prudencia, marchando más que deslizándonos. Había mucha nieve en esta vertiente sur [*sic*] y sus pendientes parecían bastante vertiginosas. Al menos, en lo que la niebla permitía otear.

“Odile, que iba detrás de mí, me adelantó cantando: *Para ver*, según me dijo. Avanzó una decena de metros y, bruscamente, algo se hundió: una fina plancha de nieve se soltó bajo sus esquís y la arrastró. Desapareció en la bruma, si bien nunca dudamos de que sabría detenerse. Nos paramos con ansiedad, tratando de escuchar algo. Solo oímos ruidos de rechinamientos sobre las rocas junto con caídas de piedras: debía de haber por allí algún resalte. Se escuchó un sonido de algo deslizándose, y luego nada. La llamamos: nadie respondió. No había lanzado el menor grito, ni siquiera llegó a esbozar uno de esos gestos desesperados que suscita el instinto de conservación. Algunos claros entre las nubes permitieron intuir una pendiente sin fin y terriblemente vertical [...]”.

Aquí dejaremos el relato más dramático de Arlaud. Quien, por lo demás, tenía sus días contados: en breve iba a fallecer, igualmente despeñado, en un sector sencillo de la cresta de los Gourgs Blancs, el 24 de julio de 1938. Por un guiño del destino, el extraño epitafio que le dedicara a la víctima del puerto de La Glère se hubiese podido aplicar a sí mismo:

“Odile Castet había querido morir joven y en la montaña. Sus deseos le habían sido concedidos. Sin embargo, qué cruel resultaba aquello para quienes dejaba atrás, para quienes amaban en ella la encarnación de la alegría de vivir”.

## 2.27. Los skis verdes

Clausuraremos con un cuento este recopilatorio sobre los primeros treinta y cinco años de andadura del *deporte blanco* ribagorzano. En el año 1939 la editorial Molino sacaba a la calle cierta *novela deportiva* firmada por José Mallorquí, después célebre por la saga sobre *El Zorro*, trocado aquí en escritor de montaña. Desde las líneas inaugurales de *Los skis verdes*, resulta evidente que su autor no había puesto los pies en el Alto Ésera, decorado donde se desarrollaba la trama inicial: entre sus páginas se aprecian notables incoherencias en las distancias y los tiempos de marcha, así como la *desaparición* del ostentoso edificio de los Baños de Benasque. Por no citar el hecho de que se designara al refugio de La Renclusa bajo el exótico nombre de *Estrella Polar*, y que al Hospital de Benasque se le adjudicase el topónimo de *Pyrenea*. En fin; como no hay duda alguna de que nos hallamos a la sombra de la Maladeta, entremos ya en el argumento de la historia...

Desde hacía tres jornadas, varias personas se encontraban atrapadas en el refugio de La Renclusa [aquí, *Estrella Polar*], de regreso del Aneto. Pasaban las horas discutiendo sobre la posibilidad de que el temporal que los había enclaustrado allí amainara. Pero todo parecía indicar que las nevadas seguirían enseñoreándose de los Montes Malditos. Aunque la habitabilidad del *chalet* quedase fuera de duda, sus doce huéspedes comenzaban a mostrar nervios ante la escasez de provisiones. Según Mallorquí, estaban aislados “a cien kilómetros de todo lugar habitado” y, con aquella tormenta, resultaba imposible descender esquiando hasta el Hospital de Benasque [o *Pyrenea*],

situado "a ocho horas de allí", o hasta la villa de Benasque, sita a "otras cinco horas más".

Cuando el combustible de los hornillos *Primus* comenzó a fallar, se pasó a discutir sobre quién bajaría hacia el valle en busca de auxilio. Naturalmente los poseedores de tablas de esquí contaban con mayores posibilidades de ser los elegidos. Al final, fue el protagonista de nuestro cuento, un tal José Carmona, quien logró imponerse, alegando que "de niño había frecuentado La Molina". A este barcelonés le estimulaba la presencia en La Renclusa de Ada Vélez, una hermosa joven. Su determinación convenció a los demás candidatos, quienes ya bromeaban sobre si sería necesario matar a uno de ellos para echar su carne en el puchero... Al acercarse Ada para compartir sus chistes, se insinuó que, puestos a guisar a alguien, comenzarían por ella, ya que "prometía brindar las piezas más sabrosas al estofado".

Para evitar la opción de la antropofagia, se imponía que el descenso fuese realizado aquella misma noche: en cuanto cesara la nevada, el consiguiente bajón de las temperaturas helaría las laderas. Durante largo tiempo, se analizó un recorrido que librara al barcelonés de los aludes: José debería salir, como muy tarde, sobre las 5:00 h. Todo el grupo rebuscó entre sus útiles para proveerle de las mejores piezas del equipo: desde una chaqueta de esquimal hasta gruesos pantalones de paño que habían costado la entonces suma exorbitante de doscientas pesetas. Cierta esquiador bávaro llamado Stoffen, además de entregarle su exactísima brújula, le llamó aparte para prestarle otro objeto más valioso... Se trataba de sus esquís, unas extrañas tablas verdes que, según dijo muy serio, eran mágicas. Sin darle tiempo para reaccionar, el germano explicó a José que aquellos desmesurados maderos de dos metros y veinte centímetros de longitud, estaban hechizados por unas brujas *Einarman*, por lo que no necesitaban que quien los calzase supiera utilizarlos: se anticipaban a los pensamientos y trasladaban a su propietario, rápido como el viento, a salvo de cualquier percance. Solo era preciso decir cierta palabra mágica, *ieinar!*, para que obrasen tal prodigio. El muchacho, leyendo la sinceridad reflejada en los ojos del veterano montañero, decidió arrinconar la lógica.

Nadie dormía en el Chalet de La Renclusa cuando llegó el momento de la partida de José Carmona. Con los penúltimos restos de provisiones, le compusieron un desayuno. La sonrisa de despedida de Ada acrecentó sus fuerzas mientras salía al exterior por una ventana de la planta baja. Varias voces amigas desearon, entre ánimos y vítores, toda la suerte del mundo a ese barcelonés que, tras calzarse sus nuevos esquís verdes, desapareció entre la noche profunda y la ventisca. Las dos primeras horas resultaron de auténtico infierno para José, pues la nieve caía en sentido horizontal, reduciendo la visibilidad a pocos metros. Consultando con frecuencia la brújula, se aseguró de que se dirigía hacia el Hospital de Benasque. Con las primeras claridades, la pendiente se recrudeció, brindando un aspecto tétrico a su descenso, ahora enmarcado entre nieblas. Sin embargo, a pesar de la prudencia que trataba de imprimir el esquiador a los virajes, su velocidad iba elevándose con cada metro... Los fantasmagóricos abetos recubiertos de polvo blanco desfilaban de

un modo espantoso. Aunque en La Molina jamás logró esquiar más de cien metros sin darse un batacazo, en este otro terreno tan dificultoso, su equilibrio era un alarde de prodigio. Casi hubiera podido decirse que incluso mágico... Sorprendido por esos *slaloms* ejecutados con una maestría que él no poseía, Carmona se percató de que apenas realizaba esfuerzos por controlar unas tablas verdes que, en aquellos momentos, emitían discretos destellos. Fue entonces cuando se convenció de que tales esquís "estaban hechizados", pues la mayor parte del tiempo no se deslizaban entre la nieve fresca, sino que volaban sobre la misma, evitando rozar las rocas o los troncos que sobresalían de la superficie. Y a una velocidad espeluznante. Pero disfrutemos un poco de la descripción de Mallorquí sobre cómo discurrían los deslizamientos con tablas mágicas a finales de los años treinta del siglo XX:

"Una ráfaga de viento le empujó hacia delante y, dos segundos después, empezaba a bajar la montaña. Durante unos minutos, el viento cesó por completo y la niebla se espesó de una manera asombrosa [...]. De pronto, en el momento en que gracias a un perfecto *chasse neige* [cuña] esquivaba un abeto que súbitamente había aparecido ante él, se dio cuenta de que, por primera vez en su vida desde que *skiaba*, había recorrido más de cien metros sin caerse. Apenas acababa de hacer esta reflexión creyó hundirse en un abismo sin fin y el viento empezó a silbar en sus oídos. Estaba en la parte más pronunciada de la cuesta. Segundo a segundo, la velocidad del descenso fue en terrible aumento. Los pinos y abetos pasaban veloces junto a él. El viento, que había vuelto a levantarse, soplaba de cara, conteniendo así un poco la loca marcha del joven [...]. De súbito, el suelo desapareció bajo los *skis* y José se sintió volar unos segundos, aterrizando luego perfectamente en otra cuesta por la que siguió bajando a una velocidad de más de ochenta kilómetros por hora. Ejecutaba toda clase de virajes, sólo conocidos por él en teoría, con la misma seguridad de un veterano. Se detenía en el preciso momento que era necesario. Desde su salida del refugio, ni una sola vez cayó sobre la nieve".

El joven creía estar protagonizando despierto uno de sus sueños infantiles más descabellados. Sobre el mediodía, dejó de nevar, por lo que el esquiador pensó en detenerse un momento para echar un trago de esa petaca con ron que portaba en su mochila... Pero una fuerza misteriosa siguió impeliéndolo hacia abajo: el barcelonés comprendió que sus tablas mágicas no deseaban que parase. Acaso, debido a que, dada la caída de temperaturas, el nevazo pronto estaría helado y ofrecería mayor peligro. Con semejante ritmo de deslizamiento, Carmona alcanzó muy pronto el fondo del valle del Ésera... Merced a la velocidad adquirida, la zona llana de su recorrido desfiló ante sus ojos vertiginosamente... José apenas lograba reconocer ninguno de los parajes que atravesara unos días atrás, cuando se encaminaba hacia el Aneto: la nieve los había trocado en decorados polares. Eran las 15:30 h cuando, tras superar una breve subida haciendo la *tijera*, vislumbró Benasque, la *Perla de la Ribagorza*, envuelta entre los tirabuzones del humo de sus chimeneas. Su sorpresa no podía haber sido mayor, puesto que Carmona se creía aún rondando los alrededores del Hospital, donde pensaba poder recibir socorro para sus amigos atrapados en La Renclusa. Entró en la Villa cuando la nieve, a

punto ya de helarse, estaba transformando el recorrido en una gigantesca pista de patinaje.

En el cuartel de la Guardia Civil Carmona les explicó la situación desesperada que se estaba viviendo en La Renclusa. Cuando refirió que había emprendido su viaje pocas horas antes, los guardias pensaron que su afirmación era el producto del delirio. Solo le creyeron cuando sacó del fondo de su mochila una bolsa de hule encerado con las notas tranquilizadoras escritas por las once personas todavía atrapadas. Ante aquella evidencia, el comandante le confió que no se creía que quedara nadie con vida en el chalet del CEC: las últimas noticias sobre las regiones aisladas de los Montes Malditos indicaban que el Hospital de Benasque había quedado destruido, aquella misma mañana, por un alud que bajó desde Paderna. Carmona comprendió entonces que las diversas iniciativas que, en contra de su voluntad, tomaron sus esquís verdes, podían haberle salvado la vida. Ahora, lo más importante era auxiliar a sus once compañeros. A la mañana siguiente se organizó un servicio de avituallamiento mediante el autogiro con base en Barbastro: los sitiados en La Renclusa recibieron por vía aérea los víveres y el combustible de los que tan necesitados estaban. Aprovechados diariamente, resistieron hasta que las condiciones de las cumbres les permitieron bajar a Benasque. Ni que decir tiene, no se habían comido a la señorita Ada Vélez, quien pudo abrazar efusivamente a José Carmona...

La referida novela tuvo su pequeña repercusión en el mundillo de postguerra. Al menos dos veteranos practicantes de este deporte, el aragonés Ricardo Arantegui y el catalán Agustín Faus, han confirmado que conocían su existencia. Por lo visto, la trama de Mallorquí originaría cierto recochineo en Barcelona: "¡Ojalá tuviésemos unos esquís así!", dijeron algunos entre risas tras leerla. Faus llegó a poseer sus propios esquís verdes: unas tablas confeccionadas en madera de *hickory*, con cantos oblicuos no enrasados con la suela que compró a la campeona de descenso, Carme Romeu... Cuando se trasladó a Madrid, el célebre esquiador Pepe Arias bromeó, nada más verlos: "¡Hombre, unos esquís verdes! ¡A ver si van a bajar como los de la leyenda!".

La crónica del esquí en Benasque tiene un poco de todo. Incluyendo unos esquís mágicos, de color verde...

### III. BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL

#### 3.01. Libros

ARLAUD, Jean, *Carnets de Jean Arlaud. 1913-1927*, Pyrénées, Camilli et Fournier, Toulouse, 1965.

ARLAUD, Jean, *Carnets de Jean Arlaud. 1928-1938*, Pyrénées, Camilli et Fournier, Toulouse, 1966.

FAUS, Agustín, *Huellas profundas*, Estaban Sanz y Martínez, Madrid, 1985.

FAUS, Agustín, *Historia del alpinismo II. De 1900 a 1960*, Barrabés, Zaragoza, 2005.

GAUBERT, Georges, *Jean Arlaud. Un grand pyrénéiste*, Privat, Toulouse, 1939.

- GUILERA, Josep Maria, *Excursions pels Pirineus*, Aymar, Barcelona, 1959.
- IGLESIES, Josep, *Lluís Estasen*, 1965.
- JEANNEL, Maurice, *Carnets de courses 1. Dans les pas de Jean Arlaud*, Éditions Version Originale, Graulhet, 2012.
- JEANNEL, Maurice-José, *Heures pyrénéennes*, Marrimpouey, Pau, 1945.
- JOLÍS, Agustí, *La conquista de la montaña*, Hispano-Europea, Barcelona, 1954.
- LASSERRE-VERGNE, Anne, *Ludovic Gaurier*, PyrÉGraph, Estadens, 2005.
- MALLORQUÍ, José, *Los skis verdes*, Editorial Molino, Barcelona, 1939.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, *El esquí en Sallent*, Instituto de Estudios Altoaragoneses y Ayuntamiento de Sallent, Zaragoza, 2005.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, *Aneto, el Monarca del Pirineo*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2002.
- PARANT, Jean-Victor, *Jean Arlaud et le Groupe des Jeunes (1913-1964)*, MCT, Pau, 1991.

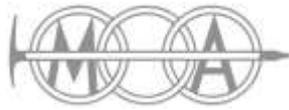
### 3.02. Artículos

- ALMARZA, Fernando, "Los inicios del esquí en Candanchú", en: *Boletín de Montañeros de Aragón*, 53, abril-junio de 1998.
- ANÓNIMO, "Ascensió d'hivern al pic d'Aneto (3.404 m)", en: *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 329, julio de 1922.
- ANÓNIMO, "Ascensión invernal al Aneto", en: *Boletín de Montañeros de Aragón*, 24-25, 1954.
- ANÓNIMO, "Crònica: Ascensions d'hivern als pics d'Aneto i Posets", en: *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 409, junio de 1929.
- ANÓNIMO, "Crònica: el Nadal a la Maladeta", en: *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 407, abril de 1929.
- ANÓNIMO, "Explorations nouvelles en 1904 avec skis", en: *La Montagne*, 1905.
- ANÓNIMO, "Una ascensión interesante al Aneto", en: *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara*, 101, mayo de 1922.
- ARLAUD, Jean, "Noël à la Maladetta", *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, marzo de 1933.
- ARLAUD, Jean, "Une jeune société: le Ski Club Toulousain", en: *La Montagne*, 7, 1914.
- BELIN, G., y MERLET, Y., "Raid aux Posets", en: *Altitude*, 11, enero de 1947.
- ESPOUY, Raymond de, "Arlaud et l'exploration des Posets", en: *Altitude*, 14, 1948.
- ESTASEN, Lluís, "El ski a la Vall d'Aran", en: *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 298-299, 1919.
- GAURIER, Ludovic, "Quatre ans de ski dans les Pyrénées", en: *Bulletin Pyrénéen*, 1907.
- GAURIER, Ludovic, "Souvenirs d'un skieur pyrénéen", en: *La Montagne*, 12, 1909.
- GUILERA, Josep Maria, "Catalunya, pays per als esquiadors", en: *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 454, marzo de 1933.
- HEÏD, Maurice, "Néthou et skis", en: *Bulletin Pyrénéen*, 45, 1904.

- HERREROS, Enrique, y MATO, J. B., "Camping de invierno. Macizos pirenaicos de Posets y Montes Malditos", en: *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara*, 243, marzo de 1934.
- JEANNEL, Maurice-José, "Le Néthou en hiver. Noël aux Monts-Maudits", en: *Bulletin du Club Alpin Français Section Pyrénées-Centrales*, febrero de 1935.
- LASSERRE, André, "Ludovic Gaurier", en: *Revue Pyrénéenne*, 104, 2003.
- MIGOT, A., "Deux campagnes d'hiver dans les Pyrénées", en: *La Montagne*, serie III volumen I, 1929.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "1901-2001: un siglo de esquí en el Pirineo", en: *Grandes Espacios. Naturaleza Activa*, 52, enero de 2001.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Inicios del esquí en Aragón", en: *Anuario de Montañeros de Aragón 2007-2008*, 2008.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "El origen del deporte blanco en Benás. Cuando los esquís se deslizaban rumbo al Aneto", en: *Guayente*, 101, abril de 2015.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Nuestro Aneto con tablas de 1954", en: *Boletín Digital de Montañeros de Aragón*, 50, mayo-junio de 2016.
- MAURY, Luc, "Chronique pyrénéiste", en: *Pyrénées*, 154, 1988.
- PARANT, Jean-Victor, "Jean Arlaud. Apôtre de la montagne", en: *Revue Pyrénéenne*, 74, primavera de 1996.
- PARANT, Jean-Victor, "Les débuts du ski dans les Pyrénées ariégeoises", en: *Pyrénées*, 176, 1993.
- RIBERA, Enric, "Primera ascensió nacional del pic d'Aneto a l'hivern", en: *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 340, mayo de 1923
- RIPOLL, Mariano, "Viaje al país del invierno", en: *Aragón*, 128, mayo de 1936.
- RODRÍGUEZ PÉREZ, José, "El grupo de esquiadores y Montañeros de Aragón", en: *Boletín de Montañeros de Aragón*, 41-42, enero-abril de 1957.
- SCHMID, Eduardo, "Alpinismo sobre esquís", en: *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara*, 230, febrero de 1933.
- SCHMID, Eduardo, "Alpinismo sobre esquís", en: *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara*, 231, marzo de 1933.
- SERÓN, Ángel, "Una invernada al Aneto en los años cincuenta", en: *Boletín de Montañeros de Aragón*, 53, abril-junio de 1998.
- VICTORY, Antonio, "Excursión colectiva de Peñalara a Pirineos, valle de Arán", en: *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara*, 69, abril de 1921.

### 3.03. Blogspots

- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Canívaes en La Renclusa", en: *desnivel.com blogspot*, 10 de enero de 2011.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Una muy triste historia de esquí", en: *desnivel.com blogspot*, 4 de diciembre de 2012.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "De la Molina al Aneto, con esquís (y con amor)", en: *desnivel.com blogspot*, 15 de mayo de 2014.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Las primeras tablas rumbo al Aneto", en: *desnivel.com blogspot*, 20 de febrero de 2015.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Los tolosanos y la Ribagorza invernada", en: *desnivel.com blogspot*, 28 de febrero de 2015.



- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Cuando el esquí de Cataluña descubrió el Alto Ésera", en: *desnivel.com blogspot*, 18 de marzo de 2015.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Cuatro barceloneses y un benasqués sobre el Aneto", en: *desnivel.com blogspot*, 7 de abril de 2015.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Echándole tablonas al asunto", en: *desnivel.com blogspot*, 27 de abril de 2015.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Navidades blancas rondando la Maladeta", en: *desnivel.com blogspot*, 17 de diciembre de 2015.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Los Reyes del Mambo..., en Benasque", en: *desnivel.com blogspot*, 23 de diciembre de 2015.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Tres decenios de esquí en torno al Aneto", en: *desnivel.com blogspot*, 29 de diciembre de 2015.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Al Aneto con tablas en 1934", en: *desnivel.com blogspot*, 28 de febrero de 2016.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Del paso de Malcornet al Aneto", en: *desnivel.com blogspot*, 7 de marzo de 2016.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Estos muertos están muy vivos", en: *desnivel.com blogspot*, 1 de abril de 2016.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Pilares del cielo de Benás", en: *desnivel.com blogspot*, 8 de abril de 2016.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Segunda con tablas a Posets", en: *desnivel.com blogspot*, 18 de abril de 2016.
- MARTÍNEZ EMBID, Alberto, "Viaje al País del Invierno", en: *desnivel.com blogspot*, 30 de abril de 2016.